



inermes obispos decididos á contrastar la coacción con su protesta puramente espiritual y con su carácter puramente sagrado. Y nada se ha conseguido con reconocer como una secta oficial pagada por el Estado á los viejos católicos; nada con azuzar al clero bajo contra el clero superior, pues al verse amenazados todos en su fé, todos se han reunido y juntado en la desgracia; nada con leyes jurídicas y canónicas inaplicables á esas grandes instituciones religiosas, capaces de llevar dentro de sí mismas sus leyes, y de darse una Constitución propia, tan fuerte y poderosa como cualquiera de los organismos naturales. La conciliación entre el Vaticano y el canciller se verificará tanto más cuanto que Leon XIII, hablando de la reunion de las potencias en el último Congreso de Berlin y del derecho de esta Asamblea diplomática emanado, reconoce implícita é indirectamente la nueva situación política de Europa, cuyo más expresivo carácter se encuentra en la definitiva destrucción del poder temporal de los Papas, decretada por la conciencia humana y cumplida y consumada para siempre en la viviente realidad.

Detenéos ante cualquiera de las grandes agitaciones políticas que hoy se encrespan tumultuosamente en el seno de Europa. Tomad la más aguda, la agitación de los socialistas alemanes por el trabajo, la agitación de los colonos irlandeses por la propiedad, la agitación de los nobles bohemios por la autonomía, la agitación de los epirotas helenos por la patria. Pues ninguna de estas agitaciones, aunque grandes y revolucionarias bajo cierto aspecto, ninguna puede tomar la bárbara grandeza que toma la agitación de Rusia. Toda tentativa de asesinato á un monarca, resulta individual y aislada en Europa. Esas máquinas, esas minas, esos barriles de pólvora, esos quintales de dinamita, esos estallidos de palacios inmensos y de líneas férreas, todo eso es propio, exclusivamente propio de las naciones tiranizadas en el grado que lo está Rusia, nación falta de conciencia, porque se ha apagado esa luz divina en los hierros de su servidumbre. Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en Turquía. Un sultán ha muerto, como pudiera morir un perro, ayer mismo. Su sucesor ha desaparecido, como si en vez de ser una persona, fuera un misterio. Ahora mismo se dice que acaba de descubrirse una máquina infernal, destinada á hacer saltar la vivienda poética que ocupa en las orillas del Bósforo de Tracia, la cuasi divina personalidad del Sultán de Constantinopla. Desesengañaos; el despotismo engendra siempre una catástrofe. La comunidad de París debe imputarse, no á la República que nace, sino al Imperio que muere, y deja tras veinte años de tiranías ese legado de horrores. Los Sardanápalos y los Baltasares, envían sus vasallos á la guerra para que les traigan, como reses muertas, pueblos esclavos al palacio imperial, especie de santuario, donde fulminan relámpagos de su cetro y rayos de su espada y donde viven circuidos de cuarteles que guardan su sueño, y de serallos que fomentan sus locuras, entregados al culto de sí mismos y á la opresión de los demás, condenados fatal y necesariamente al crimen que ejercitan para sostener una autoridad imposible sin el crimen mismo; hasta que un día el cielo, á primera vista indiferente y tranquilo, se nubla, el huracán se despierta, los ángeles exterminadores bajan del Empíreo, los esclavos hambrientos suben de la ergástula; y el Emperador muere en su lecho de púrpura, acribillado de heridas, y el Imperio se disipa en tempestuosas nubes de rojizo humo. En las páginas de la Biblia encontrareis descritas por los profetas antiguos, la suerte de todos estos babilónicos Imperios. Los conjurados feroces de Rusia, únicos en su especie, brotan, como lógica consecuencia, de la autocracia rusa, única en su especie también.

La doctrina nihilista es rusa, es esencialmente tártara, fruto venenoso de la estepa. El Czar se parece á Timur como una gota de agua se parece á otra gota de agua, y el decantado municipio moscovita se parece á la horda mongólica como un huevo á otro huevo. Reunidos todos los guerreros en tribu, gozaban á una de la tierra en común y servían fielmente á su jefe elevado á verdadera omnipotencia. Hé ahí la Rusia actual con bien escasas modificaciones. Pedro I imaginó que con afeitar á sus nobles, poner en pié de guerra un ejército, construir en los arsenales una escuadra y rehacer los trajes validaba sus reformas y ponía una civilización europea sobre esta barbarie asiática. ¡Inútil empeño!

Ni siquiera la benéfica emancipación de Alejandro ha servido á la cultura política. El siervo emancipado continúa hundido en la vida animal como antes de su emancipación. Así, el mundo moscovita se asemeja de todo en todo á los reinos visigodos fundados sobre las ruinas del imperio romano con su corte bizantina en las eminencias de la sociedad y su barbarie germánica en las bases. Dos ciudades representan los polos de esta sociedad: Petersburgo, esencialmente europea, llena de una burocracia y de una policía que quieren el progreso por impulso de arriba, y de una clase media socialista que quiere el progreso por la revolución de abajo; y Moscow, verdadero panteón de aspecto oriental por sus cúpulas doradas y sus templos monstruosos, salón de cortesanos arruinados, academia de doctrinas panslavistas, museo de tradiciones arqueológicas, ventisquero donde se aglomeran todos los témpanos de hielo que amenazan la libertad y la cultura de Occidente, sometida co-

mo un esclavo á la fortaleza del Kremlin, sobre cuyas cimas anda errante la sombra de Ivan el Terrible como para llamar á los ortodoxos á las conquistas y á las matanzas. Yo he visto los dos extremos de esa sociedad rusa; he visto al czar Alejandro, blanco, rubio, erguido, apuesto como un aristócrata sajón, revelando en su tez y en sus pómulos y en sus ojos, que podrá llamarse Romanoff por necesidades de la política, pero que tiene tan sólo sangre germánica en sus venas, extendiendo por todas partes, á pesar de su poder y de su majestad, la tristeza aneja al reinar sobre un pueblo que ya no puede sufrir más tiempo el despotismo y que no ha adquirido ninguna de las virtudes necesarias para la libertad, único representante de Europa en la historia tártara; y he visto también al nihilista Bakoumne que parecía reunirse en su persona todos los rasgos de las razas esparcidas en su patria, solemne como un patriarca asiático, de aspecto guerrero como un Czar á caballo, de pómulos esclavos por lo salientes, de ojos tártaros, por lo pequeños, de movilidad cosaca, de cabello anillado y barba crespa como un moujich; hombre destinado por la Providencia á las revoluciones, pues si hubiera tenido un pueblo como cualquiera de los fundadores de sociedades, y no esa helada estepa donde caen como hojas yertas todas las ideas, con sólo ceñirse la camisa roja de los bateleros del Neva, el pantalon bombacho, la bota de montar, coger el hacha de leñador y hablar cual hablaba en los concilios de la demagogia nihilista, hubiera podido derribar por tierra la vieja encina de su imperio.

Pero ved ahí lo que principalmente falta en Rusia, un pueblo. Si lo hubiera, el drama, en vez de parecerse á los incidentes de un serrallo turco, se parecería en todo á los incidentes de una revolución europea. Carlyle ha escrito un libro muy original sobre el movimiento revolucionario, que cierra la última centuria y abre la nuestra, sobre el movimiento revolucionario en Francia. Y encuentra un protagonista, el pueblo. Es verdad que los filósofos piensan, pero sin el pueblo, donde se encarnan y se hacen vida, los pensamientos quedarían como meras entelequias allá por el cielo azul de las puras abstracciones; verdad que los oradores hablan, pero sin el pueblo, sin el público, sin el auditorio, la palabra no podría encontrar el eco de las pasiones; verdad que los héroes pelean y triunfan, pero con el auxilio de ese pueblo que ofrece sus hijos á las legiones, su fé á las creencias, su sangre á las causas; que Mirabeau sin las muchedumbres se asemejaría por completo á un Dios sin mundos, y la *Marsellesa* fuera una armonía más ó menos feliz si no la recojen los ejércitos en sus lábios, y no la cantan en coro al son de los cañones, y no aterran á los soldados de la tiranía, y no consagran victorias como las de Valmy sobre los reyes coligados de Europa con sus épicas cadencias y sus arrebatadoras estrofas enrojecidas en revolucionarias ideas. ¿Dónde vais á encontrar un pueblo en Rusia? No en esos disidentes que juran vagar nómadas toda la vida por la estepa helada, ó que creen al Czar el Antecristo apocalíptico, ó que llegan en su locura increíble á mutilarse como Orígenes, aquejados todos de verdaderas enfermedades asiáticas, bien opuestas al sentimiento de la política práctica y á la idea del derecho humano que ha producido todas las revoluciones de Europa y América; no en esas tribus pastoras, restos de los tártaros caídos casi á un tiempo sobre Jerusalem y sobre Moscow en las irrupciones de los siglos medios, tribus cuya religión se parece á un budismo degenerado que jamás enseñará los ideales de la moderna democracia; no en esos cosacos del Volga y del Don acostumbrados á vivir como los hunnos de Atila á caballo, que ayer tenían bazares de esclavos y que hoy han perdido su antigua igualdad social en el seno de burocrática aristocracia, más idónea para entenderse con las razas de Oriente que con las razas de Occidente; no en la multitud de pueblos diversos como andan errantes por aquellos desiertos de desierto y que ora búlgaros, ora judíos, ora escandinavos, llamándose estos menonitas y aquellos molocanos, provienen de la emigración, ó dian igualmente la madrastra tierra cambiada por la madre patria; no en esos siervos que si han visto fundirse la pesada cadena sobre su cuerpo, no han visto confundirse la cadena pegada fuertemente á sus conciencias y á sus almas. Todo eso, ni es, ni ha sido, ni puede ser materia ni elemento de revoluciones victoriosas, aunque sí de perpetuo desorden.

La verdad es que la revolución rusa tiene todo el carácter de una revolución de palacio, pensada por profesores y por chambelanes, seguida por estudiantes y por empleados, puesta en práctica por ciegos y dóciles y sumisos instrumentos. Una mujer de clase acomodada, la célebre Vera, inicia los atentados y consigue inesperada absolución de tribunales reunidos con el sacro carácter de jurados que deben atender tanto á su conciencia como á las leyes. Al atentado de Vera en Petersburgo contra el jefe de policía, siguen otros en Kiew contra uno de los fiscales de la Audiencia, contra el rector de la Universidad, contra un oficial de la gendarmería y resultan obra de estudiantes. El general Mesentzef recibe una herida en plena calle que le asestan dos jóvenes muy bien vestidos, los cuales, después de consumado su crimen, suben á un coche muy lujoso. El general Krapotkine muere á manos de un enmascarado que no ha podido ocultar, tras su máscara, el aire distinguido y las

maneras aristocráticas. Knop, alto empleado de Odessa, aparece muerto en su lecho y llevando sobre la herida un cartel en correctísima ortografía que solo allí, entre los rusos, posee con perfección la gente de muy superior extracción. Y distinguidos eran también los asesinos que mataron al gobernador de Arcangel, y distinguido el audaz que disparó cinco tiros sobre el emperador una mañana de invierno á la puerta misma de su palacio. ¿No prueba todo esto que la revolución contiene sus sectarios en las altas clases, ó cuando más, en las clases medias?

Indudablemente, el crimen último no ha podido perpetrarse sino con la complicidad de la gente de palacio. No se introducen cinco quintales de dinamita en una cueva, sin que alguien se entere. No se monta un monstruoso aparato de relojería sin que alguien lo oiga. Nada tan revelador como el crimen. La huella por todas partes aparece, y los que dejaron aquellas materias explosibles debían de tener una seguridad indudable, la seguridad de que nadie podría descubrirlos. La revolución está en las cimas sociales. Así nadie extraña que el canciller privado del emperador haya aparecido muerto en su cama, víctima de un suicidio. Nadie extraña que el general Gurko, gobernador militar de la capital, haya mandado prender á varios palaciegos. Nadie que el primer guardián del palacio de invierno, el mayor Delsall, sea también el primer complicado en esta causa. A tales revelaciones debe atenderse la política. No hay otro remedio sino dar una Constitución, para que las altas clases, hoy pervertidas por el espíritu nihilista nacido de su servidumbre, aprendan los límites de sus derechos en las prácticas diarias de la política. El emperador Alejandro, que comenzó su reinado dando libertad á los siervos, debe concluirlo dando libertad á los pueblos. El emperador Alejandro, que inició la reforma judicial y administrativa, debe coronar su obra con la reforma política. Nada hay tan incontrastable en el hombre ni tan invencible como la indómita aspiración á la libertad.

El emperador Alejandro ha pensado en abdicar; y no conseguiría cosa alguna con tal expediente, por que la pugna política de ninguna suerte se halla establecida con su persona, sino con su sistema, de ninguna suerte con el emperador, sino con el Imperio. Mucha, muy grande tristeza debe experimentar, si recuerda los días felices de su juventud en que acababa de manumitir á los siervos; y aunque vea en torno suyo algunos señores feudales disgustados, escuchaba en cambio las bendiciones de todo un pueblo, satisfecho de su reciente libertad y embriagado de exaltadas y brillantísimas esperanzas. La aspiración ha crecido mucho, sobre todo en esas altas clases, donde las nuevas ideas prenden con mayor facilidad á causa de su educación, y no hay otro remedio sino ceder ó sucumbir. Las exageraciones represivas no bastan, no, contra males tan arraigados. Han convertido cada habitante de Petersburgo en espía ó esbirro de su vecino, y en las salas del palacio de invierno estalla la dinamita, cuyo empuje destruye las techumbres y mata los soldados. Han trasformado al audaz vencedor de los Balkanes en una especie de segundo Czar; y el que tomó aquellas empinadas cimas de montes abruptos, no puede tomar estas sombras vagas de conspiradores juramentados. Han constituido una especie de comisión dotada de muchas facultades dictatoriales; y esa comisión tendrá la lentitud y la irresponsabilidad de los cuerpos colegiados, sin poder, no ya aventajar, sino sustituir la presteza y el acierto de Gurko en la defensa del emperador y del imperio. Han preso cinco mil personas en la capital solamente; han conducido á Siberia innumerables víctimas; han rehecho la horca, destrazada por antiguas tradiciones y prácticas; han puesto en olvido todas las garantías que el derecho moderno impone al procedimiento judicial; la dictadura de arriba ha crecido hasta tocar en el despotismo turco y la servidumbre de abajo se ha agravado hasta desaparecer toda seguridad; pero la revolución permanece en sus amenazas, sin disminuirse ni debilitarse en lo más mínimo, porque nace de un sentimiento tan universal como la vida misma, y en las raíces de la vida arraigado, del sentimiento de la libertad.

Inútilmente pide la administración moscovita en sus apuros auxilio á las administraciones de los pueblos extranjeros. La policía alemana le advirtió que se tramaba la conjura del palacio de invierno y de nada le sirvió tal advertencia. La policía francesa en estos días ha puesto su mano sobre el principal agente de la voladura del ferro-carril de Moscow, á quien persiguieron los esbirros rusos con tanto afán y no encontraron ni vivo ni muerto en ninguna parte. Más fácilmente se coje á un asesino del Czar en la capital de la República francesa que en la antigua santa ciudad moscovita, corte de los emperadores, cuartel de los ejércitos, santuario de la ortodoxia, nido de todas las reacciones. Y el Gobierno ruso ha pedido al Gobierno francés la extradición del reo, y pidiendo la extradición del reo, ha traído una nueva dificultad al seno de la República francesa. Enorme crimen, ciertamente el crimen de Hartman, reo convicto y confeso de atentado contra el Czar. Quien pierde la luz de la conciencia hasta atentar á la vida de sus semejantes, merece el mayor de los castigos materiales, y la mayor reprobación moral; y no puede esperar piedad, ni de la ley escrita, ni de la conciencia humana. Pero, sobre estas consideraciones se encuentran principios de derecho internacional, los cuales no pueden desconocerse en

manera alguna, sin que las relaciones de los pueblos civilizados entre sí lleguen á perturbarse con profundas perturbaciones, y la federación moral, formada por las nacionalidades del continente europeo, llegue á destruirse con estrépito y en daño general de todos.

El atentado contra la vida del Czar es un delito enorme; pero es un delito político. Su móvil está en creencias más ó menos supersticiosas; su fin en el cambio más ó menos radical de una forma de gobierno. Y el deber de dar asilo á los criminales políticos se encuentra entre los deberes más rudimentarios de los pueblos cultos, deberes de que no puede prescindir sin riesgo de suicidarse el Gobierno de la República francesa. Si lo hubieran cojido en Rusia, lo castigarían con menos consideración y con mayor presteza que á un reo común. Pues lo excepcional de su delito, que le hubiera perdido en la tierra patria, le salva en la tierra extranjera. Francia no puede entregar á Hartmann por que sería tanto como entregar su honor y desconocer su propia independencia.

EMILIO CASTELAR.

LA PENA DE MUERTE.

Ni la razón de Estado, ni el porvenir de una familia, ni el triunfo material de un partido, pueden, no ya santificar, pero ni aún disculpar el crimen. Jacobo Clemente, Ravallac, Damiens y Louvel, y con ellos todos los que con el puñal ó el veneno han atentado á la vida de sus semejantes, han muerto con el estigma del crimen en el alma, la cobardía del asesinato en el corazón y la vergüenza del fratricidio en la frente.

Evocad los más terribles recuerdos de la historia, y no encontrareis crímenes honrados; desde las luctuosas épocas tan valientemente narradas por Tácito y Suetonio, hasta los amargos días del Bajo Imperio, las caliginosas horas de la Edad Media y las terribles explosiones de la presente. Evocad uno por uno los grandes crímenes de todas esas etapas de la humanidad, desde Roma á Constantinopla, desde Oriente á Occidente, y el sentimiento sacratísimo de la justicia marcará, con el sello de la reprobación universal, las frentes de los míseros trasgresores de una ley que está sobre toda ley, la ley natural, de un precepto que está sobre esa ley, «amarás á tu prójimo como á tí mismo,» cuya divina moral se condensa en esta máxima del cristianismo, que no se ocurrió á Zenon, que desconocieron Platon y Sócrates, Aristides y Séneca:

«amad á vuestros enemigos;»  
«haced bien á los que os aborrecen;»

No es esto soñar con idilios, ni ensayar el éxito de bucólicos poemas; el crimen es repulsivo para todo el mundo, incluso para el criminal... despues de haberlo cometido.

La fiera destroza y se precave; devora pero huye; parece que del alma humana saltan, invisibles chispas, que se funden en el fisiológico sentir de muchos temibles animales.

Tan reprobada y reprochable es la agresión; tan extra-natural y feroz es la invasión del fuerte sobre el débil, del armado sobre el inerme, del que acecha sobre el descuidado, del que al matar, como por instintivo movimiento huye.

Consiste esto, en que el crimen es un estado excepcional del alma, es una verdadera enfermedad moral, es el soplo de envidia, de ira, de desesperación, de angustia, que penetra en la mente del hombre, en cualquier hora, en todo momento, y apaga la luz de la razón, y mata el sentimiento, y asfixia la conciencia.

Y á la manera que algunos de los fermentos hoy conocidos, atacan á varias sustancias en el órden físico-químico, así tambien esos fermentos de pasiones, no producen en todas las personas idénticos resultados.

Porque del mismo modo que bajo el punto de vista orgánico, existen entidades refractarias á la ponzoñosa acción de los fermentos naturales, así en el mundo moral, existen organizaciones intuitivas, que podríamos llamar indemnes, á las inoculaciones criminales á que diariamente se ven expuestas.

¿Cómo se explica esto?  
Sencillamente; nuestros lectores lo comprenderán y no nos esforzaremos en detallar su pensamiento, que es el de todo hombre honrado que de esta materia se ocupe.

Así como contra los efluvios, miasmas y virus fijos, la medicina posee el vasto arsenal llamado higiene, antipútridos, amputación y cauterización, así tambien contra todos los fermentos morales de putridéz del pensamiento, existe un remedio magno, probado, infalible, de seguro éxito, de maravillosos resultados.

La enseñanza; esto es, el radical activo que se funde constantemente en el laboratorio educación; la enseñanza, cuya característica es la creencia, cuyo exponente es el trabajo, cuya síntesis es la instrucción; colosal diamante de innumerables facetas, que irradian espléndidas y amorosísimas centellas de caridad y encanto, de paz y armonía, que se condensan en esos factores de maravillas que se dicen la ciencia y el arte, cuyas inmortales lumbres divisan los elegidos que por los derroteros de la vocación y de la constancia, no exentos de peligros y asechanzas, dominan esos terribilísimos escollos llamados abandono, miseria, dolores,

persecución, envidia, decepción, lágrimas, ingratitude y desengaños.

La enseñanza, y no más que la enseñanza difundida en todas las esferas sociales; arriba, abajo, en medio, por do quiera, en todas partes, de todos modos, siempre, sin intermision, sin descanso, sin desaliento.

La enseñanza es el cultivo de la inteligencia; la enseñanza lo modifica todo; instintos, usos, costumbres, hábitos, tendencias, manifestaciones físicas, relaciones morales, inclinaciones, deseos, aspiraciones y propósitos.

Cuando la enseñanza falta, no aparece el libro, y si aparece no se utiliza; porque entonces ese gérmen fecundo de bienes y consuelos, de dichas y justicias, aseméjase á la semilla que cae en pedregoso terreno, que se pudre y no vegeta, que es arrastrada por las aguas y los vientos, por los aluviones y los detritus, y no germina.

Y como la enseñanza es dulzura y amor, y ejemplo y paz, y esperanza y sacrificio, y conformidad y prudencia, allí donde la enseñanza falta ó escasea, allí la violencia se destaca agreste, salvaje, impía, feroz, sangrienta y destructora.

Y como el libro no ha enseñado y la viva voz no ha corregido, y el ejemplo no ha iluminado los misteriosos fondos oscuros de la conciencia, aparece ferozísima y vitanda la voluntad del más fuerte, el capricho del más astuto, la temeridad del más cobarde, la rudeza del más audaz.

Así, cuando esto sucede, sobre las muchedumbres y los Códigos se alza fatal un hombre, que es el brazo inconsciente de la ley, rudamente previsor, y ese hombre, desgraciado en su pensamiento, envilecido en su conciencia, instrumento rudo de un deber oprobioso, tortura, mutila, mata... porque ese hombre es el verdugo.

La sociedad se revuelve airada contra el ejecutor de la justicia, y sin embargo, no es el verdugo el culpable; lo es la misma sociedad, que cobarde ante la razón de su atraso, y herida por la vergüenza de su embrutecimiento, se exalta y anatematiza el patíbulo y desprecia al verdugo, cuando lo que debiera anatematizar es el crimen; lo que debiera despreciar es la ignorancia.

¡Ejemplaridad de la pena de muerte!

Veamos por unos momentos, á la luz de la estadística, alimentada por los números, la salvadora influencia de esa ejemplaridad... En la provincia de Madrid, y mejor que en la provincia, en Madrid mismo, flor y nata de la península española, espuma de la nación, córte de las Españas, teatro de famosos hechos, escenario donde han brillado poderes, como el de Antonio Perez y el duque de Lerma, el conde-duque de Olivares y el jesuita Nithard, Valenzuela, Escoiquiz y Calomarde, en las famosas épocas en que éramos archi-religiosos, y vivíamos lejos de estas fatales perturbaciones llamadas periodismo, ferro-carriles, telégrafos y Parlamento.

Segun datos que tenemos á la vista, aunque no tan completos como deseáramos, desde 29 de Agosto de 1687 hasta 25 de Octubre de 1867 (1), han sido condenados á la pena de muerte, que debieron sufrir de varios modos, los siguientes sentenciados:

á morir en horca.....	477
» en garrote.....	370
» en garrote y luego quemados...	8
» degollados.....	1
» fusilados.....	322
	<hr/>
	1.178

De dichos sentenciados fueron hombres. 1.154  
mujeres. 24

y de ellos indultados, 61. Uno de los ejecutados aparece sin nombre, probablemente por falta de datos; uno, con apellido supuesto; uno con nombre supuesto y cuatro con nombre y apellidos tambien supuestos; 23 con motes ó alias.

Como datos curiosos, citamos los siguientes; una de las mujeres ejecutadas, era esclava; uno de los hombres, mulato; dos ciegos, uno de nacimiento y otro cojo.

De los sentenciados en los 167 años y cinco meses expresados, 29 lo fueron desde 29 de Agosto de 1687 á 31 de Diciembre de dicho año; 312 en todo el siglo XVIII y 837 en el XIX hasta 1867, inclusive.

El número mayor de ejecutados corresponde á la época de la dominación francesa, á saber, desde el 2 de Mayo de 1808, hasta el 28 de Setiembre de 1812, en cuyos cincuenta y dos meses, fueron sentenciados á pena capital:

en horca.....	38
en garrote.....	90
fusilados.....	179
	<hr/>
	307

de los que obtuvieron indulto..... 12  
siendo ejecutados..... 295

En los días 2 y 3 de Mayo de 1808, fueron inhumanamente sacrificados en el Prado, pátio de la demolida iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso y proximidad á la Moncloa, 135 hombres y 4 mujeres, á sangre fría, para acabar de disipar el

(1) Memoria histórica del piadoso instituto de la real Archicofradía de Caridad y Paz, etc. Madrid, imprenta de Tejado, calle de Silva, 47 y 49, 1868.

miedo del bravo Murat, y el susto del humanitario Grouchy.

¡Oh, bondad de la pena de muerte, tan útil á los tiranos, tan inútil para disminuir la criminalidad!

Calculando aproximadamente el número de veces que tan edificante espectáculo se ha repetido, resulta que durante los ya dichos 167 años y cinco meses, hubo:

18 ejecuciones dobles;
16 triples;
8 de cuatro reos cada vez;
2 de cinco;
2 de seis;
1 de siete;
2 de ocho;
1 de doce.

A raíz de la insurrección de 1866, en los días 25 y 28 de Junio, 2 y 7 de Julio, fueron pasados por las armas 59 hombres, 32 sargentos de artillería, 19 soldados del mismo instituto, 2 sargentos y 6 soldados del regimiento infantería del Príncipe.

Y... coincidencia notable; la muerte de aquellos desgraciados, se realizaba precisamente en la época en que se cumplían 12 años de las pruebas de unas monturas en el Campo de Guardias, tras cuyas pruebas venia la audaz insurrección de Vicalvaro contra la régia prerrogativa, en la que hacia de protagonista, el presidente del Consejo de ministros en 1866, muy conocido en la ciudadela de Pamplona en 1841.

¡Oh, saludabilísimo efecto de la provechosa pena de muerte!

No ocurrió insurrección militar alguna... hasta Setiembre de 1868.

Pero no pasemos adelante; en 1848, Madrid era testigo de una insurrección tambien militar, en las primeras horas de la mañana del día 7 de Mayo; el Consejo de Guerra condenaba entre otros militares, á 13 sargentos del regimiento de España, de infantería, los cuales eran puestos en capilla á las seis de la mañana del 18, é indultados á la misma hora del día 19.

El presidente del Consejo de ministros entonces, aconsejó á S. M. Doña Isabel II, el uso de la más preciosa prerrogativa de la corona, y aquella Señora no fué sorda á las indicaciones de su siempre leal súbdito.

En 1866 era presidente del Consejo de ministros el señor duque de Tetuan.

En 1848, ocupaba aquel alto puesto el señor duque de Valencia.

Perdonen nuestros lectores estas citas, y desglósenlas de este artículo si gustan; sigamos ocupándonos de curiosos incidentes, que creemos no molestarán á nuestros lectores, porque se relacionan con el saludable escarmiento que de la pena de muerte se deriva.

En 1776, sortearon tres suizos (10 de Febrero), sobre un tambor, y al juego de los dados, el género de muerte que habian de sufrir, y de ese modo supo uno de aquellos malaventurados, que moriria fusilado, y los otros dos en la horca.

En 1713, un reo, al marchar al patíbulo, fué indultado porque perdió el uso de su razón.

En 1820, otro, enloqueció en la capilla, por lo que mereció el indulto, muriendo demente á los veintitres meses y diez y ocho días.

Los sentenciados que tenían don, morían en garrote, que se dividia (figuradamente se entiende) en vil y no vil, y además, los voluntarios realistas y los expósitos; la horca era para la plebe, entre cuya plébe contó el Gobierno de Fernando el Deseado, en 1823, al general D. Rafael del Riego, único ajusticiado en aquel año, y oprobiosamente conducido al patíbulo.

Resulta de los datos que poseemos, que las cantidades recaudadas por los heróicos y caritativos hermanos de la Paz y Caridad, que, como es sabido, asisten en Madrid á los ajusticiados durante sus últimas horas, fueron próximamente:

en los cinco últimos meses del siglo XVII.....	41.305; reales.
en todo el siglo XVIII.....	597.155; »
en los sesenta y siete años del actual.....	669.700. »

Y no se culpe á aquella Asociación religiosa de falta de celo y caridad, en bien de los míseros ajusticiados: la premura de las ejecuciones ha impedido no pocas veces verificar la piadosa cuestión.

Urgia tanto aplicar la pena de muerte y moralizar á la sociedad en 1866, que por la precipitación aneja á las ejecuciones que Madrid presencié en aquel año, no hubo demanda de limosna para los dos sargentos de cazadores de Figueras, que fueron pasados por las armas el 18 de Enero; ni para el paisano y el capitán de cazadores de Figueras, tambien fusilados en los días 31 de Enero y 3 de Febrero; ni mucho menos para los sargentos y soldados de artillería y el Príncipe, asimismo fusilados, durante los días 25 y 28 de Junio, 2 y 7 de Julio, habiéndose recogido el 2 de Julio 571 reales en Santa Cruz, y el 7, la cantidad de 723 en el sitio de la ejecución y en Santa Cruz.

Al terminar esta fúnebre reseña, debemos manifestar que suprimimos detalles por demás tristes y amargos, conexos con las ejecuciones de los sentenciados; como entre otros el referente á el sitio en que aquellas se verificaban, ya en la Plaza Mayor, ya en las inmediaciones de la hoy Fuente Castellana, ya en la Cuesta de la Vega, en la plaza de la Cebada, á la derecha de la puerta de Tole-

do, etc., sin referirnos á los fusilamientos, que siempre han tenido lugar en la ronda de esta población, excepción hecha de la salvaje matanza *heroicamente* ejecutada por los imperialistas, en los puntos que hemos citado, en los que los granaderos bonapartistas, los *intrépidos* wespalianos y los *interesantes* mamelucos, ayudaban, sable ó lanza en mano, á la infantería, en aquella carnicería repugnante, que tanta vergüenza derrama sobre la memoria del ambicioso hijo de Letizia Ramolino, y tanta gloria destella sobre los nombres de los primeros mártires de la española independencia, á pesar de las argucias del general Foy y la desleal conducta del historiador A. Thiers.

Después de todas esas citas, réstanos buscar la ejemplaridad de la pena de muerte y su saludable influencia en los pueblos en que se prodiga.

Afanosos y desalados, corremos tras ella, creyendo encontrarla, y cada vez que casi tropezamos con esa ejemplaridad, se nos escapa, se nos escurre, y en su defecto vemos repetida por doquier la fatídica palabra, tormento del canónigo Claudio Frollo, de Nuestra Señora de París.

No, no es fatalidad lo que preside á la bochornosa realidad de la pena de muerte.

La pena de muerte en España, apóyase hoy sobre pedestal robusto.—¿Sabeis cómo se llaman los materiales que constituyen ese pedestal?—Pues son: egoísmo brutal; fría indiferencia; corrupción de las costumbres; baja de carácter; odio al trabajo; superstición no domada; política de menudeo; vergonzosos caciquismos; sistema penitenciario nulo; mucha, muchísima ignorancia en todas las clases sociales; poca, poquísima religión, caridad nula.

Frente á horribles tugurios, llamados cárceles, frente á panteones de hombres vivos, denominados presidios, la plaza de toros, que se alza *bella* y hasta *coqueta*; la taberna que se multiplica; la casa de prostitución que deja escapar de guarida infecta miasmas de podredumbre; el vergonzoso garito que arroja del oscuro antro átomos de vagancia, perfidia y deshonor; niños que obstruyen el paso con la blasfemia en los labios, el cinismo en la frente, el cigarro en la oreja y la mano al viento, ménos para pedir que para aprovechar un descuido; mendigos por doquier y ociosos en todas partes.

Lejos de la cárcel, muy lejos, la escuela que se hunde, el libro que vale caro, la maestra que pide limosna, el maestro que de rodillas implora su admisión en un establecimiento benéfico, la juventud que ni trabaja ni estudia, fiando su porvenir á los azares de una bastarda política, ó á vergonzosas protecciones de hábiles juglares, que viven sin conocida renta, y se presentan audaces ante sus conciudadanos, ostentando un lujo y un boato, más que insultantes, cínicos.

En la cárcel, hombres que no trabajan; hombres que fuman, beben, ríen y cantan; en la cárcel, calabozos infectos, prisiones hediondas, camastros agujereados, patios donde seres racionales parodian á las bestias *tomando el sol*; la baraja por libro, la navaja (con perdón de requisas y registros,) por código; la holganza por entretenimiento, y de continuo, la comunicación con el rufian, con la moza de partido, con el espía de alcantarillas, con el maestro de coartadas, con los que *trabajan por fuera*.

En la cárcel, el taller del crimen; la oficina de planos para robar fincas; el arsenal de herramientas, para falsificar documentos públicos y privados; la correlación entre los secuestradores que *están á la sombra* y los *caballistas* que viven de sus hazañas, con altos intermediarios por padrinos, con influencias de partido por escudo.

No lo digo yo, no lo invento; leed la *Relación de la cárcel de Sevilla*, escrita por el ilustrado juriscónsul, Cristóbal de Chaves, en 1585, lo cual prueba que el mal es añejo en España; leed *El Banderismo*, obra reciente del laborioso, honrado, valiente y enérgico escritor de nuestros días, Julian de Zugasti, terror un tiempo de los criminales de alto-mero-misto-imperio y de los de sus instrumentos, en la provincia de Córdoba.

En el presidio, la haraganería voluntaria por sistema; á la puerta del presidio, la cantina; dentro del presidio oscuro, hediondo, terrible, el departamento oculto en que se forjan entierros y se preparan crímenes *fuera*, que responden á las tretas de dentro, y entre los penados aviesos mozallones, llamados cabos de vara, que dirimen las cuestiones á palo fuerte y limpio, y de vez en cuando, escándalos, heridas y evasiones, como las recientes de los presidios de Barcelona, Valencia y Alcalá de Henares.

Ved ahí la pena de muerte.  
Ved ahí los gérmenes de la criminalidad.  
Ved ahí la imposible imposibilidad de la ejemplaridad saludable de esa terrible é inútil pena.

La cual hoy hace necesaria la endeble armazón de esta sociedad, que impotente para el bien, ha de encerrarse en el brutal recinto de un lógico vergonzoso rigor, para defenderse de sí misma.

No son los magistrados los que condenan; no son los tribunales los que mantienen activo el patíbulo; es nuestro egoísmo fiero; es nuestra indiferencia; es nuestra infuca debilidad; no es la ley la feroz; aquí, si hay algo feroz, es el descuido de todos, la inercia de todos, la insensibilidad de todos.

Todavía se leen en estúpidas coplas la hazañas de Francisco Estéban el Guapo y de los siete niños de Écija: hace pocos años, acudía todo el mundo á presenciar espectáculos, en los que Diego Cor-

rientes era un héroe, Andújar un tipo que se presentaba interesante; el Corazón de un Bandido, primera y segunda parte, una leyenda de amor, el Congreso de Gitanos, y el tío Caniyitas y la Venta del jaco en la feria de Mairena, solaces agradables de un público que se llamaba ilustrado, que acudía una noche y ciento á *instruirse y deleitarse*, en teatros en que se repartía esa bazofia presidencial, con prima á los revendedores de billetes, bazofia sazónada con diálogos en caló, esa jerga de las cárceles y presidios, que gustaba á remilgadas damas, y aplaudían padres bonachones y madres de menguadísimo meollo.

La moraleja de esas excentricidades ya se sabe cuál era; bandidos que robaban y mataban al lado de sus mancebas, y en el último acto, se convertían y entraban en el cielo con polainas, retaco y calañé.

Esa es la larva; la mariposa, la pena de muerte. ¿Cuál es, en suma, la ejemplaridad de esa terrible pena?

Hace algunos meses, un asesinato feroz en la provincia de Cáceres; hace pocas semanas, el degüello de una numerosa familia en un rincón de Extremadura; hace pocos días, el robo á mano armada de un tren descarrilado; hace pocas horas, la invasión audaz, de un puñado de bandidos, en un pueblo de ochocientos vecinos; la salvaje hazaña de cinco miserables, en la iglesia de uno de escaso vecindario, en Cataluña.

Esa es la pena de muerte en perspectiva.

La realidad de esa pena, amedrenta y asusta. Prescindamos de la lentitud en los procedimientos y las dificultades curialescas, que alargan escandalosamente los procesos.

Llega el momento de la triste ejecución, y es de ver lo que se vé, y de oír lo que se oye.

El condenado á muerte vive en un período de lenta agonía, ahora de 24, antes de 48 horas, ínterin permanece en la capilla.

Objeto de vulgar, anti-cristiana y sándia curiosidad, semejante á la acorralada fiera, es objeto de visitas (me refiero á Madrid), de una porción de personas, que no debía atravesar los umbrales de la cárcel, para satisfacer un deseo, más que caprichoso, inhumano.

Desde el instante en que el reo es puesto en capilla, la misericordiosísima archicofradía de la Paz y Caridad se encarga del condenado, que, *ipso facto* ingresa en la hermandad, y desde ese momento, ni pueden, ni deben ver al reo, según real orden de 1.º de Julio de 1864, nadie más que el Jefe ó empleados superiores de la cárcel, el capellan del establecimiento, párroco del distrito y dos capellanes más designados por el reo, ó en su defecto por el vicario eclesiástico; los Magistrados, Ministerio Fiscal, Juez y Escribano que hayan intervenido en el proceso; el alguacil de vista, el abogado del reo y su procurador, las personas de quienes el sentenciado guste despedirse y doce hermanos de la Paz y Caridad, que por turno le asisten, y ya no le abandonan hasta el trance fatal.

En todo este lúgubre espectáculo, en toda esta caliginosa sombra, solo ilumina los antros de la prisión, y de resplandores inunda la Capilla del agonizante vivo, la caridad ferviente de los archicofrades de la Paz.

Pero todo lo que de sublime y grande, y conmovedor y generoso, encierra la conducta laudabilísima de esos hombres y sacerdotes que al reo auxilian en tan duro trance, tiene de ateo, inmoral, ridículo y cruel, el espectáculo que ofrece la carrera que atraviesa el reo.

Damas elegantes y descocadas mujerzuelas, hombres inteligentes y rateros de profesion, concurso inmenso de personas de todas clases y condiciones, se codean, se empujan, ocupan ventanas, balcones y tejados, para *ver* pasar al reo.

He ahí la ejemplaridad de la pena de muerte. Verdad es, que mientras esto sucede, muchos bolsillos son saqueados, sinose comete, en la hora en que el reo espira, nuevo asesinato.

He ahí la saludable influencia de la pena de muerte.

¡No más vergüenza, no más escándalo, no más orgía é indiferentismo ante la inmensa desgracia de un semejante nuestro!

Y luego... y siempre, cárceles, establecimientos penitenciarios, verdaderas casas de corrección de los penados: manicomios legales, para esos misereros furiosos que viven la vida infelizmente material de las bestias, para esos enfermos del alma, para esos pobres extraviados que en azaroso momento faltan á su deber y delinquen por y para desgracia suya, por y para vergüenza de la sociedad. Y al lado de la penitenciaría, y en derredor de la penitenciaría, y dentro de la penitenciaría, la escuela, y en la escuela, el profesor dignificado, el maestro instruido y honrado por su generacion y amado y bendecido por generaciones de discípulos, almas creyentes, ciudadanos modelos.

Ménos garitos y más escuelas; ménos lupanares, y más casas de asilo; ménos tabernas y más escuelas de artes y oficios; ménos merenderos y cafetines y más, muchos más establecimientos de beneficencia; ménos ciegos que canten coplas escandalosas, y más conferencias; ménos láminas libricas y más manuales y libros útiles para el pueblo, á exíguo precio vendidos, y si fuese posible, regalados.

Ahí, ahí está la disminucion de la pena de muerte; ahí, ahí está el principio de su abolicion.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

## ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

### INTRODUCCION.

Los viejos ídolos se van. ¿Cuándo acabará la idolatría? «Podríamos en una hora, decia el Marqués de Pombal, acabar con los conventos: mas necesitaremos siglos para desarraigar el espíritu fraileesco.»

La piqueta de los tiempos cierto es que va poniendo cada dia á más distancia de nosotros malignos errores y preocupaciones funestas: cierto es que nos va acercando paso á paso á la igualdad de condiciones y á la comunidad del derecho. Pero las maquinaciones del error y los interesados ó estúpidos clamores de la preocupacion, lanzan sin cesar anatemas y rayos contra toda voz y toda doctrina que pretenden curar ó siquiera paliar las eternas llagas y miserias sin nombre de la dolorida humanidad. Sin embargo de lo cual, el tiempo hace su obra y la humanidad su camino. La luz se difunde: y las nieblas del error se disipan. Todo lo arrolla el soplo formidable de la tempestad.

Pero la tempestad ha amontonado ruinas y ha producido el caos. Lo que sirve para demoler, no basta para edificar.

Los nuevos altares carecen de sólida base; por lo que, la palanca y el ariete de la reaccion los destruye á cada paso.

Por entre el fragor de la perdurable batalla; entre las iras del combate, el despecho de los vencidos y los alardes de los vencedores, el grito de las pasiones ahoga la voz de la razon; y la satisfaccion vanagloriosa del momentáneo triunfo impide que se levante el alcázar que ha de guardar el *paladium* de las futuras generaciones y hacer incontrastables los gloriosos futuros destinos de la humanidad.

La aurora de un nuevo orden de cosas, como la de un nuevo sol, hace muchos años que asoma por el horizonte, abriendo sus corazones á las más halagüeñas esperanzas. Pero ni los creyentes, ni los apóstoles de la nueva idea atinan á concertar la libertad con el orden, los derechos del hombre con los deberes del ciudadano, el libre albedrio con el *rationabile obsequium*, la antorcha de la ciencia con el faro eterno de la moral. Cada cual pretende resolver los infinitos problemas del orden social en la esfera del Gobierno, por la bizzarra hipótesis que le sirve de criterio. Y como ninguna de ellas está basada en la constitucion natural del hombre, todas sus soluciones son deficientes y todos edifican sobre arena.

Esto sucede aún á aquellos que pagan tributo á un ideal y alimentan el sano propósito de gobernar conforme á los principios y reglas que forman el credo de una doctrina, siquiera errónea ó defectuosa. ¿Qué no sucederá al inmenso número de aquellos otros, que rindiendo culto á la materia, huyen de todos los ideales y andan desalados tras el mando por los atractivos *del poder* y las groseras concupiscencias del gobernar!... Para estos tales los principios son lo de ménos: los intereses son todo. Individualismo y socialismo, ateísmo y religion, moral independiente, ó moral *ad usum del-phinis*:... todo les es indiferente. A semejanza de los farmacopas de la antigua escuela, en sus formularios hay mucho de lo del «cocimiento de las mil flores» y no poco de lo del «elixir de larga vida.» Proteger intereses, crear intereses, fomentar intereses... hé aquí su fórmula sacramental. Intereses permanentes, intereses materiales, intereses de las clases conservadoras... hé aquí su gran panacea: en cuya confeccion cuidan siempre de mezclar, según arte, las correspondientes dosis de religion, de familia y de orden público, bases cardinales, fundamentos firmísimos de toda sociedad, etc. etc.

¡Y bien! es preciso demostrar á todas esas sectas, á todos esos Saduceos y Phariseos políticos, que tambien edifican sobre arena. Este objeto nos proponemos en este estudio. Y como nos hemos de colocar en la serena region de las ideas, se nos hará la justicia de creer que no vamos á combatir personas ni partidos; vamos á combatir doctrinas por ver si logramos demostrar, que las que se vienen aplicando por unas y otras escuelas á la gobernacion de los pueblos, estas por deficientes y aquellas por erróneas, no han conseguido crear todavía nada sólido é incontrastable en la esfera de la justicia y del derecho. He ahí por qué damos á este estudio el título de biología social, aun cuando de ello no tenga más que algunos perfiles. Pero no haríamos poco con perfilar un boceto, que servir pudiera á persona más competente para dibujar un gran cuadro y levantar un monumento á la ciencia. Sin otra pretension por lo de ahora, entremos en materia.

### HÉRCULES Y ANTEO.

#### I

A pesar de todos los Napoleones, y por más que otra cosa digan todos los escépticos y todos los positivistas habidos y por haber, el mundo se ha regido, se rige y se regirá por las ideas; y los ideólogos—la filosofía—darán siempre el tono á la sociedad, la imprimirán su sello, y marcarán el sesgo á los acontecimientos; sin que sea necesario para ello, como deseaba Platon, «que los reyes sean filósofos, ó que los filósofos sean reyes:» basta y sobra con que la sociedad se componga de hombres, y con que al hombre le enaltezca su razon y le caracterice y le distinga el libre albedrio.

Todo hombre es ideólogo, y no puede menos de serlo: hasta aquellos á quienes la filosofía produce náuseas y causa vértigos.

No vamos á demostrar esta verdad, que, por otra parte, es de innecesaria demostración: como que la enseña y la contrasta el simple buen sentido; resultará, sin embargo, demostrada de lo mismo que vamos á decir.

Los pueblos, como el hombre, dicen los positivistas, buscan el bienestar, huyen el dolor, y van en pos del placer y de la bienandanza.—Convenido; pero lo buscan por los medios que les sugiere su razón, guiada una vez, seducida otras, apremiada no pocas, por la razón de aquellos que la tienen más despierta. Mas sea que la guíen, sea que la seduzcan, sea, en fin, que la fuercen, estos últimos tienen siempre que hablar á la razón de aquellos; y así lo hacen en efecto; unas veces, en nombre de sobrenaturales poderes, á quienes ellos prestan su saber, sus virtudes, y los medios que más efíces les parecen para refrenar las pasiones, y para contener lo que llaman extravíos de la razón, á fin de sostener el orden establecido, en el que, á fuer de autores y directores, son por necesidad los amos; otras veces, en nombre de la razón misma y del derecho; invocando principios y doctrinas que, á la despertadora voz de los tiempos, entre el hedor de los ergástulos, el frío silencio de las catacumbas y los dolientes clamores de la humanidad, se atrevieron á balbucear algunos visionarios, á quienes tuvo por locos la sociedad de su tiempo, y sus directores crucificaron por sediciosos.

Hé aquí las dos escuelas, que de larga fecha se vienen disputando el gobierno del mundo y la dirección de la sociedad.

Gastados en Europa, desde hace siglos, los resortes autoritarios, no menos por su abuso que por el natural incremento y progresivo desarrollo de la razón, la influencia avasalladora de los poderes y de las fuerzas sobrenaturales, se ha ido debilitando; y, mal que les pese á los que se han constituido en ministros de tales poderes, aquella influencia se va refugiendo allí de donde nunca debió salir; al santuario de la conciencia. Esa escuela perdió hace ya mucho tiempo la exclusividad; pero lucha y relucha como Antheo contra Hércules, antes que abandonar á éste el gobierno de la sociedad y el dominio de la tierra; antes de permitir que se cumpla la verdadera voluntad de Dios, que es dejar al hombre entregado en brazos de su propio consejo, y hacerle operario de su propia dicha ó infelicidad.

Pero la otra escuela, la que para mayor sencillez nos permitiremos designar con el nombre de *Liberal*, no ha dado todavía en el secreto que dió Hércules. Tiene como este la conciencia de su fuerza; más no ha atinado aun con lo que constituye la de su contrario. De ahí que el moderno Alcides consuma las suyas en perdurables luchas, que si no del todo estériles, ninguna llega á ser definitiva. Y téngalo por cierto: no coronarán sus sienes los inmarcesibles laureles de una completa victoria, mientras no descifre el mitho, y acierte además, á ejecutar lo que él enseña.

Quizá no ignora ya, que para vencer á Antheo fué necesario hacer que sus pies se desprendieran de la tierra. Mas lo que todavía no sabe es de qué manera Hércules hubo de colocar los suyos, para privar á su adversario de lo que le servía de talisman, de lo que restauraba sus fuerzas y hacia vano el vencerle; puesto que cuantas veces le postaba en tierra otras tantas el monstruo erguía de nuevo su cuerpo de sesenta codos de magnitud.

UNIDAD Y VARIEDAD.—ARMONÍA DE LOS CONTRARIOS.

## I

Las fórmulas de la escuela liberal han sido hasta hace poco tiempo empíricas *vel quasi*. Sus teorías, por lo general impregnadas de materialismo, han suministrado medios y armas para demoler; y mal que bien han demolido el viejo y carcomido edificio. Pero cuando á la luz, y bajo los planos de sus teorías, esa escuela ha tratado de fundar, ha tenido que hacerlo á tientas: y allí donde aquellas han prevalecido, la obra se ha resentido siempre por la base, y los pueblos se han visto condenados al trabajo de Sísifo.

Ahí está la Francia y aquí la España, para dar testimonio de la verdad del hecho.

Y no se nos diga, que algo queda en pie; porque es cabalmente lo que se hizo á otra luz y se edificó por otros planos.

Hay que confesarlo, y ha llegado la hora de decirlo muy alto y muy claro. El Hércules no ha tenido, ni tiene aun, los pies en terreno firme.

La escuela liberal moderna ha sido casi exclusivamente materialista, en los pueblos de raza latina sobre todo. Y el materialismo analiza, descompone y pulveriza todo lo que mira y todo lo que observa; pero no crea, no edifica: y si algo levanta, es casi siempre sobre arena movediza y deleznable. La materia sufre la necesidad del *fatum*, de una ley indeclinable; sólo el espíritu es libre y obra á impulso de su propia actividad. Solo el espíritu es creador.

La materia, sin el espíritu, sería para el hombre letra muerta. Sin el soplo que la imprimió movimiento, sería inerte, no sería nada. Sin ese soplo misterioso... ¿dónde estarían sus fuerzas? ¿Qué son sus fuerzas más que ese soplo? La misma fuerza de atracción ¿qué sería sin el impulso que lanzó los mundos por la tangente de sus respectivas órbitas?

Los organismos todos, desde el más embrionario hasta el más perfecto, ¿qué serían, ni cómo serían, sin el espíritu vital, sin el *quid divinum* que les dá unidad y que les imprime y dirige sus respectivos movimientos? No digamos el hombre, pero ni el mundo, ni el sér se espican, nise conciben sin una voluntad, sin aquello que, siendo inmaterial, amolda la materia, la organiza y la domina.

Decía bien J. J. Rousseau: «se concebiría mejor que las letras del alfabeto griego, rodando por el espacio en vertiginosos movimientos, durante centenares de siglos, habian llegado á componer, por sí solas, la *Odysea* ó la *Iliada*, que el que se haya formado, no ya un mundo, sino el más sencillo de los organismos que le decoran, por el movimiento casual de sus átomos, verificado en borrascosos torbellinos durante una eternidad.»

El mundo supone una voluntad; y la voluntad revela lo inmaterial, lo impercedero, lo consustancial con lo infinito, el espíritu.

La materia se disgrega: el espíritu es indivisible. Solamente el espíritu organiza y ordena: y hay más aun: dotad, porque así os acomode, de una fuerza, de un sólo movimiento á la materia. Así y todo, ireis á parar á la nada. Si esa fuerza es la de atracción, ireis al anonadamiento por la concentración y la inercia. Si es la de proyección, al anihilamiento por el caos.

Porque, despues de todo, el hecho cardinal y entrañador de todos los misterios del universo y de la creación es, que su grandiosa unidad, en todo y siempre,—miradlo como queráis,—resulta de la síntesis de los contrarios: ley admirable que los armoniza y que muestra por todas partes la hermosa variedad en la unidad más perfecta. Ni en el sujeto, ni en el objeto, ni dentro, ni fuera del hombre, hallareis fenómeno alguno que no responda á ese principio, más arriba del cual, no podemos ni queremos penetrar por hoy.

Desde el dualismo de impulsos, que constituye la grandiosa unidad del movimiento circular de los mundos por la inmensidad del espacio, hasta el dualismo de fuerzas que forma la de la electricidad poderosísima; desde el dualismo de sexos, hasta el de movimientos que constituye y que mantiene esa otra gran unidad, que se llama vida: desde la inmensidad de los espacios, á donde no llega el pensamiento humano, hasta el profundo seno de los mundos, á donde no alcanza la mirada: por todas partes y en todo encontrareis la unidad por resultado de la oposición.

Excluid uno de los elementos, de los dos polos que enjendran los fenómenos más notables, y que contribuyen á las funciones mejor conocidas del mundo físico, y no acertareis á comprender aquellos ni á explicar éstas con verdad. ¿Queréis daros cuenta del ordenado giro de los globos que pueblan el espacio sin abandonar nunca el perímetro de sus órbitas inmensas? Pues tenéis que acudir á la resultante de las dos fuerzas; y sólo así os lo demuestra la matemática. ¿Queréis explicar los fenómenos del magnetismo y de la electricidad, resortes, aunque imponderables, de tan inmenso poder en la naturaleza?... Pues son también el resultado de tendencias opuestas que constituyen unidad poderosísima. El agua y el aire los conocéis solamente desde que la ciencia acertó á descomponer sus formidables unidades en sus dos elementos constitutivos. Y la función más importante de la vida orgánica, os es conocida solamente desde que, á beneficio del sístole y diástole, os pudisteis dar cuenta del maravilloso fenómeno de la circulación. Seguid estudiando la naturaleza á la luz de esa antorcha, y los recónditos secretos que hasta hoy ha guardado en su seno, se os pondrán de manifiesto. No lo dudeis. Pero creed también, que esta ley es general: tan aplicable á los fenómenos del orden moral, como á los del mundo físico. Toda gran unidad es armonía de dos contrarios.

## EL HOMBRE.

## I

El hombre, compendio maravilloso del universo, misteriosa unidad dentro de otra más grandiosa,—la humanidad—es un ser bímembre: hombre y mujer. Adam, según la Biblia, no fué verdaderamente hombre hasta que tuvo á su lado á Eva. «*Et erun duo in carne una.*»

Como ser en sí, consciente, autónomo, dueño de sí mismo, como persona, es otra unidad, no menos prodigiosa; pero también resultado de dos fuerzas: síntesis perfectísima y armónica de elementos ó de términos contrarios. Estos términos no es que se adivinen, es que se sienten, se perciben distinta y claramente: se experimentan sus opuestas tendencias: perennemente en lucha; y perennemente en uno. Platon lo dijo ya. «En el hombre se encuentra *lo uno, y lo múltiple.*»

Cuando el elemento finito perece, el hombre no existe. Así que, para estudiarle y comprenderle, no basta el escalpelo; se necesita la inteligencia, la cual supone la libertad, atributo del espíritu, cualidad distintiva del sér que obra por sí y tiene conciencia de sí mismo.

El dualismo de fuerzas que constituyen el ser humano es tan visible como su unidad. Y su misteriosa armonía, síntesis es de dos contrarios, cuyas opuestas tendencias se sienten luchar á toda hora.

Su libertad supone la inteligencia; pero esta misma necesita dos términos para producir la sintética unidad del juicio, cuya expresión consta también de dos miembros, unidos admirablemente por la misteriosa soldadura del verbo.

Lo mismo en la esfera del sentir, que en la del conocer, toda operación, todo fenómeno participan de dos tendencias, una de las cuales tiene carácter de pasividad; la otra, de actividad. Pero sintetizadas en una virtualidad, en una potencia, en una facultad; y aún cuando aquellas sean fuerzas de receptividad unas veces, fuerza de elaboración otras, su lucha y su armónica síntesis se revelan en la voluntad, de cuya autocracia da testimonio la conciencia.

Esta unidad resultante del sér consciente imprime el sello de su constitutivo dualismo, no solamente á las funciones y á los fenómenos en entrambas esferas, sino á los actos que producen y á las formas y modos de expresión que revisten. Por eso las sensaciones en él están impregnadas de cierta espiritualidad. Por eso las concepciones proyectan siempre las formas y los trajes de la materia.

La sensación obedece á la indeclinable ley de los contrastes; y la idea misma la presupone. No habria sensación de dureza, si no hubiera sensación de blandura. No hay sentimiento alguno sin su contrario. El amor supone el odio, la soberbia la mansedumbre; no habria calor, si no hubiera frío; no sabríamos lo que es salud, si no supiéramos lo que es enfermedad; para conocer el bien tiene el hombre que conocer el mal. La idea nace de la penetración de dos elementos dentro de una virtualidad. Si no existiera el dolor, no existiría el placer. Sin este conocimiento el hombre viviría en el limbo: no sería hombre. Todos los parciales dualismos que se resuelven en unidades, dentro de la maravillosa unidad del yo humano, se reflejan y hasta se traducen en las dos fuerzas que pudiéramos llamar *externa interior*, *é interna exterior*; ó digámoslo de otro modo, fuerza de proyección y fuerza de atracción. Las dos se conciertan armónicamente en la actividad consciente del yo: como en el imán y en la pila los polos y virtudes contrarias que constituyen el magnetismo y la electricidad.

Los términos, las fuerzas, los elementos de los mil y mil dualismos que se resuelven en otras tantas armonías, en otras tantas parciales unidades, presidiendo á cada función, dentro de la cardinal unidad constitutiva de cada organismo, así en el hombre como fuera del hombre, no son serviles copias de un mismo tipo: no. Dentro de la poderosa unidad del yo, existe la no menos potente dualidad que engendra infinita variedad de fenómenos y de actos. Mas la significación de aquellos términos, fuerzas ó elementos, responde, en todas las esferas y en todos los fenómenos, á la misma ley.

Si nos fuera dable recorrer aquí el vasto campo del saber humano, por seguro tenemos que, así en la esfera de la Psicología, como en la de la Antropología, y en todas y cada una de las variadas ramas de esas ciencias, nos sería fácil encontrar las indelebles huellas de aquella ley y la prueba incontrastable de su universalidad. ¡Y cuán bellos y cuán instructivos serían los cuadros, solamente trazados que fuesen, de las analogías entre aquellos términos, fuerzas y elementos, en medio de sus variadísimos matices y de su multiforme expresión! Aquí se denominaría pasión, lo que en otra esfera se llamase fuerza; y lo que en un fenómeno conociéramos por calor y dilatación, diástasis acá, diástole allá; en cierta otra categoría de fenómenos se llamaría amor, y en tal otra caridad, y en la de otro orden, patriotismo. De forma que, no solamente podrían verse admirables semejanzas entre lo que el naturalista conoce aquí, con el nombre de afinidad, allí, con el de cohesión, más allá, con el de fuerza centrípeta, acá, con el de sístole, acullá, con el de electro-magnetismo; sino que el filósofo, el político y el fisiólogo mismo, encontrarían maravillosas analogías entre los términos, elementos y fuerzas de aquellos dualismos resolubles en armónicas unidades, y los impulsos, funciones, fenómenos, operaciones y facultades que se advierten en el orden fisiológico y en el psicológico.

Hagamos por vía de ensayo una excursión para demostrarlo.

TOMÁS RODRIGUEZ PINILLA.

## EL IMPERIO RUSO.

Atendida la absorbente actualidad del asunto que tanto preocupa hoy, y que preocupará más aún mañana la atención universal de los pueblos temerosos y de los espíritus reflexivos, nos parece que los lectores de LA AMÉRICA verán con interés el resumen estadístico que exponemos en seguida, formado con noticias muy recientes y copiosas, y que da una idea, siquier aproximada, de las fuerzas desconocidas y de los recursos tan variados como crecientes de ese tenebroso y circumpolar imperio, que se ha dado en llamar con tanta exactitud en todas las lenguas el *Coloso del Norte*.

*Poblacion absoluta*, cerca de 100.000.000 de habitantes.

*Superficie*: cerca de 10.000.000 de millas cuadradas de 69'25 al grado, que equivalen próximamente á una séptima parte del mundo habitable.

*Poblacion relativa*: (100.000.000:10.000.000 =) cerca de diez habitantes por milla cuadrada.

*Etnografía*: de los 100.000.000 de habitantes que constituyen la población actual del imperio,

6.000.000. son rusos.  
15 tártaros.  
5 polacos.  
5 de raza híbrida.  
3 finlandeses.  
3 judíos.  
5 turcos.  
2 alemanes y  
2 baschkiros.

Tiempo que necesita para duplicar su población, 50 años.

Suecia-Noruega, 5.500.000, necesita 54.  
Dinamarca, 2.000.000, 54.  
Reino Unido de la Gran Bretaña, 33.600.000, 55.  
Alemania; 43.000.000, 61.  
Holanda, 4.200.000, 64.  
Austria-Ungría, 37.000.000, 84.  
Bélgica, 5.500.000, 85.  
Suiza, 3.000.000, 85.  
Grecia, 2.000.000, 87.  
Portugal, 4.800.000, 90.  
Italia, 28.000.000, 98.  
España, 16.600.000, 100.  
Francia, 37.000.000, 120.

**Capital,** San Petersburgo (ciudad de San Pedro) a los 59° 56' 5" de latitud septentrional y a los 30° 49' de longitud oriental del primer meridiano de Greenwich, con cerca de 1.000.000 de habitantes. Fundada por Pedro el Grande (1672-1725) en 1703, sobre la extremidad oriental del golfo de Finlandia, a 18 millas de Cronstadt, (Ciudad de la corona, 40.000 habitantes), que es su antemural marítimo, y sobre ambas márgenes del Neva (400 metros de ancho), ninguna capital del antiguo Continente puede competir en regularidad geométrica con San Petersburgo, que es ya, en muchos conceptos, una de las más sorprendentes y grandiosas metrópolis europeas. Entre sus maravillas arquitectónicas, son muy dignas de recordarse:

1.° *La calle de San Andrés*, que por su amplitud y por la opulencia de los establecimientos que la exornan y la animan, puede compararse a la llamada en Berlín *Under de Liden*.

2.° *Neoski prospekts*, que es Broadway, (la calle ancha) de San Petersburgo, superior a la de Nueva York, y que se desenvuelve como un paseo incomparable, orillas del Neva, con sus muelles y sus puentes, en una extensión de más de tres millas.

3.° La ciudadela, exágono estrictamente regular y correcto, con una torre de 380 pies de elevación, que domina la gran metrópoli desde la margen septentrional del Neva.

4.° *El palacio de invierno* (reconstruido en 1839), que es indisputablemente la más suntuosa de las moradas imperiales, digno por sí solo de atraer inteligentes viajeros a la capital de Pedro el Grande. Tiene tres pisos, es casi cuadrado y presenta al Neva un frente de 700 pies.

5.° El Almirantazgo.

6.° El Museo mineralógico, que es el más rico del mundo. Entre sus curiosidades valiosas ó peregrinas, contiene dos enormes masas metálicas: la una es de oro y pesa 80.000 libras, y la otra es de malaquita y pesa 4.000.

7.° *La cátedra de San Pedro y San Pablo*, panteón de la familia imperial.

8.° *El templo de Nuestra Señora de Kazan*, muy parecido a San Pedro de Roma; tiene, como aquél, un soberbio peristilo que conduce al gran pórtico embellecido con basamentos y estatuas colosales. En el interior, que es una verdadera cristalización monumental, resplandece y se venera la gloriosa *Iconóstasis*.

9.° La gran basílica de *San Isaac*, que los rusos consideran como el más bello de los triunfos arquitectónicos. Comenzada en tiempo de la emperatriz Catalina II, (1729-1796,) y terminada en 1856, es de granito de Finlandia, tiene la forma de una cruz griega, y ostenta en el exterior más de 100 columnas de 60 pies de alto. Solamente en los cimientos se gastó 1.000.000 de rublos, y fué preciso invertir cantidades enormes para dorar perfectamente su grandiosa cúpula, que tiene 66 pies de diámetro, y que lanzada a una altura de cerca de 400 pies sobre 30 columnas monólitas, herida diagonalmente por el sol, brilla como un fulgurante y estático meteoro en las regiones etéreas. Su magnificencia interior corresponde a la exterior, y apenas puede describirse: su pavimento es de mármol de colores: el granito, el bronce, el oro, la esmeralda y el diamante están allí prodigados en graciosas ó sublimes combinaciones, y entre sus columnas innumerables hay una de malaquita y dos de lapizlázuli.

10.° *El Monumento milonario*, glorioso memorial arquitectónico que hace meditar á ese gigantesco Prometeo de las edades venideras, sobre un ciclo histórico de mil años de luchas sangrientas, de victorias imprevistas y de progresos increíbles.

11.° *La Columna alejandrina* que consta de la caña monólita más extraordinaria que se conoce, pues tiene 88 pies de altura, con 14 de diámetro, y con un peso que excede de 2.000.000 de libras.

Y 12.° *La estatua ecuestre de Pedro el Grande*, que es de bronce y se levanta sobre un peñasco granítico que pesa 3.000.000 de libras.

**Religion.**—La Rusia tiene realmente libertad de cultos: así es que de los 100.000.000 de individuos que constituyen el imperio.

70.000.000 ruso-católico-ortodoxos.  
8.000.000 budhistas, etc.  
8.000.000 mahometanos.

6.000.000 católico-romanos.  
4.000.000 protestantes.  
3.000.000 judíos.  
1.000.000 sectas.

Segun el último informe del Santo Sínodo de la Iglesia rusa, aquella comunión religiosa posee 40.000 templos, incluidas las catedrales; 14.000 oratorios y capillas, 100.000 arciprestes, presbíteros y diáconos, y 70.000.000 de fieles, de los cuales 37.000.000 son mujeres y 33.000.000 son hombres. Es la más pobre de las comuniones religiosas, pues su renta anual, sumando el producto de todas sus propiedades con la asignación del Gobierno (32.000.000 de pesetas), apenas asciende a 14.000.000 de rublos, ó sean 56.000.000 de pesetas. Los clérigos de la iglesia rusa son casados, y el Santo Sínodo autoriza cada año millares de divorcios.

**Renta.**.... más de 3.000.000.000 de pesetas, renta superior á la de Francia, y por consiguiente la más cuantiosa de las rentas nacionales. Hé aquí algunos artículos en que se distribuye la mayor parte de esa renta.

Ejército, 800.000.000 de pesetas.  
Armada, 100.000.000 de pesetas.  
Intereses de la deuda, 780.000.000 de pesetas.  
Culto y clero; 32.000.000 de pesetas.  
Instrucción pública, 60.000.000 de pesetas.

**Deuda.**—Cerca de 11.000.000 de pesetas.

Ferrocarriles, 22.000 kilómetros.  
Telégrafos, 100.000 kilómetros.  
Ejército, 2.200.000 hombres.

**Armada.**—Posee tres escuadras: la primera de travesía y de combate, y cuya mayor fuerza consiste en 40 buques blindados, de los cuales el *Pedro el Grande*, el *Sebastopol* y el *Pojarskis* son los más poderosos; la segunda se compone de cañoneras y *papoffas* (buques circulares inventados por el almirante Papoff), que tienen por objeto defender las costas; y la tercera consta ya de veinte buques bien armados y ligeros que se destinarán al corso en ambos Océanos en caso de una guerra marítima. En el momento en que escribimos, (la Rusia, sin duda porque allí no la necesita, apenas tiene escuadra en el mar Negro: la escuadra de combate, quizá en prevision de una guerra continental, la tiene casi toda concentrada en el golfo de Finlandia; y la escuadra de corso la tiene parte en los Estados Unidos y parte en *Vladivostok* en las costas orientales de la Siberia, situación admirable que amenaza al Japon, á la China y á todo el comercio del Oriente; la flota que allí tiene la Rusia consta de cuatro fragatas blindadas y de diez buques de corso.

Exportación, 3.300.000.000 de pesetas.  
Importación, 3.100.000.000  
Comercio internacional, 7.400.000.000

Adviértase que no hay datos para conocer el valor del comercio que realiza por tierra el imperio ruso con la China y con el Asia central.

**Estado de la agricultura de Rusia en 1878.**

En ese año tenía la Rusia sembrados de

Trigo, 30.000.000 de acres que rindieron 180.000.000 de fanegas.  
Trigo negro, 11.000.000, 90.000.000.  
Cebada, 16.000.000, 130.000.000.  
Avena, 33.000.000, 600.000.000.  
Centeno, 67.000.000, 700.000.000.  
Patatas, 3.500.000, 400.000.000.  
Lino, 2.300.000, que rindieron de semilla 17.000.000.  
Cáñamo, 900.000, 15.000.000.  
Totales 163.700.000 de acres que rindieron 2.032.000.000 de fanegas, y además, 7.000.000 de quintales de fibra acátil.

La Rusia dedica por otra parte al cultivo de la remolacha 333.600 acres, que rinden 11.000.000 de quintales de azúcar.

Al cultivo del tabaco dedica 100.000 de acres, que no producen ménos de 96.000.000 de libras.

Y, en fin, al cultivo de la yerba 150.000.000 de acres que dan poco ménos de 50.000.000 de toneladas.

Ahora, para que se tenga una idea comparativa de la producción agrícola del grande Imperio y de la gran República, nos parece interesante y oportuno exponer en seguida el cuadro de la

**Producción agrícola de los Estados-Unidos en 1878.**

Trigo, 420.000.000 de fanegas, que valen 326.000.000 de pesos.  
Trigo negro, 12.000.000, 7.000.000.  
Maíz, 1.388.000.000, 441.000.000.  
Cebada, 42.000.000, 24.000.000.  
Avena, 413.000.000, 101.000.000.  
Centeno, 26.000.000, 13.000.000.  
Patatas, 124.000.000, 73.000.000.  
Algodón, 5.000.000 de balas, 194.000.000.  
Tabaco, 392.000.000 de libras, 22.000.000.  
Yerba, 38.000.000 de toneladas, 285.000.000.  
Total, 2.425.000.000 de fanegas, 5.000.000 de balas, 392.000.000 de libras y 38.000.000 de toneladas, todo equivalente á 1.486.000.000 de pesos.

Bajo el punto de vista mineralógico, la Rusia sólo cede el primer lugar al Reino Unido de la Gran Bretaña. En más de 270.000.000 de rublos se estima el producto de las minas de varios metales que tiene en actual explotación aquel imperio.

Su riqueza pecuaria está en justa proporción de su agricultura. Posee 66.000.000 de ovejas, siendo así que España apenas tiene 23.000.000.

El movimiento artístico, científico y literario de aquel país es tan activo como digno de estudiarse. Seimalosky es, si no el mejor, uno de los mejores pintores contemporáneos; y Korsakoff es un compositor musical de grande inspiración que ha obtenido ya triunfos envidiables. El almirante Papoff está reconocido como un constructor naval de mérito extraordinario. El Observatorio astronómico de Palkova ha merecido la fama de ser uno de los que están más liberal y hábilmente servidos en Europa. La literatura rusa tiene ya muchos nombres gloriosos y nos limitaremos á recordar á Karamsin, historiador, 1765-1826.

Polevoy, 1796-1846, historiador y novelista.  
Pushkin, 1769-1837, llamado el Byron ruso. El emperador Nicolás le nombró historiógrafo del imperio. Murió en un duelo.

Lemontoff, 1811-1841, poeta muy extraordinario. Murió en un duelo.

Gagol, ator de las *Almas muertas*, 1811-1849.  
Foukouski, poeta eminente, á quien Nicolás, (1796-1855) confió la educación del actual emperador de Rusia.

El número total de periódicos que se publican en Rusia llega á 700, á saber:

500 en ruso.  
64 en polaco.  
40 en alemán.  
16 en luthanio.  
16 en francés.  
14 en estonio.  
14 en armenio.  
14 en hebreo.  
10 en tártaro.  
2 en latín.  
1 en griego.

Algunos, sin embargo, sostienen que la Rusia carece de recursos y que se halla en malísima situación económica; pero lo sostienen con la misma temeridad y con la misma conciencia con que no pocos han afirmado que durante la última guerra de Oriente había puesto en evidencia su militar y su absoluta impotencia como nación invasora.

FERNANDO VELARDE.

## RECUERDOS ARTÍSTICOS DE ROMA.

MIGUEL ÁNGEL Y RAFAEL.

I

La época del Renacimiento italiano es un fenómeno histórico que atrae poderosamente la atención de los pensadores. Aquella bizarra florecencia de las artes entre los estruendos belicosos, y aquellas delicadezas del gusto, contrastando con las groserías remanentes de la Edad Media, revistieron de extraña originalidad las instituciones públicas y privadas. El confundirse los contrarios elementos que á la formación de la nueva sociedad concurrieron, se asemeja al unirse dos mares, roto el istmo que los dividiera. En el imponente momento de la confusión de las olas, álzase alborotado el nivel de las aguas cuya claridad enturbian las impurezas removidas por el choque. Poco á poco domina la serenidad en la llanura líquida, y las ondas transparentes, recobrado el natural equilibrio, rizan la superficie de los mares confundidos en abrazo perenne.

Así, del abrazo entre la ruda tradición guerrera de los tiempos medios, y el voluptuoso paganismo, resucitado por los anhelos de superiores espíritus, ha nacido la cultura moderna; no sin que en el momento del enlace, en la época del Renacimiento, y en la hermosa tierra italiana, donde se rompió el antemural de la barbarie, se encresparan los caracteres y aparecieran encenagadas las costumbres.

Sosegados aquellos y depuradas éstas, el génio latino sigue, y seguirá por mucho tiempo, inspirándose en sus ideales; rejuvenecido por el soplo vivificador de la antigüedad, sin dar asentimiento á los crudos realismos y ateridas negaciones que otras razas le presentan como dechados de hermosura y verdad.

La energía en el sentir, en el espesar y en el obrar, fué cualidad esencial en los grandes hombres que entonces honraron el género humano, como si los artistas, escritores, políticos y guerreros agotaran las fuerzas de su alma en la total renovación de la vida. Y aunque de condición discordante y procedimientos contrapuestos, artistas, escritores, políticos y guerreros se buscaron y completaron, movidos por irresistible impulso que indudablemente hubo de partir de las alturas, como eficacia providencial. De esta manera podremos explicarnos las condescendencias humillantes del terrible Julio II para con Miguel Angel, de altiva y revuelta índole, así como la complaciente adulación con que la aristocracia romana alentó los aires de gran señor, que el pacífico Rafael se daba en la Ciudad Eterna, concretándonos á unos ejemplos que vienen de propósito en estas líneas.

Las clases elevadas, que hoy suponemos de superior cultura á las que les fué característica, y el pueblo, ménos bárbaro de comonos le figuramos en aquel período, llevaban el amor al arte hasta un punto que en nuestros días y en nuestra patria podría ser indicio de civilización refinada, no obstante los gérmenes de violencia que hervían, en los altos, por el furor belicoso, y en los bajos, por los abusos de la tiranía.

De aquel brio y de este culto fueron expresión los sublimes artistas ya mencionados, que pueden considerarse como encarnaciones de dos ideas madres en el mundo de la forma. Grande ha sido el abuso que de los paralelos se ha hecho, sobre todo para cotejar individualidades de escasos puntos de contacto. No obstante, y usando de la latitud que en tales cotejos se permite al escritor, he de aventurarme á decir que entre Miguel Angel, Esquilo, Dante, Corneille y Victor Hugo hay rasgos de semejanza, como los hay entre Rafael,

Sófocles, Petrarca, Racine y Lamartine, así como notables divergencias entre los primeros y los segundos. Condensando las disimilitudes en una frase, Miguel Angel es el adusto ceño con que los ojos tropiezan en la faz del arte, y Rafael la plácida sonrisa; el uno, la tempestad imponente; el otro, la aurora tierna, sobrecogiendo ó tranquilizando el espíritu, respectivamente.

## II

Para desarrollar todas las condiciones diferenciales que los caracterizan, se requiere un detenido estudio de la vida de ambos géneos. Basta reseñar ahora algunos hechos culminantes, interpolando las precisas consideraciones.

Miguel Angel Buonarroti nació el año 1474 en Caprese, y murió en Roma el 1564. Rafael Sanzio nació el Viernes Santo de 1483 en Urbino, y murió el Viernes Santo de 1520 en Roma. Miguel Angel le precedió nueve años en este mundo, y le sobrevivió cuarenta y cuatro. Al nacimiento y á la muerte de Rafael presidió la muerte de Jesús, conmemorada por los misterios cristianos. Parece como que la vida del inmortal pintor debió empañarse por este signo con un velo de tristeza, pero no sucedió así; su breve paso por la tierra fué un himno continuado y alegre al amor y á la belleza, mientras que la prolongada peregrinación de su rival fué austera y contrariada. Rivales fueron, en efecto, mas no por propia voluntad, sino por el fanatismo de sus partidarios. Miguel Angel no vió en Rafael otra cosa que el triunfo de la asidua aplicación; y este, ocupado en demasía con sus trabajos y sus amores, respetó, mas no quiso al inmortal innovador.

Buonarroti pasó á Florencia á ser discípulo de Ghirlandaio, reputado como el mejor maestro en pintura de Italia. Lorenzo el Magnífico le llevó á su plantel de escultores, alojándole en casa y tratándole como á hijo. Pedro de Médicis, sucesor de Lorenzo, siguió, como su padre, dispensando protección al joven artista. Caida esta dinastía de negociantes, Buonarroti trabajó de escultura en Bolonia, Venecia y Florencia; fué á Roma, llamado por el cardenal San Jorge que tuvo noticia de su fama, y allí esculpió el famoso grupo de la *Piedad*, á los veinticuatro años, que llenó de admiración á cuantos le vieron. Notóse en el período de su aprendizaje, que muy pronto comenzaba á distinguirse por la originalidad, asombrando á Ghirlandaio con su nueva manera, y mejorando las copias de antiguos mármoles. Vuelto á Florencia, hizo el ponderado *David*, obra maestra de gracia, de esbeltez, de estudio anatómico; y dibujó para la sala del gran Consejo, encomendada á Leonardo de Vinci, un cartón sobre la guerra de Pisa, en que fueron tan magistrales los escorzos y los estudios del desnudo, que los pintores se maravillaron de la obra, la cual se guardó en el palacio de los Médicis como modelo en que se inspiraron Sangallo, el mismo Rafael, nuestro Berruguete, Andrés del Sarto, Sansovino y otros, hasta que fué destruida en uno de los disturbios de la época. Habiendo crecido su renombre, el Papa Julio II le encargó que le construyera una sepultura digna del artífice y del personaje. Buonarroti ideó un magnífico monumento de cuatro cuerpos para depósito del sepulcro papal, que continuadas vicisitudes, naturales en aquellos tiempos inconstantes, le impidieron llevar á cabo.

Sanzio procedió por imitación en su carrera triunfal hácia Roma. Imitó de niño el estilo de su padre, pintor apreciado; adquirió ideas nuevas viendo los cuadros de Carnevale, inferior á este; llegó á confundirse con Perugino, cuando aun cultivaba la primera manera, sencilla, pueril, afectuosa, de agradable colorido, bellas figuras y atractivos paisajes. En Siena ayudó al Pinturricchio, de donde se fué á Florencia, por haber oído ponderar las pinturas de Vinci y de Buonarroti, que influyeron en su segunda manera, totalmente distinta de la antigua, á cuya formación contribuyeron también los estudios del Masaccio, y á la cual se dedicó con ardor en Perusa y en Florencia, donde Porta le enseñó el claro oscuro á cambio de la perspectiva. Llamado por Bramante, su paisano y protector, á Roma para trabajar en las cámaras del Vaticano, según lo convenido con Julio II, fué tan ruidoso el éxito de su primer fresco *La disputa del Sacramento*, que le alcanzó impercederos lauros. Había llevado á la Ciudad Eterna la hermosura de su talento armónico, realizada con el relieve y las osadías de Masaccio, la fineza de Vinci y la arrogancia de Miguel Angel, asimiladas por su incomparable instinto de lo bello. Rafael llegó allí á los veinticinco años, el 1508, y en este mismo llamó Julio II á Miguel Angel, movido por las intrigas de Bramante, que trató de perder á Buonarroti, haciendo que se le encomendaran los gigantescos frescos de la Capilla Sixtina. Miguel Angel, aliado de Sebastian del Piombo en contra de Rafael, componía y dibujaba asuntos que el otro pintaba, para vencer en común á Sanzio, rindiendo así pobre tributo á mezquinas pasiones, cuando la epopeya de sus sufrimientos en la Capilla, y las grandiosidades con que la decoró, bastaron para encumbrarle á tales alturas que su rival no debió contemplar sin sentir vértigos de envidia.

Las obras ejecutadas por ambos en Roma merecen atención particular, pues son los timbres gloriosos de su inmortalidad. La manera gentil de Rafael no alcanzó la posterior majestad y grandeza hasta que él hubo recibido inspiraciones del arte antiguo y de Miguel Angel; mejoraba cuanto veía, á tal punto de no hallarse apenas defectos en sus composiciones, cuya expresión, nobleza y puro dibujo las enriquecen, avalorándolas el *quid divinum* que de ellas emana. El palacio de la Farnesina, Santa María de la Paz, las Logias, Cámaras y tapices del Vaticano, atestiguan su mérito.

Miguel Angel siguió opuestas vías, abiertas á su mirada de águila por la fuerza de su espíritu. Los pintores anteriores á él, incluso el Masaccio, que á vivir más tarde hubiera rivalizado con Rafael, por tener el mismo géneo, aparecen tímidos comparados con él. Fué esencial y profundamente innovador. La sublimidad de sus obras se basa en el sentimiento de lo grandioso. Es divino por el poder, como Rafael por la belleza armónica. Y su rasgo característico al hacer, separado del imaginar, es una absoluta independencia entre el fin y el medio, entre la cosa representada y la forma de representación. Se complacía en sus pensamientos, menospreciando las conveniencias rutinarias del preceptismo trascen-

dental. La Piedad, el Moisés, la capilla Sixtina, la cúpula de San Pedro pregonan su valía.

Las encontradas tendencias de ambos artistas hallan origen en el carácter personal, y no en los sucesos de la época. Desde el año 1483 en que nació Rafael, hasta el 1564 en que murió Miguel Angel, se sucedieron en el dominio de la Iglesia doce Pontífices. Salvas algunas interrupciones, la Italia fué inmenso campo de batalla en ese período, lo mismo para las luchas intestinas, provocadas por los tiranos y los ambiciosos, que para las guerras con otros pueblos y de otros pueblos que habían escogido aquel suelo donde dirimir contiendas propias. No obstante, Rafael es el géneo de la paz riante, en tanto que Miguel Angel refleja en sus creaciones el temible aspecto de la guerra. Inocencio VIII, Leon X, Julio III, optando por las dulzuras de la vida; Adriano VI y Paulo IV fanatizados por el deber religioso; Julio II, de férrea voluntad y militares talentos; Clemente VII, de gran cultura y natural débil; sin contar los que rigieron pocos días el timón de San Pedro, y al celeberrimo Alejandro VI, de diabólica recordación, imprimen á aquellos tiempos caracteres tan diferentes que no pudieron determinar las condiciones artísticas de Rafael, que sirvió á dos, y de Buonarroti, que sirvió á más Pontífices. La severidad de Julio II no ejerció influencia alguna en el ardiente Sanzio, así como el pagano Leon X no venció la foscá sobriedad de Miguel Angel.

El corazón de estos dos hombres era tan diverso como su mente y como el ideal que persiguieron. La leyenda poética quiere que Rafael sorprenda á la Fornarina, mojado sus piés hermosos en la orilla del Tíber. La tradición prosaica la pone á la puerta de su horno, y á Rafael enamorado al pasar junto á ella. El magnífico retrato de la Fornarina, adorada mujer en cuyos brazos se consumió la temprana vida del ardoroso amante, embellecido por el arte del retratista, se halla actualmente en la galería del soberbio palacio Barberini. Está sentada aquella con gracioso abandono. Los rasgos de su rostro no tienen toda la animación y finura, principalmente la nariz, que nuestra fantasía exige de una diosa; la mirada y la expresión delatan una ingenuidad sensual. Los ojos son grandes y negros; las cejas puras y arqueadas; las mejillas redondas y frescas; una sonrisa desflora los voluptuosos labios sonrosados. La negra cabellera se recoge bajo una redocilla de oro, adornada de hojas, flores y piedras preciosas. El cuello es fino y las flexibles espaldas son elegantes. Con la mano derecha sostiene la gasa que apenas encubre el seno, formándose los deliciosos hoyitos del brazo en flexión. El izquierdo ostenta un brazalete que declara el nombre del esclavo de aquella esclava: Rafael de Urbino. La Fornarina es la Venus realista de un enamorado.

Por el contrario, ¡cuánto idealismo, cuánta melancólica desesperación en el tardío é infortunado amor de Miguel Angel! Más de cincuenta años tenía cuando vió en Roma á Victoria Colonna, poetisa célebre, gran señora, belleza sin tacha, viuda hacia dos años del famoso capitán generalísimo de Carlos V, D. Fernando Avalos, y dueña de su albedrío. A las apasionadas instancias de Buonarroti, correspondió la fría marquesa de Pescara retirándose á un convento, á donde fué á visitarla repetidas veces el sombrío enamorado. A las inspiradas reiteraciones del artista, que quiso inmortalizarla en una estatua, ¡qué obra perdió el mundo! contestó la intransigente beldad con rotundas negativas. Miguel Angel, poeta de encumbrado estro, se lamentó de sus imposibles amores en versos tristes, castos y tiernos. Victoria Colonna murió en 1547, reprochándose con amargura su desdichado amante el no haberle besado la frente en vez de la mano, el último día que la vió.

## III

Echemos una rápida ojeada á lo más notable que Roma conserva de Rafael.

Los encantadores frescos del palacio de la Farnesina, encargados por el banquero Chigi, inteligente Mecenas de entonces, representan la historia de Psiquis y el Amor, y el Triunfo de Galatea; éste, pintado exclusivamente por el maestro, aquella por sus discípulos Julio Romano y Francisco Senni, para cuyo pincel hizo los dibujos.

Las cuatro grandiosas Sibilas de la capilla Chigi, en Santa María de la Paz, aunque deterioradas y restauradas, encoman el talento de Rafael, quien, en concepto de sus partidarios, las pintó antes que Buonarroti comenzara la capilla Sixtina.

El miguelangelesco profeta Isaías, en la iglesia de San Agustín, la obra de Rafael más parecida á las de su rival, y superior á ellas, según los rafaelistas fanáticos, por estar exenta de los defectos inherentes al modelo.

La tabla de la Transfiguración, en la Galería Vaticana, comisión del cardenal Julio de Médicis, después elegido Papa, con el nombre de Clemente VII. Se dijo que era su último cuadro y el más bello del mundo en aquella época, habiendo vencido con su divinidad, inspirada por el sugeto divino de su composición, cuanto la pintura creara hasta entonces.

Los tapices que se guardan en el Vaticano, tejidos en Flandes con lana, seda y oro, coloridos por Julio Romano, con cartones de Rafael, los cuales representan la vida de Jesucristo y de los Apóstoles.

Las Cámaras, comenzadas por orden de Julio II. Cuando Sanzio llegó á tomar parte en ellas, estaban encomendadas á renombrados pintores de más edad que él, tales como Bramantino de Milan, Lucas de Cortona y los tres Pedros: de la Francesca, de la Gatta y Perugino.

Apenas hubo concluido su primero y celeberrimo fresco de *La Disputa del Sacramento*, que, entusiasta el Pontífice, mandó destruir á martillazos lo ejecutado por los otros artistas en el mismo local, conservándose tan sólo el techo de Perugino y algunos adornos de Sodoma.

Las Cámaras son cuatro y de escasa luz. La primera se llama de *Constantino*, por la gran batalla de éste contra Majencio. El dibujo es de Rafael, la pintura de Julio Romano, la composición convencional. Fué tratada al fresco, después de muerto Sanzio, quien preparó el muro para pintarle al óleo, habiendo ensayado antes el procedimiento en las figuras de la *Mansedumbre* y la *Justicia*, que con otras decoran la Cámara. En esta trabajaron Francisco Penni, Col y

Lauretti. Algunos ornamentos señalan la decadencia que siguió á la muerte del maestro.

La segunda, de *Eliodoro*, contiene cuatro grandes frescos, todos de mano de Rafael, á saber: *Eliodoro arrojado del templo*, magnífica obra en la que figuran retratos de Julio II, del afamado grabador Raimondi y del ministro Fogliari. *El milagro de Bolsena*, de extraordinario vigor. *Atila detenido por San Leon*, en cuyo papa se retrató á Leon X. *Un ángel librando á San Pedro de la prisión*, con tres efectos de luz; el resplandor del ángel, el de la luna y el de las antorchas de los soldados que perciben la evasión. Algunos accesorios de esta sala son de Polidoro de Caravaggio.

La tercera, de la *Signatura*, se enriquece con la *Disputa del Sacramento*, resumen de las grandes condiciones del talento de su autor, aunque tachada la obra de seca en algunas partes. La ideal *Escuela de Atenas*, con sus grupos de filósofos y escuelas. *El Monte Parnaso*, graciosa colección de musas y de poetas griegos, latinos é italianos, desde Homero hasta Sannázaro. Tanto las composiciones grandes como las pequeñas de esta cámara abundan en retratos de personajes antiguos y de contemporáneos de Rafael.

En la cuarta sala, el *incendio del Borgo*, sólo hay este fresco pintado por el maestro. El techo, *Justificación de San Leon III*, es de Perugino. *La coronación de Carlo Magno*, de Pierin del Vaga. *La batalla de Ostia*, de Juan de Udina. En los zócalos imitó Caravaggio los bajo-relieves de la columna trajana.

Las logias habían sido comenzadas á construir por Bramante, pero Rafael las terminó, de orden superior, después que le fué aprobado un modelo en madera que á fin de mejorarlas presentó. Luego de construídas, en tiempo de Leon X, hizo los dibujos de la ornamentación é historias que en ellas se pintaron. Comprenden una arcada de trece vanos, habiendo en cada techo cuatro frescos, denominados en conjunto *La Biblia de Rafael*, por contener las doce primeras logias pasajes del Antiguo Testamento y la decimotercera asuntos del Nuevo. Bajo la dirección del Sanzio, trabajaron en los techos, en las imitaciones del adorno antiguo para las paredes y en los estucos de las ventanas, los pintores que quedan mencionados. Como arquitecto, se deben á Rafael la pequeña iglesia de la Navecilla, de lindo estilo italiano, y la capilla de Chigi, en Santa María del Pueblo.

De Miguel Angel guarda la ciudad eterna las obras siguientes:

El sentido grupo de la Piedad, en la Basílica de San Pedro.

El colosal Moisés, de fiera sublimidad, en San Pedro. Advíncula, estatua destinada á formar parte del sepulcro de Julio II, gran fábrica cuadrilonga, con pilastras, urnas, cornisas y cuarenta y dos estatuas imágenes de profetas, virtudes y provincias tributarias del Pontificado, de la que no se terminó más que una parte. Esta figura del Moisés es la expresión escultural más característica del géneo de Buonarroti.

El techo de la capilla Sixtina, poema de la creación del género humano, acompañada de los profetas y Sibilas, que pictóricamente representan la grandeza de la mente que los concibió. El techo es plano en el medio y circular en los extremos y partes laterales. En el centro llano hay nueve frescos sobre el Antiguo Testamento, distinguiéndose el estupendo de la creación de Adán y el de la creación de Eva, con una dulzura de contornos, una delicadeza y gracia poco comunes en Buonarroti. Los profetas y Sibilas, de noble rostro, de mirada llena de inspiración, con arrogante atavío de raras vestiduras é inusitada solemnidad, parecen entidades sobrehumanas por cuya boca habla el espíritu de Dios.

El *Juicio final* ocupa toda la pared de la capilla sobre el altar. Jesucristo, juez implacable, rodeado de los profetas, de los apóstoles, de gran número de bienaventurados, fulmina terrible maldición sobre los réprobos que desparvorios huyen en diversas direcciones, siendo muchos de ellos llevados al Infierno por horribles demonios que semejan los pecados capitales. La Virgen Madre contempla la condenación, y doble grupo de hermosas criaturas angélicas tienen en lo alto los signos de la dolorosa pasión de Jesús. Los mártires muestran los instrumentos de sus torturas. Algunos santos se abrazan. Los siete ángeles apocalípticos soplan airados en las fatídicas trompetas. Los muertos resucitan. El purgatorio queda desierto. La espantable barca dantesca retiene numerosas almas precitas que el infernal barquero ha recojido. La tétrica fantasía del grande hombre desplegó en este fresco su imponente aparato, en cuyo desarrollo entraron varios y ricos elementos de arte en los escorzos, agrupaciones, continente, actitud y atributos de los personajes, con una grandiosidad depreciativa de los accesorios inútiles y una independencia de la tradición que la crítica vulgar no se olvida de zaherir. Muchas anécdotas corren sobre particularidades del *Juicio final*, siendo la más graciosa, á mi ver, la que nos pinta al impudico Aretino escandalizándose de la desnudez de las figuras.

En la capilla Paulina, del Vaticano, también erigida por Sangallo, de orden de Pablo III, representó Miguel Angel al fresco la crucifixión de San Pedro y la conversión de San Pablo.

La cúpula de San Pedro, asombroso remate del templo mayor del mundo, es obra de Miguel Angel, que modificó la Basílica, dándole solidez y belleza. Bramante, los Sangallos, Rafael, fray Giocondo, Peruzzi, se habían sucedido en la inmensa fábrica hasta que Pablo III encomendó su dirección á Buonarroti. La cúpula tiene de base cuatro enormes pilares que Bramante construyó, los cuales ocupan igual espacio que la iglesia de San Carlos, en las cuatro Fuentes. La pequeña linterna colocada sobre la principal tiene la altura de una casa.

La cornisa del palacio Farnesio, su interior, el de los Conservadores del pueblo Romano, algunos cuerpos del Senatorial, la rampa que conduce á ambos en el Capitolio, la reducción á Iglesia de las Termas de Diocleciano y el claustro anejo, diferentes planos de iglesia, fortificaciones y fuentes, son trabajos de arquitectura que también ejecutó Miguel Angel en Roma.

## IV

Rafael murió en su casa de la calle del Borgo Nuevo que

lleva a San Pedro. Su cráneo está en la Academia de San Lúcas. Los demás restos tuvieron honrosa sepultura en el Panteón. Carlos Maratta colocó sobre ella un busto del ilustre muerto, que fué arrancado de su sitio por la reacción religiosa que siguió a la caída de Napoleón I y colocado en una de las cámaras bajas del museo Capitolino.

En la iglesia de los Santos Apóstoles, cuya fundación se atribuye a Constantino, se erigió un monumento sepulcral en honor de Miguel Ángel, cuyos despojos mortales yacieron allí para ser trasportados a San Pedro; pero el duque Cosme de Médici ordenó que los trasladaran a Florencia, a la iglesia de San Lorenzo, donde duermen el sueño eterno los soberanos de la Toscana. Siglo y medio más tarde, el cadáver momificado de Buonarroti fué encerrado definitivamente en rica sepultura de la iglesia de Santa Cruz.

F. MOJA Y BOLIVAR.

### EL ESPÍRITU HUMANO.

Las antiguas repúblicas conocieron la libertad para algunos hombres, pero no han conocido la igualdad, no han concebido la fraternidad humana, porque el cristianismo fué necesario para glorificar tan regeneradas doctrinas. Los ciudadanos de Esparta y de Roma eran alimentados por rebaños de esclavos. La guerra era la condición de la humanidad en esta época, y los vencidos que podían ser condenados a morir por el vencedor, éste creía ser magnánimo, y juzgaba que adquiría el derecho indisputable de reducirlos a la servidumbre. En la república modelo, la más pequeña y la más grande, porque fué la más libre, la república por excelencia, en que cada uno vivía más de la vida pública, en que el pueblo podía oír en un mismo día la voz elocuente de Pericles, un diálogo filosófico de Platón, un capítulo armonioso del historiador Tucydides, esa república de los gloriosos tiempos de la Grecia, que tenía por diosa a Minerva, la razón, en la república de Solón, de Sócrates y de Sófocles que libertó Trasibulo de la tiranía, en la república vecina de Tebas, libertada por Pelópidas, en la de Corinto por Timoléon, como en la de Roma por Bruto, que arrojó a los Tarquinos, en aquel teatro sublime de las grandezas que son el honor eterno de la humanidad, de los heroísmos inmortales, tribuna de los oradores y de los poetas, de los filósofos y de los historiadores, el mundo de *Qu'il morit* no comprendió la solidaridad humana, la igualdad y la fraternidad que invocó el Evangelio, y sus sacrosantos dogmas fueron fecundados con torrentes de sangre generosa de los mártires innumerables del cristianismo, que apóstoles del progreso, de la regeneración de la sociedad pagana, cultivaron la preciosa semilla que debía dar óptimos frutos, en la tierra prometida, si nuevos fariseos venales mercaderes y falsos doctores no hubieran profanado la vivificante y purísima idea religiosa, convirtiendo en eriales inmensos y desiertos áridos los campos amenos que brindaban la rica cosecha de la emancipación gloriosa de los pueblos oprimidos.

En los tiempos posteriores, un príncipe absoluto, estúpido y cruel, ejerciendo un poder sin límites, disponía de las fortunas, de las riquezas, de todos los hombres sometidos a su imperio, por un derecho individual, como de una propiedad, que eran el privilegio de una familia, de una casta. Su capricho dictaba la ley, la nación era su patrimonio. Los pueblos eran legados, cedidos, vendidos como un rebaño; cuando se quería ejercer una ignominiosa corrupción, recompensar un servicio degradante, pagar un régio libertinaje, se daba una ciudad a un favorito, una provincia a una querida, y este estado de oprobio, este derecho ilegítimo y violador del derecho verdadero, este poder odioso se decoraba con el pomposo nombre, con el sagrado título de soberanía del derecho divino. Profanación impía, sarcasmo profundo, derision amarga de la justicia santa, de la razón humana, de la conciencia universal.

El nacimiento sólo, daba todos los derechos al poder, a los goces, a los honores; el trabajo mismo, era uno de los feudos de la monarquía y el miserable siervo no podía trabajar sino en beneficio de su señor; era castigado, sumido en los calabozos si ejercía una industria sin la vena del tirano. Los impuestos abrumaban al pueblo, los nobles, los prelados, eran eximidos de los tributos, ó encontraban medios de no satisfacerlos. El fanatismo religioso atizaba las hogueras, y millares de víctimas inmoladas en los *Autos de fé*, ape-laban, al espirar en tan horribles suplicios, al tribunal de Dios, mientras los que se juzgaban sus representantes en la tierra, los reyes y emperadores, asistían gozosos al bárbaro espectáculo.

El fin definitivo del hombre sobre la tierra, es evidentemente el de realizar el reinado de la fraternidad y de la solidaridad universales. Las necesidades y la organización físicas, los sentimientos y las ideas del hombre tienen impreso el sello de una identidad que patentiza la tendencia, la realidad, la necesidad de la solidaridad más completa. Pero el hombre no pudo alcanzar este fin desde el primer día. Era preciso que antes se emancipara del yugo de la servidumbre absoluta, de sus necesidades materiales, porque la fraternidad es también la libertad, y la satisfacción razonable de las aspiraciones del alma que Dios le ha dado al mismo tiempo que el cuerpo.

El viejo mundo ha desaparecido. La sociedad humana se transforma y regenera en sentido físico y moral, en el ideal cristiano, y no se contenta con una igualdad abstracta, porque aspira a gozar

de la libertad y de la igualdad sobre la tierra. El Renacimiento, auxiliado por la imprenta, protestó contra el ascetismo cristiano; un simple monge de Alemania llamó al mundo a la libertad de examen en materia religiosa. La libertad de conciencia fué un hecho de derecho común, contra el que no prevalecieron la política dominadora de Richelieu, ni las soberbias infatuaciones del monarca Sol, que decía en su orgullo satánico: *El Estado soy yo*.

Pero más tarde, el pueblo, más instruido, más esclarecido sobre sus destinos por la filosofía del siglo XVIII, cambió la faz del mundo en 1789. Antes había estallado en Inglaterra una revolución política y religiosa; un ministro célebre de Carlos I., vendido por este Rey, al pasar por delante de su régia morada, al ser conducido al suplicio, había pronunciado las elocuentes palabras que la triste solemnidad del fúnebre acto hizo resonar en la conciencia humana: *Notite confidere principibus quia salut non est in illis*. Los Estados-Unidos acababan de consolidar su gran revolución, a la que prestaron auxilio heroico y generoso, la misma corte de Francia, y sobre todo, el famoso *Lafayette*, compañero glorioso del libertador de la América del Norte, modelo de abnegación y patriotismo que ha tenido por desgracia pocos imitadores en el viejo mundo, el inmortal Washington.

Todo el drama de la vida se desarrolló en peripecias terribles y grandiosas, desde que se abrieron en Francia los Estados generales, hasta la Constitución y la Convención nacional. Se proclamaron solemnemente los derechos del hombre, y destruidos todos los privilegios, se estableció el impuesto proporcional para todos los participantes en el nuevo orden social y político, se reconstituyó la justicia, se aplicó el Jurado, reconstituyendo una nueva división territorial y un genio prodigioso, universal, dotado del poder de una palabra elocuente y vigorosa resumió en su profunda inteligencia a Lutero, Voltaire, Montesquieu y los economistas, y luchó, atleta formidable, hasta la muerte por el triunfo de los principios eternos de justicia y después que Mirabeau descendió a la tumba, surgieron del borrascoso océano de la revolución titanes gigantescos que escalaron la cima de su obra sangrienta, proclamando la triple fórmula *Libertad, Igualdad y Fraternidad* sobre las ruinas de todos los despotismos.

Hasta entonces no existía más política que la de los reyes, los nobles y los prelados; pero desde la insurrección triunfante del pensamiento humano, no hubo más que ciudadanos iguales, hombres. La política no tuvo más que un principio, la *igualdad*, fuente del derecho; la *libertad*, es decir, la libertad de cada uno, la manifestación de las facultades de cada uno, y su perfeccionamiento, y un medio de llegar a este fin, la *fraternidad*.

Los elementos fundamentales del orden social anterior que destruyó la revolución, fueron la monarquía, la nobleza y el clero. El pueblo no era más que una bestia de carga, solo útil para pagar los impuestos, así como la clase media que carecía de toda importancia política y civil; el poder y los beneficios de la asociación estaban exclusivamente vinculados en las clases privilegiadas.

Pero el derecho del género humano es imprescriptible. Los anabaptistas habían protestado en el siglo XVI, por las armas y por la palabra, apoyándose en el Evangelio, a favor de la fraternidad humana, contra las incompletas consecuencias de la reforma, y en el siglo XVIII Juan Jacobo Rousseau, defendiendo la causa de los débiles y de los oprimidos en sus obras inmortales, estipuló, sobre todo en el *contrato social*, los derechos de la Universalidad de los ciudadanos. Lutero había enarbolado la bandera de la rebelión en el orden religioso, y después la filosofía del siglo XVIII, representada por Diderot el célebre autor de la Enciclopedia, D'Alambert, Voltaire y Rousseau generalizando el principio de Lutero, le estendieron y aplicaron al orden político.

La nación pensó que el derecho sagrado de gobernar a los hombres constituía la más noble función, el deber superior de velar por la salud pública, por sus intereses y por su fortuna, y que no cumplen este deber los Gobiernos que hacían del poder una explotación vergonzosa, y estalló un sentimiento general en todos los corazones para destruir la soberanía del derecho divino, y fué proclamada la soberanía del pueblo.

Nuestros inmortales legisladores de Cádiz sancionaron este principio salvador, reconocido en todas las constituciones de los pueblos libres. Fué sin duda causa de grandes sufrimientos, de crueles necesidades; era preciso obrar contra siglos de opresión y de tiranía, extirpar abusos, todo un estado social. Se emprendió una lucha terrible, porque la soberanía del pueblo encontró encarnizados adversarios, y para hacerla triunfar, para salvar al país, debió resolverse a inmensos sacrificios; torrentes de sangre inundaron los campos de batalla, pero la sangre de los mártires de la libertad ha germinado en la tierra de la patria, por más que se han esforzado en arrancar de raíz su germen fecundo los gobiernos opresores, reaccionarios.

¿Qué hicieron los conservadores en Francia y en España al apoderarse del poder? ¿Cual fué el sistema de Guizot, imitado por Cánovas? Dividir la nación en castas, en país legal y país ilegal, en electores y no electores, sobrescitando los disencamientos...

Vanamente las generaciones fatigadas traen las unas después de las otras, sus tráfugas de

libertad; siempre surgen del seno del pueblo nuevos combatientes que reclaman la soberanía digna, esclarecida, inspirada por la ley moral, que es la soberanía del pueblo. No se pretende que la ejerza sin freno, que todo debe plegarse bajo sus leyes, someterse a sus caprichos, que la mayoría tenga el derecho de oprimir a la minoría, que ella puede destruir la libertad. Hay que proclamar muy alto que esta soberanía debe estar subordinada a una ley santa, que debe reconocer la ley moral; su espíritu inmortal debe inspirar las instituciones sociales. Las evoluciones de los pueblos no son solamente una transformación política, y serían estériles sus manifestaciones, si no terminasen por una reorganización en el orden moral.

Napoleón, recorriendo rápidamente las fases de la historia formó su modelo sobre la edad media, imitador de Carlo-Magno. Entronizó la soberanía de la fuerza; por más que pretendió cumplir fuera de Francia su obra de conquistador, de civilizador, guardó a Francia militarmente como se guarda una ciudad en estado de sitio. La restauración a su vez quiso ensayar por un artificioso compromiso con las ideas del 89, las ficciones constitucionales, estableciendo un pacto entre todas las viejas ruinas del antiguo régimen, mientras el pueblo inmenso trabajaba para alimentar la ociosidad de los parásitos de la fortuna entregado hereditariamente a su ignorancia, en la que le mantenían las clases privilegiadas. La inmoralidad y la miseria eran su patrimonio. Así la Francia después de haber destruido el orden feudal fué entregada a esperiencias que no eran si no una triste é impotente retrogradación, una parodia miserable de la Edad Media, vaciada en los caducos moldes de la antigua monarquía. Después de un siglo las formas políticas se suceden, y ruedan las unas sobre las otras como en un abismo.

Guizot, con su doctrinarismo funesto, consagró la soberanía de la plata, que engendró la soberanía de la corrupción, que vició el organismo político y destruyó la monarquía de Luis Felipe.

Profunda enseñanza para los Gobiernos que adoptan tan pernicioso sistema. Las detestables teorías, las egoístas doctrinas que crean artificiosas clases sociales y políticas, para dividir a las naciones, engendran catástrofes inmensas. No hay categorías de industriales, de comerciantes, de agricultores, de clase media y de pueblo. Ante la magestad del derecho, ante la santidad de la justicia, no existen más que ciudadanos que viven de una vida común, por los mismos sentimientos de amor a la patria.

La política personal, que es la lucha incesante de algunos intereses privados, el estéril combate de pasiones mezquinas, excluyen todo pensamiento grande y generoso, aprisionan los espíritus en el círculo estrecho de cálculos pequeños, y de intrigas miserables que se decoran con el nombre de habilidad, que secan el alma y remueven todos los más viciosos instintos que se oponen por torpes medios al progreso social. ¿Cuál es la tendencia de las leyes, si no la de subordinar los intereses de los pueblos a un pequeño número de seres privilegiados, favoreciendo los monopolios, la explotación legal de todos por un pequeño número de favorecidos? Y la política corrompida en su fuente es esencialmente corruptora y funesta a las costumbres públicas.

La ley del progreso tiene su raíz en la naturaleza misma de nuestra especie. Toda sociedad es progresiva, porque todo individuo puede ser educado y ser perfecto.

El progreso social tiene por principio generador el principio moral, el desarrollo interior, el efectivo y gradual perfeccionamiento de las facultades del hombre. La política que no se preocupa más que de las cosas materiales, funda su base en el egoísmo; la astucia y la fuerza resumen la ciencia de gobernar a los pueblos y reemplazan la justicia y la humanidad, que son los eternos fundamentos del derecho. ¿Cuándo los gobiernos conservadores, al deliberar en un consejo, han presentado esta cuestión: esta es ley humana? ¿este acto es justo? ¿Qué ministro se ha preguntado por qué camino se puede elevar en la escala social a las muchedumbres desheredadas de los beneficios sociales, a asegurarlas una vida menos precaria y miserable? Pero su odioso sistema no es más que la guerra perpétua del interés contra la justicia, de la prerrogativa contra el derecho común. Es una combinación artificial de obstáculos que se oponen a todo verdadero progreso, que consiste en el respeto de todos los derechos, en el cumplimiento de todos los deberes, y en la sanción de todas las libertades necesarias a la perfectibilidad del ser humano.

La sociedad tiene el vivo sentimiento de una necesidad no satisfecha, y aspira a realizar un orden distinto del que existe aparente en la superficie y que revela un desorden oculto.

Dios hizo a todos los hombres semejantes, les dió facultades y necesidades, no idénticas sino semejantes, y por principio único la igualdad, y por medio de realizar esta igualdad la *sociedad*. La identidad de las condiciones no es la igualdad verdadera, porque todos no somos idénticos, no tenemos idénticamente las mismas aptitudes, pero somos semejantes y tenemos virtualmente el mismo derecho y la igualdad es la base del fundamento del derecho, y la ley eterna de la humanidad. *Cada uno tiene derecho, todos tienen derechos*, similitud y no identidad, la misma naturaleza en todos, y personalidad de cada uno, libertad para to-

dos, igualdad de todos; es nuestra ley y es nuestro derecho.

Una diferencia entre los ciudadanos de una misma nación, fundada y consentida sobre la desigualdad de naturaleza, cuando la similitud la destruye, es un desorden moral, un vicio profundo en el organismo político.

La verdadera soberanía en el estado perfecto absoluto y completo solo existe en Dios. Pero desciende de Dios continuamente á sus criaturas.

Esta luz dada á cada uno y á todos en proporciones diferentes, es la causa que hace posible la sociedad humana, y legítimo el gobierno de esta sociedad, en la armonía y la concurrencia de cada uno con todos. *Cada uno por todos, ó todos por cada uno por medio de la ciencia y del amor.* Rousseau resume y proclama la necesidad de una religión, para preparar y hacer posible la soberanía popular.

El abatimiento del pueblo privado del ejercicio de sus imprescriptibles derechos, el sufrimiento del pueblo, el hambre, la desnudez y la agonía del pueblo, son cuestiones formidables, que deben preocupar á los hombres pensadores, porque todos los esfuerzos que hagan los Gobiernos arbitrarios son impotentes para remediar el mal, y Rusia y Alemania demuestran de un modo terrible el cáncer que corroe la sociedad, que no se estirpa con las medidas violentas, sino reformando un estado social que por su imperfección profunda engendra tan espantosas catástrofes, precursoras tal vez de tremendas tempestades.

La cuestión política en estas circunstancias se convierte en una cuestión social, porque la solución de esta implica un cambio determinado en la organización del Estado, un cambio moral y profundo, porque cuando la sociedad está madura para un estado menos imperfecto, el progreso realizado en las costumbres debe pasar á las leyes y á las instituciones de los pueblos.

EUSEBIO ASQUERINO.

#### EL POETA Y CRITICO RODOLFO DE GOITSCHALL.

Una palabra acerca del poeta Carlos de Holtei.

En el año de 1879, en que en Madrid estreché la mano del autor de los «Gritos del Combate», de la «Vision de Fray Martin», y de «La última lamentación de lord Byron», el gran poeta de hoy que será también el de mañana, durante muchos siglos, Gaspar Nuñez de Arce, á quien arrulló en la cuna el hado de las armonías, dejando en su cerebro la chispa en que germina la llama del genio, conocí en Leipzig al *Nuñez de Arce alemán*, al hijo de un veterano de Waterloo, al portaestandarte de la poesía moderna, al cantor del combate, de la hazaña, de la dignidad humana, *Rodolfo de Goitschall*, que así en la canción como en el drama, levantó la bandera de la libertad, y que por su colorido brillante y lo retórico de su lenguaje, recuerda á los vates españoles; el autor de *Ulrico de Huttez*, de *Schill* y de las *Procelarias poéticas*; el vate verdaderamente moderno, en cuyas poesías ardientes, en cuyos ritmos tempestuosos continuaron resonando durante cinco lustros las vibraciones del tiempo; el hijo del Oder, que á las poéticas orillas del Rhin, encontró en las sílabas que combinó notas musicales que nadie sospechaba.

Cuando saboreaba yo las bellezas de la *Walhalla poética* que escribió en 1842 este campeón de nuestra edad, encomiando á Boerne, elogiando á Heine en ritmos semejantes á los *Nordseebilder* (cantos del mar del Norte) de aquel poeta, dedicando himnos entusiastas á Grün y á Lenau, á Hoffmann de Fallersleben y á Freiligrath, á Herwagh y á Sallet, pasando del colorido más brillante á la elegía más suave; cuando leía sus dramas en que el digno sucesor de los grandes maestros del vigoroso estilo dramático, Schiller y Kleisk, el émulo de Gutzkow y de aquel vate de alma de Prometeo, que se llama Heibel, trasfiguraba en melodías dulces y halagüeñas, en la fuente cristalina de su dición mágica, la tristeza del mundo real; cuando le ví sacar el asunto de dos dramas suyos de la historia de nuestro pueblo, que espera todavía á su Homero, que ofrece tantos asuntos á la lira del bardo, desde el héroe de la selva teutoburguesa, que tiene por pedestal de su gloria á Germania toda, hasta los héroes de 1870, y que, sin embargo, no podría preciarse sino de un solo poema popular del heroísmo germánico: *Los Nibelungos*, y de dos personificaciones de la esencia alemana: el *Götz* y el *Tell*; cuando le oía cantar el canto épico del hombre, la bellísima epopeya titulada *Cárlas Zeno*, el hermoso ideal terrestre del hombre recto en que se enlazan las hazañas y los pensamientos, el espíritu y el corazón, y que guarda en su pecho la santa esperanza de la paz; *Cárlas Zeno*, á quien acompañamos desde las aventuras de su juventud por medio de las alturas de la vida á la soledad, al enigma que pone á la muerte á la salida de este valle de lágrimas; cuando ví á *Goitschall* con su prodigiosa actividad literaria y crítica dar impulsos tantos á la literatura moderna, recogiendo laureles, no sólo en la epopeya, sino en la comedia y en la novela, ambicionando ser el Plutarco alemán y nuestro primer articulista, siendo director de la *Revista literaria: Blätter für literarische Unterhaltung* y de la que se titula *Nuestro Tiempo* y está á la altura de la francesa de *Dos Mundos*, brotando de la pluma de

*Goitschall* esas flores perfumadas y esas preciosas perlas con que embellece las producciones de su ingenio, siendo tan rica su vena crítica como su genio creador, no podía menos de exclamar: «Hé aquí otro héroe de la *Walhalla* que escribo yo en humilde prosa!» Y con tanto mayor gusto hablaré de él á los lectores españoles, cuanto que en su tragedia *Schill* levanta á las nubes el luminoso ejemplo que el español dió al mundo en su guerra de la Independencia, cuanto que el poeta alemán por escena de un drama suyo, titulado *La ciega de Alcara* eligió el suelo de la romántica España, y cuanto que un hijo del vate posee el idioma majestuoso de Castilla.

Pero antes de hablar del poeta revolucionario de 1842, del ardiente poeta byroniano de 1847, que en Breslau trataba á Lassalle, confesaré que sus creencias no son las mías que formó la que ya está gozando de la Vision Beatífica por toda una eternidad, la sobre cuyo rostro se posaron una y mil veces mis trémulos labios, y de la cual hoy no me han quedado los puros recuerdos que solo besaré con dolor: la madre de mi alma, modelo de la mujer cristiana que llevaba como escudo la religión, y la ciencia como espada.

Nació *Rodolfo de Goitschall* el 30 de Setiembre de 1823 en Breslau, y era aún recluta de la vida cuando salió con su padre, un distinguido oficial de artillería, para Coblenza y Maguncia, donde el saber le franqueaba sus puertas. La lira recibió su bautismo en las borrascas del mar alemán, en la ciudad del pensamiento, en la patria de Kant, pues en Koenigsberg, donde en 1841 estudiaba leyes, en aquella ciudad donde tenía su trono el primer príncipe prusiano, y de donde en nuestro siglo salió la resurrección de Prusia, resonaron en 1842 los primeros acordes del laud gottschalliano como sonidos bélicos, como apoteosis ditirámica de aquel tiempo de combates. El joven poeta continuó estudiando leyes en la Universidad de Breslau, de donde se vió relegado, y en 1846 alcanzó en Koenigsberg la borla de doctor, pero poco tiempo después abandonó por siempre la carrera de derecho, dedicándose en Koenigsberg, á las letras y al teatro, que convirtió en tribuna suya.

Mencionaremos su aplaudido drama *La ciega de Alcara*, y la tragedia patria, que tiene por protagonista á un hombre de la hazaña, á un campeón en pró del pensamiento libre, el poeta caballero *Hulrico de Hutten*, uno de los héroes de la *Reforma*, que no fué sólo una lucha religiosa, sino una lucha germánica: una lucha entre Augsburgo y Roma. Otra tragedia notable es la que escribió en 1848 en Hamburgo, arreglando con gran acierto la obra histórica del director del teatro de aquella ciudad, el conocido actor Baison, que se titula *Jerónimo Suitger*, teniendo por protagonista á una persona de la historia de Hamburgo, á un hijo del pueblo que luchando en pró de la libertad de su ciudad natal contra el partido aristocrático é imperial llama en su auxilio á los daneses, y á pesar suyo, se hace traidor.

A Baison, sea dicho de paso, le debe mucho la literatura patria: él fué el consejero de Gutzkow, contribuyendo con su conocimiento cumplido de las exigencias escénicas al éxito de los dramas de éste, *Ricardo Savage*, *Patkul* y *Wernter*.

En 1850, cuando parecía enterrada ya la grandeza del pueblo alemán, concibió *Goitschall* su *Fernando Schill*, inspirándose en aquel héroe prusiano, cuyo corazón hervía, como la santa pasión del patriotismo. La tragedia *Schill* es un espejo fiel, así de la fuerza como de las aspiraciones y tendencias de nuestra nación. ¡Cuán verdadero y poético es el conflicto entre la ley sagrada de la obediencia, respecto al monarca, y aquella ley grabada en el corazón, que se llama amor ardiente á la patria!

Dice bien el doctor Adolfo Sibelstein, en la biografía de *Goitschall*, que publicó en 1863 en Leipzig: «Las victorias, las luchas, las penas y alegrías del dios de las flechas de rosas se oyeron desde los tiempos primitivos en el dulce murmullo de la fuente Castalia. El amor habla armonioso hasta en la lira heroica de Schiller, y en las estrofas de Goethe, parece que habla el mismo dios alado.» En 1847 escribió *Goitschall* el drama *Lord Byron en Italia*, la perla de las composiciones dramáticas de su juventud, el drama del amor, del deber y del heroísmo.

Viendo á Teresa, la esposa del conde Guiccioli, soñaba Byron en las venturas del Eden; en los mundos de su fantasía no había luz como la de la mirada de Teresa; allí no había miel como la de su sonrisa; allí no había rosicler como el que tímido coloraba su tersa cutis de nieve; allí no había gentileza como la de su talle; allí, en fin, no había nada como ella. Pero Teresa renuncia á la dicha de enlazarse á él por bendecir las armas que ha de empuñar en la guerra de la Independencia de Grecia. Lo que nos encanta en aquel drama es la copia de las situaciones, el dibujo determinado de la idea y la dición hermosísima. En 1850 y 1851 escribió el incansable poeta dos dramas, titulándose el uno *La rosa del Cáucaso*, que tiene por heroína á una joven cherkesa que espía, como heroína, lo que pecaba como mujer, y titulándose el otro *María Douglas*, que representa la lucha entre el heroísmo varonil de una mujer y la pasión de su corazón. Mencionaremos también las tres piezas *Maximiliano Robespierre*, *La Marsellesa* y *Lambertina de Mericourt*, entre las cuales la última se recomienda por el contraste artístico de las figuras. *La Marsellesa* es un poema dramático de un solo

acto, y podría llamarse el resumen de la hasta entonces turbulenta poesía gottschalliana.

Entre tanto, el poeta, que se había fijado en Breslau y doblado el cuello á la sagrada coyunda, casándose con la baronesa María de Scherr-Thoss, en que vió la esperanza de un Eden, el Eden de una esperanza, entró en 1853 en un período nuevo, alcanzando la calma, encontrando la reconciliación en los géneos del hogar y de la fantasía, aspirando á una representación más objetiva, y pasó del drama á la forma épica, la cual, cuanto pierda en la energía de la expresión, lo gana en la esfera de la fantasía y de la reflexión. Cantó al héroe *Cárlas Zeno* que levanta á su patria de la humillación á la gloria y grandeza. Cuanto dijéramos acerca de la nobleza de aquella figura varonil y acerca de la belleza del poema, sería poco. Otro grandioso poema épico es el que se titula *La diosa*, pintando en vigorosos colores un episodio de la Revolución de 1789. Precedió aquel poema á *Cárlas Zeno. Maja*, la última composición épica del poeta, salió en 1864, y demuestra una vez más la vocación del vate que consiste en buscar por doquier las penas de la tierra para convertirlas en su pecho en melodías suaves.

Nos conduce el poema, que se parece á una bellísima corona de lotos, al país fantástico y soñador de los brahmanes y de las bayaderas, al mundo maravilloso de las flores y de los cuentos, á las bananas y palmeras de India, en el momento en que la conquistadora Albion pone su planta en aquel delicioso jardín, escribiéndose en la arena de torrentes de sangre la historia de la lucha de los dos mundos. En aquellos versos que dicen: «Guardar nuestro sagrario por medio de la espada y de la batalla, es ilusión vana. Las flores piadosas del loto y la meditación pacífica de sabiduría profunda: hé aquí la verdadera India», parece que pintó el estado de los espíritus alemanes anterior á la época de hazaña que inauguró Bismarck en 1866.

No es de extrañar que un poeta tan moderno como *Goitschall* haya cantado también la guerra de Crimea, escribiendo en 1856 las poesías que llevan el nombre de *Sebastopol*. A las que publicó en 1858 bajo el título de *Poesías nuevas* les imprimió el sello de su genio que, tratando de romper las barreras de lo finito, parece que extiende sus alas hacia la fuente infinita de que brotaba. ¡En qué melodías tan conmovedoras nos presenta los problemas de la vida y de la muerte! Sus odas ostentan una unión de los ritmos antiguos y de la rima, y si moderna es su filosofía, el entusiasmo que las creaba se parece al de Schiller.

Una distinguida amiga mía, la señora Faustina Saez de Melgar, la autora del drama *La Cadena rota*, ha empezado hace algunos meses á aprender la lengua alemana. ¡Ojalá que ella vertiese al castellano las comedias históricas de *Goitschall* que enriqueció nuestro teatro con verdaderos modelos: á saber, *Pitt y Fox*, que es una crítica del parlamentarismo inglés, proporcionando al poeta envidiables triunfos en el Burgtheater de Viena y de otros teatros: *Los Diplomáticos* que pertenecen al mismo género político-social, teniendo por escena la corte del rey de España y representando la victoria del amor sobre todas las intrigas diplomáticas, ó *El Mundo de la impostura*, que es una sátira contra el materialismo y la omnipotencia del oro! Otra comedia se titula *El Mediador*.

Como tragedias de *Goitschall* que rejuveneció nuestra escena con la nobleza del coturno, mencionaremos fuera de las de que hemos hablado arriba, á *Mazepa*, *El Nabab*, *Catalina Howard*, *Cárlas XII*, *El duque Bernardo de Weimar*, *Arabella Stuart* y *Asu y Robsart*, entre los cuales no sabemos si merece la palma *Mazepa*, que pinta la perdición de la pasión fiera y desmesurada de un hijo de la estepa, ó *El Nabab*, que nos hace ver la maldición del dinero en la persona del conquistador de la India lord Glive, ó *Catalina Howard*.

En su último drama, que se titula *En la tierra roja*, (Westfalia), pinta en los cuadros más animados, la vida en la corte del rey Jerónimo de Westfalia. Trató de ennoblecer también el repertorio de nuestras piezas burlescas, escribiendo en 1867 *La princesa Rúbezah*, que se estrenó en el *Victoria Shester* de Berlín. El lenguaje de *Goitschall* es como el majestuoso manto de la Vénus de Milo, y si el poeta, tan moderno como alemán, lleva un brazo desnudo para luchar con su tiempo, tiene el otro envuelto en un vestido de pliegues de gracias.

En 1863, hizo un viaje á Italia, que describió en sus *Cartas*, en que domina ese tinte poético que acostumbra á verter sobre sus escritos. Un año después, fijó su residencia en Leipzig, estando de aquí en adelante en el centro de la literatura alemana como director de dos acreditadas revistas, y como autor de una *Poética*, en que animó el asunto perdido con los colores encantadores de la poesía y de la *Historia de la literatura alemana del siglo XIX*. Su lenguaje es paleta donde abundan las tintas de Heine y de Gutzkow, y cuando de retratos de los héroes de nuestra literatura se trata, como en la mencionada *Historia* y en los seis tomos de sus *Retratos y estudios*, el pincel corre ligero sobre la tela, destacando la figura, no á fuerza de pasta, sino por trazos vigorosos y firmísimos.

El que había pintado á *París bajo el segundo imperio*, entusiasmó en 1870 con sus cantos guerreros á los héroes alemanes que sin miedo á la contradicción podían repetir: *Si monumentum*

quaeris, circumspice, (si monumento buscas, mira á tu alrededor), aquellas palabras en que habla sencillamente al viajero el epitáfio de Wren, el inmortal arquitecto de la catedral de San Pablo en Londres. La colección de dichos cantos, vió la luz bajo el título de *Jano*. Cultivó también con fortuna la novela histórica, escribiendo la que se titula *Im Banne des Schwarzen Adlers*. Titúlase la última que publicó, *La Becerra de oro*.

En 1864, el gran duque de Weimar le hizo consejero áulico, y en 1875 íntimo consejero áulico, y el emperador de Alemania le hizo noble. Bien merece estas distinciones quien, como *Gottschall*, es digno hijo de la que es, desde hace un siglo, la gran nación de la ciencia, la Sibila inmortal de las ideas, la que podrá, levantando los ojos al cielo, según dice bien Castelar, «ver como estrellas sin ocaso, en la crítica un Lassing, en las ciencias físicas un Humbolt, en las ciencias morales un Kant, en el teatro un Schiller, en la poesía un Goethe, en el arte un Mozart ó un Beethoven.»

Cumple honrar á los vivos y más todavía á los muertos. Apareció la muerte con sus descarnados brazos á buscar á un venerable anciano: acaba de concluir en el hospicio de los mercenarios de Breslau la odisea de un simpático y popular compatriota de *Gottschall*, el poeta vagante *Cárlos de Holtei*, que alcanzó la edad de 83 años, cosa rara cuando se mira su existencia llena de vicisitudes y su vida sumamente laboriosa. Aunque estaba dotado de un sentimiento profundo de la felicidad idílica, se dejó llevar por la vida de un lugar á otro como si no tuviese patria, y aunque era cosmopolita, tenía un amor entrañable á la provincia en que nació y hasta el dialecto que en ella se habla.

Hay un lindo cuento popular que dice: cuando Dios creó el mundo dió á todos los pájaros su color, pero olvidóse del jilguero, y cuando éste se presentó pidiendo el color que le correspondiese, la paleta estaba exhausta ya por la obra gigante de la creación. Y no le quedaba más que reunir los restos de todos los colores para pintar con ellos el vestido del jilguero á quien distinguió entre todos sus camaradas por aquel plumaje abigarrado. Jilguero semejante fué también *Cárlos Holtei* respecto á sus obras literarias: él tiene algo de todo, cada género le llama el suyo, llenando su existencia la poesía, el mundo de las tablas, la ciencia, y la sociedad. A él no le impulsaron las grandes ideas del siglo como á *Gottschall*; no mostraba aquellos vuelos propios del génio nacido con alas poderosas para remontarse á los espacios de eterna luz; le faltaba la base de una sólida cultura clásica y la purificación estética del gusto, pero tenía en cambio un gran instinto poético y mostraba en la prosa una difícil facilidad y agradable llaneza que admiramos en sus versos; preciada cualidad que le ponía en condiciones para intentar airoosamente todos los juicios.

Le sobrevivirán sus canciones: *Devest du daran?* (¿Te acuerdas aún?) y *Fordere Niemand sein Schicksal zu hören* (No quiera ninguno saber mi destino), y perpetuará su memoria la novela *Los Vagabundos*, que refleja su esencia y que tiene un encanto imperecedero por la copia de experiencias de la vida.

El pueblo de Silesia no olvidará á su hijo, cuyos *Cantos de Silesia* forman un ramillete de preciadas flores, en cuyos matices y perfumes creo ver reflejada la fisonomía moral de un buen poeta, y Alemania debe gratitud al autor de *El Viejo caudillo*, *Los Vieneses en Berlín*, *Leonor* y de la novela *Christiam Lammfell*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 21 de Febrero de 1880.

## LA MADRE DE LOS PÁJAROS.

### I

El calendario señala el 21 de Diciembre de 1879 y la entrada del invierno; pero ya éste había anunciado algunos días antes su proximidad de manera tan brusca como no hay tradición en los recuerdos de los ancianos de París, ni en los más seguros del Observatorio. Nada semejante se registra durante los últimos cien años, sin exceptuar el de 1794 á 95, en que hubo 64 días de heladas y el termómetro descendió á 23°,5 bajo cero. Verdad es que los años anteriores se habían distinguido por el calor de los espíritus y la ebullición de las ideas; lo que si no sobre la temperatura de la tierra, produjo sus efectos sobre los destinos de la humanidad.

Hay, sin embargo, para consolarnos en parte, como egoístas consumidores del presente, por más que nuestros hijos, si hemos de creer á Reynaud, no deban ver el porvenir con ojos tan serenos. Parece que los inviernos antiguos eran mucho más fríos que los modernos, viniendo en decrecencia hasta el siglo XII de nuestra era, desde cuyo período han vuelto progresivamente á aumentar en rigidez. No hay, con todo, por qué asustarse, pues no se llegará al máximo de contraste hasta el año 14.004: de aquí allá, muchas cosas han de ver... los que las vieren.

Ello es que el presente invierno no le vá á los de Siberia en zaga. Háse anunciado de pronto, á la manera que se anuncia un desbordamiento. Verdaderas tempestades de nieve arremolinan en los aires menudos copos, como arremolinan el simoun las arenas en el desierto, áun cuando por opuestas causas. Calles y campos están cubiertos por un inmenso sudario de algunas pulgadas de espesor: los árboles esconetos aparecen revestidos de cristalizadas florecencias, y las parietarias inclinan su frente bajo el peso de los encajes.

El agua rebelde se repliega sobre sí misma en torzales caprichosos, y el Sena, completamente helado, ha permitido

á los curiosos parisiens representar á lo vivo el paso del mar Rojo, aunque de seguro con más frío que los huéspedes del Faraon. Tampoco han faltado ni especuladores que levantarán sus tiendas ambulantes bajo los arcos de los puentes, ni escéctricos de buen humor que celebrasen el Reveillon de Noche-Buena sobre el hielo, amortiguado por mantas de libaciones.

La circulación dentro de la villa y en sus alrededores, á considerable distancia, se ha visto casi interrumpida. Numerosos trineos se han puesto en movimiento, guiados principalmente por damas elegantes, que así son capaces de afrontar los fuegos del ecuador como los témpanos del polo, con tal de vestir allí la leve muselina que trasparente la forma, si es correcta, desesperada como reclusa del forzado encierro, ó de dar aquí reales con la sedosa piel á un cútis fino, siempre blando á la caricia.

El placer y la fortuna sacan partido hasta de las calamidades para los refinamientos de sus goces, multiplicándolos, no sé si por el sibaritismo de que les rodean, ó si más bien por el contraste con los agenos sufrimientos.

Alfombras en que dejan los piés amorosas huellas, mientras que el pobre señala las suyas vacilantes en la nieve y el lodo de las calles; tapices que interceptan el aire y recrean la vista; en tanto que el frío glacial se introduce por las anchas hendiduras de boardillas desmanteladas; gruesos troncos de en cina chisporroteando sobre morillos cincelados dentro de chimeneas de mármol, al paso que los desvalidos se agrupan para prestarse su propio calor en torno á un hogar vacío de lumbre y de alimentos; la fácil madeja de los goces, que desarrolla sus doradas hebras sobre los recuerdos del pasado y las emociones del presente, brindando sus robustos vellones á las esperanzas del porvenir, al mismo tiempo que la oscura tela de la araña laboriosa revuelve sus confusos hilos sobre muros húmedos por las lágrimas del sufrimiento. ¡Extraño y desgarrador contraste, que, sin otras poderosas y visibles causas, probaría que nuestra humanidad embriónica está muy lejos aún del grado de perfección á que en sus providenciales destinos está llamada!

Pero la caridad no descansa en su peregrinación misericordiosa, mendigando las migajas de los felices, para enjugar infortunios que ella solo sabe aquilatar. Pero la caridad prosigue sin tréguva su tarea humanitaria y civilizadora, hasta que la sociedad, sobre más firmes cimientos asentada, responda, por el propio impulso, á la perfección de la obra que ella no hace más que comenzar, ni basta á satisfacer. Pero la caridad no limita al hombre su protección, sino que la estiende á otros seres que también tienen derecho á una parte de sus beneficios, siquiera por los muchos que al hombre prestan.

El animal que vaga en los bosques devastados, y le alimenta; el ave que en vano busca el grano perdido bajo la nieve, y le recrea, no merecen la protección del hombre, solo bajo el punto de vista utilitario, sino principalmente como colaboradores de la obra misteriosa en que también desempeñan una misión providencial.

Y aquí vamos á narrar una historia sencilla, pueril, para las almas que no responden á las delicadas vibraciones del sentimiento, historia fresca aún y palpitante, desarrollada entre las sombras de una vida humilde y los resplandores de un espíritu tiernísimo, de cuya autenticidad podemos responder.

### II

Hay en Passy una calle de corta extensión, poco frecuentada, silenciosa, y en su mayor parte formada por las tapias de pequeños jardines, donde se ocultan otras tantas casas ríueñas y modestas.

Estamos á un extremo de la rue David, junto á la puerta que lleva el núm. 34. Tras la tapia se extiende un jardín de unos 300 metros cuadrados, que parece el modelo en miniatura de un parque inglés. En aquel corto espacio se levanta, á la izquierda, un montículo con senderos tortuosos sobre una gruta: ábrese al centro una ría donde apenas pueden nadar dos docenas de peces de colores; y no falta ni la roca cubierta de musgo que sirve de fuente, ni el sáuce lloron que, á manera de quitasol, parece protegerla para que los pájaros no la agoten. A derecha é izquierda circulan paseos cuidadosamente enarenados en el buen tiempo, y á los costados se agrupan matices con plantas, arbustos y hasta árboles. Diríase que aquello es el paraíso de una familia de muñecas de buena casa.

Al fondo, frente por frente de la tapia, se levanta la habitación, de vistosa apariencia, á que da entrada una escalera de piedra, con seis peldaños, por un vestíbulo cerrado con cristales de colores.

En la primavera aquel terreno es un mapa-mundi de flores, donde los pájaros y las mariposas vienen á estudiar la botánica: en la época á que nos referimos, aparece devastado como un campo cubierto por las ruinas de las ilusiones de la juventud.

En una habitación del piso bajo arde viva lumbre dentro del hogar. La pieza es reducida, pero alegre cuanto cabe bajo el cielo plomizo que se asoma por las ventanas.

Reclinados en anchos sillones se ven dos ancianos; frente á la chimenea una niña de unos ocho años; más léjos una mujer entre criada y dama de compañía. El viejo se ocupa en la lectura de *El Figaro*, que su mujer le ayuda á comentar; la niña atiza las áscuas con tenazas casi tan grandes como ella; la criada hace calceta. Véanse allí además, como formando parte de la familia, un magnífico gato blanco con manchas grises, y un ratonero negro, de facha vulgar, aunque de mirada inteligente, que parece interesarse, tan pronto en los juegos de la niña como en la lectura del anciano.

Es éste un antiguo abogado del tribunal de casación, retirado ya de los negocios, que saborea en su vejez las comodidades conquistadas con su trabajo y su honradez, sobre las privaciones de la juventud: su compañera comparte con él los goces de una vida que no turban los remordimientos; la niña es su nietecita, recién salida del colegio para pasar con sus padres las navidades; sus cabellos, rubios como las hebras en que el maíz envuelve sus dorados granos, caen en ondas sobre la espalda, y sirven de marco á un rostro lleno de animación, fresco y sonrosado como un ángel de Murillo.

Con la criada hemos de hacer más íntimo conocimiento, porque es ella la humilde heroína de esta sencilla narración.

Tendrá de treinta á treinta y cinco años. Su semblante vulgar, á primera vista, refleja en tintas de dulce sensibilidad las movibles emociones de un alma tierna. Huérfana y sin parientes conocidos, ha concentrado todas sus afecciones en aquellos ancianos, á quienes sirve desde que tenía catorce años.

Sus amos, en verdad, no la miran como sirvienta; su abnegación y sus cuidados afectuosos han establecido lazos que, en cierta manera, se confunden con los de la sangre.

Ni es tampoco una pobre, en la verdadera acepción de la palabra. Rosalía heredó de sus padres, arrendadores acomodados del Poitou, unos 20,000 francos en buenos lúises, y ha reunido, de su salario y de sus gajes, durante veinte años, otros 12,000 francos bien contados, que conserva en poder de sus amos. Esta fortuna, una educación bastante esmerada para su clase, y sus cualidades, le hubieran permitido establecerse en buenas condiciones; pero no ha querido dejar á los ancianos ni torcer el destino que dá á sus intereses.

Rosalía tiene un amor alimentado por su ternura y su aislamiento: el de los pájaros; pero en su casa no hay ninguno enjaulado: la prisión de esos pobres seres, que necesitan espacio y aire libre donde vagar, es para ella un refinamiento de crueldad inconcebible.

La reputación de la madre de los pájaros, como llaman en la casa á Rosalía, se ha extendido de tal suerte entre la familia alada, y, por lo visto, más agradecida que la humana, repite tanto en los bosques sus alabanzas, que cada día es mayor la concurrencia de los desvalidos del aire en el jardín de la rue David.

Todos tienen la seguridad de ser bien acogidos. Las paredes y los árboles del jardín están llenos de nidos de porcelana, para refugio de los huéspedes. En un rincón abrigado se levanta un cobertizo de paja sobre piés de madera, cubriendo perchas para que se poseen. En los días de grandes heladas, ha llegado Rosalía hasta colocar bajo el cobertizo un calentador con agua caliente, que cuida de tiempo en tiempo de renovar.

Apenas despunta el alba, vienen los pájaros en numerosas bandadas á revolotear en torno á los cristales de la ventana del cuarto de Rosalía. Deja ésta enseguida el lecho y baja á preparar á sus huéspedes el desayuno, compuesto de algunos granos, hojas frescas, y principalmente de una gruesa cantidad de migajas de pan.

Afrontando el frío glacial de la mañana, comienza la buena madre á hacer el reparto. Es de ver entonces cómo acuden sus hijos, y la siguen, y la cercan, y se posan sobre sus hombros, sobre sus brazos y hasta sobre su cabeza; luego vienen los más tímidos, los pobres vergonzantes que mendigan por primera vez los favores de la caridad.

Estos son los momentos de mayor expansión, los más felices de Rosalía.

Dejemos esta digresión, y volvamos á ocuparnos de la familia y de sus pláticas.

### III

—A más de 800.000 francos monta ya la suscripción de *El Figaro* solamente, para los pobres de París, y esto apenas en siete días!—exclamó el anciano.

—Bien lo necesitan,—replicó su mujer,—el año es de prueba, y la miseria grande.

—Ciertamente, pero en medio de todo, es un consuelo ver que esté París tan calamitado, no olvida, en medio de sus goces, á los que sufren, y sabe, cuando llega el caso, hacer maravillas: dígame si no la fiesta de la Opera para los desgraciados de Seguedin, hace meses; la del Hipódromo ayer, para los inundados de Múrcia: no es el mundo tan malo, ni nuestra sociedad de las peores.

—¿Pues y la idea de los *chauffoirs* públicos?

—¿Y qué es eso, abuela?—preguntó la niña.

—Hija mía, eso es que mientras nosotros nos calentamos junto al bien alimentado hogar, multitud de seres, familias enteras, ancianos y niños, tiemblan de frío y desfallecen de inanición en desmanteladas boardillas.

—¿Es posible? ¡Pues qué! ¿No socorre Dios á todos los hombres por igual?

—Sí, hija mía; pero á los unos lo hace más directamente, para que éstos á su vez completen la obra auxiliando á los demás.

—En ese caso, nada les faltará.

—Sólo que muchas veces olvidan los felices sus deberes; pero entonces, por fortuna, hay alguien que viene á recordárselos y á suplir su olvido.

—¿Quién, abuela?

—La caridad: ella es la que recoge limosnas que luego distribuye con sus consuelos, la que se ha encargado de disponer vastos locales donde los pobres encuentran el calor y el alimento que les falta.

Quedó la niña pensativa, la anciana suspensa y la criada entristecida.

—Dime, Rosalía,—preguntó la niña tras breve pausa;—¿también los pájaros necesitan los socorros de la caridad?

—También.

—A quién se lo vas á preguntar,—dijo la abuela,—la caridad de los pájaros se llama Rosalía. Mírala inquieta, cavilosa; cuando ménos, su jilguero favorito habrá faltado á la cita cotidiana.

—¿Qué jilguero es ese?—tornó á preguntar la niña.

—¡Oh! es toda una historia; que te la cuente Rosalía.

—Sí, sí; cuenta, cuenta.

—Pues había un jilguero que me distinguía entre todos con su confianza, y cojo, por más señas, de una herida. Ni un sólo día faltaba á visitarme, y debía consultar mucho el reloj, según era de puntual. Si alguna vez me descuidaba yo en el reparto del alimento, él me lo recordaba metiéndose como Pedro por su casa, en mi alcoba ó en la cocina. A mediados de Abril desapareció mi amigo; echélo muy de ménos, y hasta le lloré, creyendo que le habría ocurrido alguna desgracia. Seis meses pasaron: estábamos á fines de Octubre. Una mañana, al abrir la ventana, lo primero que ven mis ojos, es al ausente, afanoso en prodigarme caricias y cantos más armoniosos que nunca. Bien pronto distinguí á respetable distancia cuatro jilguerillos traviesos y desconfiados, saltando de rama en rama. El cojo los miraba y me miraba

alternativamente; acercábase á ellos, volvía á la ventana; posábase en mis hombros y tornaba á los polluelos, diciéndoles sin duda que podían adelantarse sin temor. Entónces comprendí que mi amigo se había creado una familia durante la ausencia, y venía á presentármela. Los pajarillos se fueron aproximando poco á poco y con cautela; pero algunos días después, ya se tomaban una familiaridad llevada hasta la desvergüenza.

—¿Y qué es de ellos?—exclamó la niña con gran interés.

—Están hechos unos príncipes, guapos y buenos mozos, que da gloria verlos.

—¿Me los enseñarás?

—En cuanto vengan, y ya poco pueden tardar, ¡pobrecillos! ¡qué frío estarán pasando! ¿Qué sería de ellos si yo no los socorriera?

El anciano siguió narrando las miserias propias y extrañas de que el diario daba cuenta, y los esfuerzos con que todos acudían para enjugarlas.

La niña, que había permanecido algunos momentos pensativa, exclamó de pronto:

—Abuelo, ¿qué piensas regalarme para mis *étrennes* de año nuevo?

—Miren la curiosidad; si te lo dijera, adiós la sorpresa.

—No tengas cuidado, que me sorprenderé de antemano. Además,—añadió con cómica seriedad,—no me faltan motivos poderosos para inquirirlo, y tú que eres tan bueno, me lo dirás, ¿verdad que sí me lo dirás, abuelito?

Al decir esto se acercó al anciano, montándose sobre sus rodillas y acariciándole con sus manecitas de máfil.

¿Quién resiste á las insinuaciones de un ángel?

—Pues bien; hemos resuelto,—replicó interrogando con la vista á su esposa, que hacía signos de aprobación,—hemos resuelto regalarte aquel reloj pequeño que tanto te agradó días pasados en Palais Royal.

—¿De veras? ¿Qué gusto!—exclamó en un arranque de alegría, que revelaba una ilusión vehemente, dispuesta á satisfacerse.

Luego nublóse un tanto su semblante, y permaneció breves momentos reflexionando, como si una lucha interior la combatiera; pero reponiéndose en breve.

—¿Cuánto vale ese reloj?—tornó á preguntar.

—Ciento cuarenta francos.

—¡Caramba! ¡Una fortuna!... Pero mira, abuelo, no me compres el reloj y dame en cambio su importe.

—¡Hola, hola! ¿Y qué va usted á hacer con tal suma, señorita?

—¿Qué voy á hacer? No te enfades y te lo diré,—contestó entre sonrisas y lágrimas:—yo tengo vuestro cariño y el de mis padres; soy rica y nada me falta; así, que si no te opones, quiero repartir ese dinero.

—¿De qué suerte?

—Entre las niñas desvalidas y los pájaros pobres.

Escusado es añadir la escena que siguió á esta angelical resolución.

## IV

Acababa de celebrarse la Noche-Buena, una noche de frío intenso, horrible como las anteriores.

Los albores del crepúsculo apenas se dibujaban con ligeras ráfagas en medio de una atmósfera plomiza.

Una mujer, con paso vacilante y todo lo aprisa que el suelo nevado y resbaladizo permite, atraviesa la calzada de la Muette; va envuelta en una capa negra, calado el capuchon, y á lo que puede distinguirse, lleva un voluminoso saco de bastante peso, pues con frecuencia lo cambia de una á otra mano.

La mujer, con su carga, entra en el Ranelagh; va de un lado al otro sin fijeza; se detiene; escudriña el suelo; mira al rededor, y aquí y allí se entrega á investigaciones rápidas de la misma índole.

Vuelve á emprender su marcha; sigue por la avenida Yngres, frente á la villa Rossini; corta por el boulevard Suchet, la ruta de las fortificaciones, y se dirige, por la de Passy, en el bosque de Boulogne, al *carrefour* de las cascadas; baja luego por el camino del lago superior y penetra en el campo de las carreras.

Ni un alma circula por aquellos sitios. Pero alguien sigue á la misteriosa madrugadora. Este alguien es simplemente un *sargent de ville* que desde la Muette la ha observado, y concibe algunas sospechas de su actitud, de sus acciones, de la hora, y principalmente de aquel pesado bulto que conduce.

Y hay motivos para la sospecha, sobre todo en un *sargent de ville*. La *serie* de crímenes que desde algun tiempo se repiten en París y sus cercanías, mantienen los ánimos escitados y á la policía más vigilante. Las historias de cadáveres descuartizados, desde Troppmann hasta Prevost, horrozan.

La mujer sospechosa se detiene en un claro del campo; deposita su carga y comienza á remover la tierra.

El *sargent de ville* no tiene ya duda de que va á sorprender á un criminal.

Avanza con cautela, y de pronto, echando una mano al saco y otra á su portadora

—¡Alto á la ley!—exclama con voz ronca.

La mujer, sorprendida, da un grito agudo.

—La nieve no esconderá tu crimen; que Dios tenga compasión de tí.

La mujer no se movía, dando diente con diente de frío y de pavor.

El *sargent de ville* abrió el saco y con marcada repugnancia se inclinó para examinar su contenido.

El crepúsculo alumbraba algo ya la escena.

La primera impresión de aquel hombre fué de extrañeza más bien que de horror; introdujo la mano revolviendo en todos sentidos; por último volcó el saco.

Sobre la nieve se extendió una cantidad enorme de mendrugos de pan desmigajados, granos y hojas frescas.

No alcanzaba el *sargent* á explicarse lo que veía.

—¿Pero qué es esto?—preguntó.

—El desayuno que les traigo á los pobres pajarillos del bosque para que celebren las Pascuas,—replicó llorando la mujer, que no era otra que Rosalía.

Miróla su interlocutor, abriendo desmesuradamente los ojos; estendió los brazos y levantó su cabeza lentamente hácia el cielo. Un rayo consolador, tierno, desconocido debió bajar hasta su alma, evaporando en sus lábios oraciones sin palabras, según era la expresión del semblante de aquel hombre.

—Perdon,—exclamó con acento confuso por la vergüenza.

Y bajándose silencioso, separó con sus manos la nieve, abriendo ancho círculo sobre el suelo; recojió cuidadosamente las migajas, los granos y las yerbas, disponiendo la mesa del festín; luego se descubrió respetuosamente ante la pobre mujer, que se alejó de aquel sitio satisfecha de su buena acción.

## V

Un carro fúnebre, modesto, pero decente, atraviesa la gran rue de Passy, en dirección al cementerio: unas veinte personas, de condición humilde, en su mayor parte, le acompañan. Llevan la cabecera dos ancianos abatidos, y una niña llorosa; y cierra la marcha, grave, recojido, pausado, un *sargent de ville* de elevada estatura, ancho bigote y semblante varonil, la cruz de la legión de honor sobre el pecho. Debajo del ataud camina, con la cabeza baja, un humilde perro negro. Pero lo raro, lo que llamaba poderosamente la atención, es que en los aires se estiende una nube inmensa de pájaros que parecen seguir también el fúnebre cortejo.

¿Era esto último casualidad? ¿Era un tributo de reconocimiento y de dolor que pagaban las infelices aves? Seguramente lo primero, dirán los que limitan el instinto de los animales, y apenas creen en el agradecimiento de los hombres: por nuestra parte, preferimos creer lo segundo.

Pruebas dan á cada paso los irracionales de algo que se parece á inteligencia, y no pocas que al hombre ofrecen ejemplos y lecciones admirables.

El cadáver que al cementerio se encamina, es el de la pobre Rosalía.

Aquellos pájaros se habían reunido indudablemente para acompañarla á su última morada; y en verdad que nunca han tenido séquito tan brillante y poético los grandes y los triunfadores de la tierra!

## VI

La muerte de Rosalía fué determinada por una fiebre cerebral á consecuencia del frío y del susto que recibiera en el Bosque de Boulogne el primer día de Pascuas.

Su sepulcro se distingue por una circunstancia original, entre todos los que ocupan el pequeño cementerio de Passy. Toreó á la derecha al entrar, y cerca del ángulo que domina la plaza del Trocadero, lo descubriréis en seguida desde lejos.

Compónese de un rectángulo elevado unas ocho pulgadas sobre el suelo; á sus cuatro extremos se levantan delgadas columnas de hierro que sostienen un ligero cobertizo de pizarra, dominado por una sencilla cruz con esta inscripción: «Rosalía, 2 de Enero de 1880.» Sobre la losa de mármol que cubre la sepultura, se leen estas palabras: «Dejo mis ahorros para los niños desvalidos y los pájaros pobres.»

Era esta la disposición testamentaria de la difunta, añadiendo que encomendaba á la nietecita de sus amos el encargo de cumplir su voluntad, mientras fuera de su agrado, pudiendo, en otro caso, disponer libremente del modesto capital que legaba.

Los ancianos han levantado el sepulcro; la niña satisface los deseos de la buena Rosalía, haciendo que todos los días se echen migajas y granos encima y debajo del cobertizo, y que no falten ni el agua cristalina sobre la losa, ni las plantas y las flores en derredor; así que siempre se vé cubierto de visitantes alados el sepulcro de *La madre de los pájaros*.

RAFAEL FERNANDEZ DE NEDA.

Paris 28 Enero 1880.

## ESTUDIOS SOCIALES.

## EL SUICIDIO.

## V

No parecerá extraño á quien siga con mediana atención el curso de la escuela y tendencia que se llaman científicas, el desaliento, por no decir la indiferencia, con que miran los fenómenos morales, cuyas oscilaciones no se comprueban con el barómetro ó el higrómetro, cuyas variantes no se aprecian aplicando un compás al globo terrestre. Es difícil, no lo dudo, proceder por vía de inducción en aquellos, porque ni la ley que los preside se ajusta en moldes cerrados como las leyes naturales, cuya necesidad y fatalidad son notorias, ni la infinita variedad de los mismos puede sujetarse á reglas inalterables, como no prescindamos de la libertad humana y caigamos derechamente en el determinismo. La libertad crea, la fatalidad desarrolla.

Sin embargo, el criterio y el método peculiares á los adeptos de la escuela científica, les llevan á hacer uso del procedimiento inductivo, como quiera que para ellos la verdad no es posible encontrarla por otro camino, y toda ley se reduce á una simple generalización. Estiman preferente la hipótesis, y niegan toda eficacia á la intuición. Sea de ello lo que quiera, pero consignando de antemano las reservas que el caso exige, presentaré en breve resumen los resultados más comunes que la estadística revela en la cuestión objeto de mi estudio, teniendo en cuenta lo que pudiéramos llamar influencias sociales, como la civilización, las ideas religiosas, el estado de instrucción y cultura, la pública moralidad, las condiciones económicas y políticas, y el modo cómo se manifiesta la existencia social por relación al número de hombres y el territorio, esto es, según que la densidad de la población es mayor ó menor, y que la vida se desarrolla en el campo ó en las grandes ciudades.

Pudiera sin dificultad rechazar esta clasificación de influencias sociales, en cuanto á su primer término principalmente, que más parece mero resultado del concurso y acción recíproca de todos los restantes y de otros muchos de índole particular, en que más adelante me ocuparé. Sin embargo, no veo inconveniente grave en considerar la civilización como cierta concentración de fuerzas físicas, intelectuales y morales, por cuyo medio la mayor energía del vínculo social y la victoria sobre la naturaleza facilitan la satisfacción de las necesidades y la realización de los destinos humanos.

Admitido este punto de vista, la primacía, en cuanto al aspecto mental se refiere, toca de derecho á los pueblos del centro de Europa; y si miramos al progreso, á la mayor holgura para satisfacer las necesidades materiales de la vida humana, deberíamos otorgarla á los ingleses y norte-americanos. Como estos hechos son indubitables, bien á las claras resulta que la noción compleja de la civilización, no es un determinante positivo del aumento del suicidio, pues ya hemos visto en anteriores párrafos, que la ponderada frecuencia de las muertes voluntarias en Inglaterra, de tal suerte que el suicidio se miraba como endémico en aquel país, dista mucho de la exactitud. Ni puede omitirse el hecho cierto de Dinamarca, que ocupa uno de los grados superiores de la escala suicida, sin que á esta circunstancia corresponda una situación ventajosa, bajo el punto de vista de la civilización en el sentido antes expuesto.

Aparte las dificultades insuperables de la comprobación cuando de pueblos poco civilizados se trata, parece cierto que los salvajes son poco dados al suicidio, y cuando más se entregan á él forzados por el hambre; y no deja de ofrecer cierta importancia el dato resultante de las estadísticas de la ciudad de Nueva-York, según el cual y en el período de siete años, ocurrieron nueve suicidios por millon entre la gente de color, al paso que en la población blanca se elevaban á la cifra considerable de ciento cuarenta.

En cambio si paramos la vista en España, cuyos últimos datos demográficos ha publicado no há mucho la dirección general de Beneficencia y Sanidad, veremos que en el corto período de ocho años el número de suicidios excede del duplo, pues siendo la cifra media en 1872 de 260, la que corresponde al año de 1879 es de 612; debiendo notarse, y á este propósito traemos el caso, que están próximamente equilibrados los suicidas entre las clases que, por lo común, se comprenden en la categoría de cultas y las que no lo son, si es que no superan en las últimas.

Admito sin vacilar, que la atenuación del sentimiento religioso es causa permanente del suicidio. Nada como las creencias sirve á elevar el carácter humano y á poner dique infranqueable á los desarreglos de la humana voluntad. Si pudiera levantarse alguna objeción á este propósito, ahí están para desvanecerla aquellos tiempos de Augusto y de Tiberio, tiempos de duda, de indiferencia y de vacilaciones en la idea religiosa; tiempos, en los cuales hizo más estragos en el mundo ese brutal desprecio de la vida humana que representa el suicidio. Restaurada por la idea religiosa por la admisión del Cristianismo, cuya doctrina colmaba, por entónces, las esperanzas y ofrecía nuevos y más estensos ideales, el suicidio disminuyó grandemente. En presencia de este hecho, no extraño, antes bien, me esplico con facilidad, el espectáculo que nos ofrecen los tiempos actuales. Los símbolos religiosos de otros días están gastados; la fé en ellos ni existe, ni es posible; su absoluta impotencia está demostrada por mil signos visibles; la religión es hoy una manera de idolatría; los dioses se han ido.

La estadística viene á consolidar mis conclusiones por dos maneras muy perceptibles.

El suicidio es más frecuente en los países en donde coinciden diversas religiones. Los países en donde predomina el protestantismo acusan mayor frecuencia de muertes voluntarias.

A quien siga con escrupulosa atención el proceso religioso de nuestros días, no se oculta que hoy las luchas por la fé, ceden en definitiva en perjuicio de la fé misma. Porque los resortes de todas las religiones positivas están profundamente gastados, el combate entre las confesiones pone de relieve, de cada vez más, su absoluta ineficacia para servir útilmente á las elevadas aspiraciones del alma humana hácia Dios. Las contiendas religiosas son beneficiosas y sirven á la humanidad cuando la batalla se libra entre lo ideal y lo pasado; entre la nueva doctrina que pugna por la vida, y la vieja, que no se aviene á perder su puesto privilegiado. Por el contrario, la lucha entre dos religiones, gastadas ambas, es un combate entre cadáveres, que á cada golpe descubre más podredumbre, y sólo sirve para desarraigar del alma humana los últimos vestigios del sentimiento religioso.

Con ser el protestantismo de data más reciente, sus fundamentos, ¿cómo dudarlo? eran y son mucho más deleznable que los fundamentos del catolicismo. Hartman ha puesto en claro esta verdad. En el protestantismo es preponderante el elemento crítico y negativo, y vino á desempeñar en la esfera religiosa análoga misión que el socialismo en el campo del derecho y de la economía, que el escepticismo en el terreno de la filosofía. Por ello su descomposición y muerte son más rápidos que en el catolicismo. Buenas ó malas, éste vive aferrado á un conjunto de fórmulas externas, de

reglas internas, cuya unidad y enlace se dan fuerza incontrastable.

En estos motivos encuentro la explicación, á mi ver natural, del hecho que nos ocupa. No pienso como Morselli, que la negación de todo culto material y externo, nota distintiva del protestantismo, que el libre exámen de las creencias y los dogmas, culto eminentemente místico, al exajerar las potencias reflexivas de la humana mente, exajere á la vez y agrande las luchas interiores de la conciencia, una de cuyas manifestaciones viene á ser el suicidio. Pero entiendo que está en lo cierto cuando atribuye el gran número de muertes voluntarias en nuestro siglo al estado de transición del espíritu y la conciencia, por lo tocante á la fé religiosa, estado cuyo influjo morboso es más enérgico, donde la cultura científica lleva al alma humana á más nobles y grandes aspiraciones.

Para mí no es dudoso que el sentimiento religioso está en profunda decadencia en España. Oficialmente somos católicos: así lo rezan la Constitución del Estado, las tablas del Registro civil y los empadronamientos municipales. En la realidad, la hipocresía y la indiferencia se parten el campo en los grandes centros; la idolatría es el distintivo de la población rural. Entre nosotros, la lucha es muy distinta en sus manifestaciones y caracteres que la entablada en otros países. Es el espíritu moderno que pugna por romper las cadenas con que la intolerancia le sujeta, y como al día siguiente de la victoria no vé puerto de refugio en otra idea que pueda suplir á la vencida, se acoje á la indiferencia y en ella vive, sin cuidarse para nada de las necesidades íntimas de la conciencia.

Por eso vemos crecer el suicidio en proporciones alarmantes, que la religión vieja no es bastante á contener y que la religión nueva no rechazará, porque todavía ningún signo visible anuncia su proximidad. Y si á ello agregamos la invasión creciente del materialismo, bien sea según la fórmula evolucionista, bien con sujeción á las doctrinas de la escuela positiva, por desconsoladora que sea la conclusión, habremos de convenir en que el suicidio seguirá durante algún tiempo, entre nosotros, su progresión ascendente.

## VI.

¡Estraña coincidencia! Donde la instrucción y cultura medias alcanzan más alto nivel, allí se nota la mayor frecuencia de suicidios. Pero si comparamos estas cifras con las de la criminalidad, el resultado es diametralmente opuesto. El suicidio está en razón directa de la cultura; la criminalidad en razón directa de la ignorancia. De ambos fenómenos nos dan ejemplo palpable la Sajonia y Bélgica en comparación con la Italia y la España. El caso es tan constante (salvo ligerísimas escepciones), que no sólo resulta de la relación entre varios países, sino que dentro de la misma nación se distinguen las regiones ó provincias más cultas por su más decidida tendencia al suicidio. Todavía hay un dato más concluyente: la relación entre los suicidios de hombres y mujeres es análoga á la relación entre la cultura masculina y femenina. Donde la regla claudica por lo tocante á la instrucción, claudica asimismo en cuanto al suicidio.

¿Qué naciones ocupan los primeros puestos en la instrucción popular? Suecia, Noruega, Prusia, Baviera y Sajonia: pues en ellas es más frecuente el suicidio. Y si comparamos dentro de una misma nación diversas provincias, la regla permanecerá inalterable: sirvan de ejemplo las provincias del norte y noroeste de la Francia, comparadas con las del centro y el sudoeste; las del norte y el centro en Italia, respecto de las del mediodía; Brandemburgo, Schleswig y Sajonia en Prusia, con relación á la Pomerania y á la Silisia.

Pero he dicho que este mismo fenómeno se reproduce sin consideración al sexo. Están los suicidios del sexo femenino en la proporción de 20 á 100 respecto del sexo masculino, como en análoga ó parecida relación está también á la cultura entre ambos sexos. Pues bien: las observaciones de Baly y Boudin en los Estados Unidos de América nos dan estos resultados. Los negros que carecen de instrucción, comparados con los blancos, están en la proporción de 81 á 11, y los negros muestran muy escasa tendencia al suicidio. Pero las mujeres negras igualan, y en muchos casos superan, en instrucción á los hombres y ya en ellas se descubre esa fatal manía por el suicidio en tales proporciones, que en algunos puntos hasta esceden respecto á las mujeres de raza blanca en la proporción de tres y medio por uno.

VICENTE ROMERO Y GIRON.

## CUBA Y EL LIBRE CAMBIO.

Con este título se ha publicado un opúsculo, que ha tenido la bondad de enviarnos el ilustrado director de *El Diario Liberal* de Matanzas. LA AMÉRICA, desde su aparición, hace veinticuatro años, se ha consagrado á abogar por las reformas políticas, económicas y sociales, *desideratum* de aquellas provincias, que son nuestras hermanas. Ha defendido con sincera solicitud y perseverante constancia tan legítimas aspiraciones, porque le inspira viva simpatía aquel suelo privilegiado por la naturaleza. Un gobierno previsor y verdaderamente liberal, debería procurar el fomento de su agricultura, industria y comercio, que son las fuentes de la riqueza pública, y destruir con vigorosa iniciativa todos los

obstáculos que se oponen á su prosperidad, cimentando sobre sólidas bases su grandeza futura.

El opúsculo empieza elogiando al general Martínez Campos, porque insinuó al Gobierno la medida adoptada de reducir á 16 por 100 para los industriales, y á 2 para los hacendados azucareros, el 25 que antes se pagaba, sobre lo que consideraba ser el producto neto del trabajo.

Muchos títulos tiene el general Martínez Campos á la gratitud de los cubanos, y enaltece el folleto que sirve de epígrafe á este artículo, su buena voluntad y buena fé en el cumplimiento de sus promesas, y la gloria conquistada como pacificador y bienhechor en aquellas regiones.

Pero entra luego en materia, discute cuestiones muy importantes, y manifiesta que conveniría á Cuba la asimilación con la Península, si tuviera aquella un puerto franco como Canarias, si el presupuesto diera nueve pesos y medio por cabeza como en la Península, ó sólo seis de contribución por habitante, como sucede en Puerto-Rico.

Considera que es limosna que los arrojen tres centavos por libra de azúcar que otros venden á siete, ó les condene á comérsela. Dice que en 1878, les vendió la Península por valor de 17.520.281, mientras solo les compraron por tres millones ochocientos sesenta y tres mil quinientos ochenta y nueve, precisándose á cubrir el saldo de 13.656.692 que le debían, con letras sobre Londres, haciendo uso de las ganancias que su comercio con los Estados Unidos les había dado. Las harinas les costaron á 18 y 20 pesos el barril, que hubieran conseguido con un comercio libre á 6 frescas, y no viejas y caras.

Quiere que les dejen comprar en donde más barato les vendan, y vender donde más bien les paguen.

Pide la abolición de las aduanas, que es nula y negativa por los gastos que ocasiona; el presupuesto bajaría de 46 millones á que hoy asciende, á 20 millones, sin calcular los ahorros que producirá la reducción del personal de Guerra y Marina, y pedir al mismo tiempo, la recíproca al Gobierno de los Estados Unidos para que les igualase con las islas Sandwich, facultados á vender sus frutos en los mercados anglo-americanos.

Para cubrir su presupuesto bastarían las ganancias en la renta de Loterías, puesto al par de oro el billete de Banco, quedándose como plus lo demás que procede de las Rentas Estancadas, bienes del Estado, corrección, subsidio, etc. Abolido el impuesto directo, el impuesto imponible puede aumentar en cinco veces más; reduciendo los Ayuntamientos sus cuotas municipales á la quinta parte de lo que hoy son, recaudarían tanto como hoy, porque el capital imponible se quintuplicaría, pagando al Gobierno el plus que realizaría la reforma.

Hace la observación muy notable de que con el libre cambio realizaría Cuba cien millones de pesos más al año, y que España ganaría en esa proporción doblando su tráfico.

Se extiende en datos para probar que, á pesar del monopolio concedido á las harinas y de los derechos diferenciales exorbitantes para impedir que los cubanos las adquieran á precio mínimo en el vecino mercado americano, la estadística demuestra el aumento que ha tenido en el último año la importación de ese cereal de los Estados Unidos, y la disminución que ha sufrido el que de la Península han introducido; que se redujo á 85.149 barriles y sacos, contra 104.080 en 1878, importado de los Estados Unidos; cerca de una cuarta parte menos.

Resulta, que el gravámen que pesa en nuestros aranceles sobre los cargamentos procedentes de los Estados Unidos como se componen estos de efectos de poco valor como guano, heno, etc., comparado con el que representan los productos de Cuba que consisten en azúcares, mieles y tabaco, hace que la represalia impida que un buque nacional se ocupe en el tráfico con los puertos de la Union Americana, ya en la exportación de los productos cubanos, ya en la importación de los artículos que les envían los norte americanos, mientras que los buques extranjeros tienen abierto el campo, sin que puedan hacerles concurrencia. Los buques españoles encuentran gran dificultad de hallar flete en aquel país, por que tienen que dar fianza por el doble de las mercancías que embarcan, ofreciendo que éstas no irán á puerto alguno de Cuba ó Puerto-Rico.

Se lamenta de que á falta de alimentos sanos, abundantes y baratos, se apele al recurso de las bebidas excitantes que desmoralizan y embrutecen al pueblo; y dice, que la importación de ginebra subió de 32.658 garrafones y 5.390 cajas entradas en 1878 en la isla á 1.º de Enero á 15 de Mayo, 61.840 garrafones y 5.390 cajas, desde 1.º de Enero á 15 de Mayo de 1874. El vino español llevado á la isla en 1878, formó un conjunto de 28.477 pipas, y en 1879, hasta 15 de Mayo de 1879, ascendió á 34.050, sin contar los aguardientes. Por el contrario, el tasajo importado, que es de lo que se alimenta el pueblo trabajador, en vez de las carnes frescas que allí pudieran ser abundantísimas, bajó de 95.726 quintales importados en 1878, á 49.194 en 1879, aunque el maíz del Norte y Puerto-Rico subió de 29.348 sacos á 131.405.

El libro abunda en innumerables datos de que nos iremos ocupando, y merecen ser estudiados por los hombres celosos del bien público, que se interesen por el porvenir de nuestras provincias de allende los mares, tan dignas de ser atendidas, aunque lo reclamarán en vano, mientras no rijan los destinos de España un Gobierno verdaderamente liberal.

A.

## DOLORES.

(Continuacion.)

CCXXXVII

—Durante algunos años continuaron los amores de don Pedro con Matilde.

—¡Consintiendo tú y consintiendo él, todo dentro de la religión del naturalismo!

—El lo ignoraba: yo lo toleraba porque era nuestro instrumento de un instrumento precioso.

—¡Instrumento de crimen!

—Instrumento utilitario: á la muerte del conde de X., Matilde había quedado arruinada. Era necesario que Matilde

no descendiera, que sostuviera su posición, que la hiciese sólida: se acometieron todos los negocios.

—¡Siempre el naturalismo, el ejercicio de todas las fuerzas de la seducción, de la astucia, del engaño... una asociación de tres inteligencias explotando la fuerza tentadora de Matilde: la química y la farmacia como elemento precioso!

—Los elementos de acción son los elementos de vida.

—Y los resortes del presidio: á propósito; yo me acuerdo con preferencia de una de las historias más terribles que allí en la academia me contaste de esa mujer: aquel pobre hombre engañado, seducido por ella, á quien ella arrebató toda su fortuna y que murió de desesperación dejando á su viuda en la miseria con un pobre huérfano...

—¡Ah! ¡Luis Pérez de Valenzuela!... ¡Carlota!... exclamó el padre Pascual.—El sucumbió á una pócima, ella al dolor.

—¿Y el niño?—exclamó el señor Blas.

—¡Eh, qué diablo! Le erió la caridad de los vecinos de una de esas casas que son arcas de Noé de la miseria: cuando por un descuido me enviaron á la Universidad, le perdí de vista

CCXXVIII

Casquillo se había estremecido de una manera poderosa.

Se había levantado.

El terrible viejo posaba en él su mirada de serpiente.

—¿Estaba esa casa de vecindad en la calle del Aguila?—preguntó Casquillo.

—Sí,—dijo con acento ronco el padre Pascual.

Y se levantó.

Pero instantáneamente cayó por tierra.

Casquillo se había lanzado á él con una tal fuerza que le había derribado.

Al caer había dado con la cabeza en el borde de la mesa. Cuando llegó al suelo, no se movió.

El señor Blas se arrojó á él y le reconoció.

—¡Diablo!—exclamó.—¡El naturalismo! ¡Se ha desnucado! ¡Muerto como mi abuelo!

—¡Y bien, mis padres están vengados!—dijo Casquillo. El muchacho estaba entonces espantoso.

CCXXIX

El señor Blas palideció y tembló á la vista de aquella catástrofe inesperada. Se sintió zambullir de nuevo en el presidio: él no había creído que las cosas podían llegar tan lejos, ni había sospechado una tal fiera en Casquillo.

Hasta tal punto llegaba la inflamabilidad, la potencia del espíritu del muchacho, que no se mostraba aterrado ni aun asombrado por lo que había acontecido.

Estaba de pie, inmóvil, mirando el cadáver del padre Pascual, que yacía al pie de la mesa. Le contemplaba con la irritación y la expresión de muerte aún en sus ojos, y aparecía tembloroso, pero como por consecuencia de una excitación de su espíritu, llevado á un sentimiento de destrucción.

CCXXX

—¡Al diablo con el chico!—exclamó el señor Blas.—¡Pues no eres tú violento y ejecutivo que digamos! Has hecho, como quien dice, el oficio de una explosión eléctrica! Pero volvamos á ver si ese maldito está realmente muerto ó solamente aturrido del golpe. Por lo pronto, yo no veo sangre.

Casquillo no contestó: se volvió á sentar como maquinalmente, y continuó fijando la mirada dilatada, profunda, intensa, luciente con un fulgor sombrío, en el cadáver. Su excitación nerviosa continuaba.

El señor Blas tomó una de las bujías que ardian sobre la mesa, é iluminó con ella el cadáver y el espacio sobre que yacía.

Los ojos vidriosos del viejo aparecían espantosos en su inmovilidad: parecía como si, al sentir la muerte, todo un infierno se hubiese generado en su alma y hubiese quedado apareciendo en sus ojos, con una expresión horrible, en una mirada de ultra-vida, si se nos permite esta frase.

Al señor Blas le temblaba la mano en que tenía la luz, y se notaba en su semblante una expresión de violenta contrariedad, de miedo, más bien de terror: continuaba sintiéndose otra vez en el presidio.

—Pues no hay sangre,—exclamó.—ni una gota; pero no le hace; está muerto; muerto como mi abuelo; vamos, ayúdame, añadió,—dirigiéndose á Casquillo:—toma esa luz; alumbra.

Casquillo obedeció.

Libre el señor Blas para usar de sus dos manos, volvió el cadáver y le examinó: en la nuca tenía la impresión del golpe: una grande mancha sanguinolenta.

—Vamos,—dijo el señor Blas, resollando recio, como quien se sienta libre de un gran peso:—la cosa no está grave como yo lo había creído: cuando suceden estas cosas, el temor de la responsabilidad nos aturde: pongámselos como estaba: cuando le encuentren, por su posición, por el lugar donde tiene el golpe, resultará, si no son brutos como un corcho, que se ha desnucado contra la mesa, por consecuencia de una caída. La cuestión será despues averiguar si la caída ha sido casual ó por impulso ageno. Y esta es para nosotros la cuestión: evitar todo género de responsabilidad: ¡y nos ha abierto la puerta de la calle el sereno! ¡Bah! pero el sereno, por mucho que haya reparado, no puede dar de nosotros tales señas que hagan una prueba bastante clara para destruir la cohartada. Porque nosotros, por lo que puede acontecer, necesitamos probar la cohartada. Yo creo que nadie nos vió salir de la casa de Dolores.

—No lo sé,—respondió distraído Casquillo.

—Estamos perdiendo el tiempo, muchacho: es necesario que nos vayamos cuanto antes. Este maldito vivía sólo. Así, pues, las llaves deben estar en alguna parte. Vamos á ver si están, según se acostumbra generalmente, colgadas junto la puerta. Andando, y sin perder tiempo.

CCXXXI

Salieron: Casquillo llevaba la luz: llegaron á la puerta de la escalera: en efecto, junto á ella estaban las dos llaves: la del cuarto y la de la puerta de la calle.

—Bien, magnífico,—dijo el señor Blas:—espérame aquí: dame la luz: es necesario ponerla en el mismo lugar de donde la he tomado: pon las sillas de manera que no acusen una visita: borremos los indicios.

Y el señor Blas se fué llevándose la luz: volvió á poco: tomó á tientas de la pared las dos llaves: abrió silenciosamente la puerta.

—Ahora,—dijo:—bajemos con el menor ruido posible. Salieron: el señor Blas cerró la puerta tan silenciosamente como la había abierto: bajaron con gran cuidado: llegaron á la puerta de la calle: era vieja y tenía grandes rendijas: el señor Blas miró por una de ellas: un farol del alumbrado iluminaba la pared que se alzaba frente á la casa: no había nadie: el señor Blas abrió sin ruido y asomó la cabeza: no vio la luz del sereno: nadie pasaba por la calle.

—Sal,—dijo á Casquetillo:—aléjate y espérame en el café de la Mosca; estará abierto todavía; yo iré á buscarte.

Casquetillo salió y tomó á buen paso hacia Puerta de Moros.

Llegó á ella sin encontrar á nadie: sólo se cruzó con dos ó tres transeuntes antes de llegar al café de la Mosca, en la calle de las Maldonadas.

El señor Blas cerró; se alejó; no encontró á nadie, y arrojó las dos llaves por un sumidero de las alcantarillas.

Luego tomó á buen paso hacia la plaza de la Cebada para reunirse con Casquetillo.

## CCXXXII.

El señor Blas se asombró: el muchacho estaba tan sereno como si nada le hubiese acontecido, y bebía á pequeños sorbos café.

El señor Blas le saludó como si no le hubiera visto hacía mucho tiempo: pidió una copa de rom y marrasquino.

Hablaron tranquilamente, pagaron y se fueron.

—Dime tú, Pedro,—preguntó el señor Blas á Casquetillo,—¿tienes tú buena memoria?

—Sí, excelente,—respondió el muchacho.

—¿Le dije yo al sereno que íbamos á ver al padre Pascual?

—No,—respondió Casquetillo:—le dijo usted únicamente,—abra usted, amigo, y se ganará usted una propina.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Y el sereno, ¿no nos preguntó á dónde íbamos?

—No: tomó los cuartos que usted le daba, y abrió.

—¿Reparó mucho en nosotros?

—No se fijó.

—Yo creo que á causa del frío iba yo rebozado hasta por encima de las narices en mi capilla.

—Sí, y yo también, á causa del frío, llevaba como ahora levantado el cuello de mi saco.

—Ah! Pues entonces no hay necesidad de preparar la coartada; el sereno no sabe á donde íbamos; no puede dar de nosotros señas exactas: á más de esto faltó á su deber, abriendo, sin exámen, á dos desconocidos una puerta, y aunque sospeche llamará por la cuenta que le tiene, porque él no podría probar que somos vecinos de la casa, ni siquiera conocidos del padre Pascual. Podemos estar tranquilos. Además, tú no volverás á ponerte ese saco ni yo esta capilla: ni á los sombreros que llevamos puestos: adivina quien te dió: pero ahora se me ocurre: yo no quisiera que llamaras al sereno para entrar en casa de Dolores, porque tú debes ir á casa de Dolores, que te estará esperando con ansiedad.

—Y yo también estoy ansioso por volver; ¿y usted no entrará conmigo?

—No, vuelve tú solo; así es mejor: ¿dónde nos habíamos de acomodar? Yo me iré á una posada, y mañana nos veremos.

—Como usted quiera: á mí me parece esto también oportuno.

—Así no importa que te abra el sereno.

—Llevo yo una doble llave en una pieza: la de abajo y la de arriba: como que trabajo hasta cerca del amanecer en el periódico, y no quiero incomodar á Dolores.

—Una última observación: si te pregunta dónde hemos estado, dices que dando vueltas por la calle conmigo: lo mejor será que te olvides, como si no hubiera sucedido, de la muerte del padre Pascual.

—¡Ah!—exclamó con un acento singular Casquetillo:—Dolores se horrorizaría si supiera que por mi causa había muerto un hombre.

—Es verdad: tiene una sensibilidad extremada,—dijo el señor Blas:—se parece á su pobre madre.

—Es un ángel.

—Pues bien; haz feliz al ángel, y olvídate del demonio,—dijo el señor Blas.—Y adios; estamos cerca de tu casa; hasta mañana, hijo mío; si te pregunta Dolores que por qué no he vuelto yo, dila que por comodidad me he ido á una posada; que mañana iré.

Y el señor Blas dió un estrechón de manos al joven, y se separó de él: Casquetillo continuó; llegó á su casa; abrió la puerta y entró; nadie había entonces en la calle.

## CCXXXIII.

Después de la violenta salida de Matilde, Dolores había sufrido una larga hora de ansiedad. Acababa de sonar á lo lejos entre el silencio de la noche, la una, cuando al fin sintió en las escaleras unos pasos que la eran muy conocidos. Los de Casquetillo.

Dolores se levantó de una manera violenta, fué á la puerta de la boardilla y la abrió: poco después, Casquetillo entraba.

Si Dolores hubiera cedido á los impulsos de su alma, se hubiera arrojado en los brazos de Casquetillo.

Pero se reprimió: estaba celosa; se sentía relegada: ella no podía competir en belleza con Matilde: Casquetillo debía estar locamente enamorado de ella: ella había podido horrorizar á Casquetillo, presentándole aquel terrible testamento de venganza que para él había dejado escrito su madre, pero el alma purísima de Dolores no podía hacer esto: por una parte, Matilde era su abuela; por otra, ella no podía comprometer á Casquetillo á contraer ninguna responsabilidad ante las leyes; había hecho lo que muy pocas mujeres hubieran hecho en su situación: había entregado aquel terrible papel á Matilde: había oortado una espantosa ocasión de venganza: había dejado á Dios la acción de la justicia.

## CCXXXIV.

Pero si Dolores no se arrojó en los brazos de Casquetillo, éste dió un grito de alegría al verla, la cogió en sus brazos, la alzó y la besó en la boca.

Dolores se sintió morir de una violenta aunque momentánea felicidad. Luego rechazó á Casquetillo.

—¡Déjame!—exclamó:—yo no necesito tu amor para ser feliz: yo soy bastante feliz con el amor de mi niña.

La voz de Dolores estaba en inarmonía con sus palabras: sonaba á llanto: sus ojos contradecían también aquellas palabras: devoraban á Casquetillo: un pudor hechicero encendía su pálido y blanquísimo semblante: la había abrasado aquel beso y continuaba abrasándola.

Su alma entera se había dilatado, se había glorificado en el amor de Casquetillo.

Había sentido lo que no hay pensamiento humano que pueda abarcar, lo que no hay palabra que pueda decir.

Solo el sentimiento podía explicar lo que había pasado por Dolores; y el sentimiento no tiene lenguaje material; no hay sonido convencional que lo pueda expresar en toda su extensión; y decimos mal, cuando tratándose del sentimiento espiritual, hablamos de extensión, porque no tiene extensión lo que es infinito; lo que viene vivo de un misterio, y viviente se pierde en otro misterio; lo que es de Dios, y haciéndose sentir de una manera inexplicable en el hombre, se anega, se pierde en Dios: el misterio de la vida.

Esos momentos inefables elevan á la criatura hasta la divinidad, hasta lo supremo de lo supremo: son, en fin, la misma divinidad, residiendo por un momento en la criatura, glorificándola, anegándola, refundiéndola en lo infinito de la vida; son el éxtasis del espíritu abstraído momentáneamente de la vida limitada de una manera de ser, en su eterno destino: esto es, en la actividad, en el sér infinito; es la grande revelación del espíritu al espíritu; es un relámpago de duración infinitesimal de la luz eterna; es una prueba que no se puede razonar de la inmortalidad del alma, de su destino, de su esencia, de su continuidad, de lo supremo inexplicable.

Y estos momentos inapreciables impresionan con una tal potencia á la manera de ser material al organismo del sér humano, que á veces le destruyen, aplanando en él todas las facultades del sentimiento reflexivo: el acrecimiento de la sangre, la explosión, por decirlo así, de los nervios; una dilatación violenta del sér, la congestión; pero aunque no maten, nunca pasan sin causar una honda perturbación en la organización: sin producir el terrible cansancio de un extraordinario y súbito desenvolvimiento de fuerza.

## CCXXXV.

Esto había causado en Dolores la presencia de Casquetillo: su grito de alegría, su abrazo, su beso. Dolores había llegado en un sólo instante de duración inapreciable á lo indecible de la felicidad: su alma se había difundido en lo infinito; había sentido lo infinito de Dios: tal era el amor mortal, ó mejor dicho, el amor irresistible para su materia, que inflamaba, que venía á ser el espíritu de vida del espíritu de Dolores.

Y á pesar de esto, sus celos tuvieron voz, y se expresaron en un acento de dolor.

## CCXXXVI.

Se sentó jadeante y trasfigurada: su semblante, bañado de lleno por la roja é impura luz de la lamparilla que ardía sobre la mesa, tenía una tal expresión de belleza inmaterial, había algo de tal manera divino en sus negros ojos, que Casquetillo se fundía, por decirlo así, en un fuego embriagador y celeste: las miradas de los dos se atraían, se acariciaban, se adoraban; era el momento en que Adam y Eva comprenden que son un solo ser; uno de esos momentos raros en las criaturas, porque es extraordinariamente difícil que se pongan en contacto dos almas de tal manera semejantes, de tal manera refundibles la una en la otra.

## MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

## CRÓNICA.

La Cuaresma es la época de las abstinencias y de los ayunos; pero es al propio tiempo como arco de flores pordonde la Pascua de Resurrección entra alegre y risueña con sus procesiones de ángeles, sus solemnes fiestas religiosas en el magestuoso templo; cubiertos los altares de oro y de rosas; sus giras campesines, que recuerdan los cuadros de Teiniers, y sus funciones de tauromaquia, en las que allá, en lo alto del animado circo, véense los palcos convertidos en guirnalda de caras bonitas, y abajo en el arenoso redondel, escenas dignas de las aguas fuertes de Goya.

Mientras los toreros; desembaulan la vistosa ropilla y los sables de matar se preparan á feroz combate, las calles se llenan de carteles, pregon de la fiesta, y en el Senado, la elocuencia llena de majestad, la política hábil, la modesta consecuencia, la energía severa, huyen para no sufrir la invasión de la tauromaquia. Alcalá Galiano, sustituido por Costillares: la mejor frase de Rios Rosas cambiada por un par de banderillas cuarteando.

La proposición del Sr. Santa Ana pidiendo la creación de escuelas de tauromaquia, fué desechada. No le valió invocar nombres de papás taurómacos, ni recordar á los senadores por derecho propio, que sus antepasados preferían á las votaciones nominales rejonear toros jarameños. El señor Lassala lamentó que la primera vez que hablaba en la alta Cámara de escuelas, fuera para hablar de escuelas de tauromaquia, y esta frase, aun cuando no sus propios errores, habría sentenciado á muerte la proposición del Sr. Santa Ana.

Porque la creación de escuelas de tauromaquia no tenía defensa posible. ¿Qué argumento empleó el Sr. Santa Ana como más incontrastable? ¿El de que una vez que las corridas de toros existen, convendría enseñar á los diestros, para de este modo hacer menos frecuentes las desgracias que la lidia de los toros ocasiona? Pues ni aun ese argumento nos convence.

Fundada la escuela, haríanse oposiciones á las cátedras de toreo, nombraríanse profesores á los

que ocuparan el tercer lugar en la terna, y resultaría un profesorado de toreros de invierno. Ellos no enseñarían lo que no habían podido aprender. Y de las escuelas de tauromaquia á la enfermería, no habría más que un paso.

Con razón se ha dicho que el estilo es el hombre y que el Congreso se retrata, más que por el estilo arquitectónico de su admirado frontispicio, por aquella rara virtud que consiste en variar de fisonomía con la velocidad que en una función teatral de gran espectáculo se varían las decoraciones ó cambian ciertos acróbatas de traje. ¡Cuántas veces su semblante, animado por la ira, nos hizo soñar con las violentas terribles escenas de la Convención, en cuya tribuna, en tantas ocasiones, de la lucha de la elocuencia contra el puñal, brotaron apóstrofes sublimes; y luego inesperado suceso trajo como realidad la monotonía y el cansancio! ¡Cuántas, triste y aterido como día de invierno, ofrecióse postrado á nuestros ojos, y una sola palabra bastó para comunicarle, con el fuego del debate, animación y vida! No de otra manera sucede con un volcán. De ordinario parece dormido. Pero en su fondo se oculta la ardiente lava que, un día desatada en torrentes, destruye plantíos inmensos y ciudades enteras. El día en que las oposiciones parlamentarias desearon saber qué criterio había de seguirse para la discusión de las proposiciones de censura, fué de esos en que nada se espera y en que todo se alcanza. La sesión del Congreso, interesantísima, llena de incidentes, de amenazas y de peligros, tenía ciertas semejanzas con uno de esos paisajes en que á un tiempo mismo atraen nuestra mirada las nubes que empañan el azulado cielo, el verdor que cubre la tierra, el arroyo que corre serpeando y el negro horizonte que allá, á lo lejos, anuncia tempestad. Pero conviene declararlo. El viento que corría no era el furioso *simoun* que arrastra montes de arena y entera largas caravanas; era un venticillo sutil como el del Guadarrama, de quien se ha dicho que no apaga un candil y mata un hombre. Se colaba, se colaba por las rendijas de la mayoría, é hizo en ella terribles estragos.

Si el sistema representativo no consagra un principio más importante que el de la iniciativa parlamentaria; si es una garantía del país contra los abusos de los Gobiernos, y su sanción en el Código fundamental del Estado, tanto significa como rendir sumiso acatamiento al régimen parlamentario, que en el reglamento de los Cuerpos colegisladores debe fielmente traducirse; si el prestigio de la representación nacional y la libre é incondicional prerogativa de cada diputado no consienten la duda de si las proposiciones de censura pueden apoyarse con absoluta libertad, ó han menester la dispensa de las secciones; pocos incidentes más justificados ni más interesantes que el que el señor Navarro y Rodrigo, acerca de lo acontecido con motivo de la proposición Ochando, provocara. Las proposiciones de censura pueden apoyarse libre é incondicionalmente por un diputado, á calidad tan sólo de que otros seis diputados la firmen, y la proposición del señor brigadier Ochando sobre los supernumerarios del ejército, calificada de voto de censura por el señor ministro de la Guerra, había pasado del despacho ordinario al índice ministerial, y de aquí á las secciones en busca de una autorización que en manera alguna necesitaba. Demás de esto, el Sr. Cánovas profesa como dogma la doctrina de que los votos de censura no necesitan del *regium exequetur* de las secciones. Resultaba, pues, un cisma entre las dos más altas potestades de la mayoría, una herejía reglamentaria, y un peligro gravísimo para la pureza é integridad del sistema representativo. El cisma precisaba perseguirle en defensa de la verdadera iglesia parlamentaria; la herjía, más famosa que la de Arrio, necesitaba ser condenada con el ¡Anatema! el peligro urgía ahuyentarlo para librarnos de sus horrores.

De todo se encargó el Sr. Martos decidido, y ni los deseos de las minorías pudieron tener mejor intérprete, ni el absurdo parlamentario cometido condenación más justa y enérgica. Tanto como la oportunidad, la corrección inimitable y la brillantez de este discurso, que tuvo el mérito supremo que Timon señala á las oraciones parlamentarias; el ser improvisado, admiramos en él la habilidad, la lógica inflexible, el argumentar poderoso, la intención que hiera como el aguijón de una avispa, el golpear certero que destroza y mata.

Expresión de la mayoría es el presidente del Congreso, que por ser su expresión, le coloca en la presidencia para que dirija los debates y eleve las relaciones de las Cortes con el Gobierno y con los altos poderes del Estado: expresión de la mayoría es el presidente del Consejo de ministros, porque si no tuviera su confianza, no podría serlo. Pero el presidente del Congreso y el del Consejo de ministros, opinaban de manera distinta en una cuestión fundamental, dentro del régimen parlamentario, y era preciso buscar un medio para saber de qué lado se inclinaba la mayoría. El señor Martos le encontró.

Pero en vano. Ocultóse á los ojos del país burda y ridícula escaramuza. El Sr. Cánovas se negó á sí mismo, y la mayoría siguió sumisa. Oímos durante largo rato el sonar monótono del «no» ministerial, y juzgamos del triunfo de las oposiciones por aquel desconcierto que en las huestes ministeriales reinaba. El Sr. Cánovas se equivocaba. Lo que pensó, fuese prueba heróica de su respeto á la autoridad del presidente, resultaba derrota

del Gobierno y apostasía de las doctrinas de que él siempre se enorgulleciera. El sacrificio trágico, no era sino escénica parodia. Martirio inútil. El triunfo de las oposiciones fué aún más grande de como le soñarían el temor cruelísimo del señor ministro de la Guerra y el orgullo olímpico del Sr. Cánovas, caído de su pedestal roto en pedazos.

El gallo ha cantado tres veces. San Pedro ha negado á Jesús. El Calvario está cerca. Pero es un calvario sin redención.

Hemos asistido á la vista de un proceso largo y trascendente; el proceso de la cuestion cubana aún no resuelta. Dormida y cubierta de polvo como leño de ese centro administrativo, donde una estadística curiosa é indiscreta ha contado 32.000 expedientes sin despachar, la proposicion del Sr. Labra parecia muerta. Ha sido preciso que movido de lástima el señor conde de Toreno, la dijese como Jesús á Lázaro; levántate y anda; que su autor la animara con el fuego de su elocuencia; que llamara la atencion hácia ella con larga procesion de ruegos que en el arca de su memoria guarda y con declaraciones enérgicas que sólo el temor pudo considerar perjudiciales, para que las minorías, rompiendo el dañoso silencio que se habian impuesto, manifestaran cómo ven y cómo quieren resolver el problema de las reformas políticas y económicas en la isla de Cuba.

Esta proposicion del Sr. Labra, que pedia la urgencia para la discusion de las reformas económicas y la urgencia de la proposicion y discusion de las reformas políticas, llegaba como la persecucion del bandolerismo en las provincias castellanas y extremeñas; con retraso. Se conocia que no habia más prisa por discutir las reformas, que deseos de aprobar la construccion de ferro-carriles para Cuba, aquí donde juzgando por las concesiones hechas, todo el mundo podria extrañarse de que no tengamos ferro-carriles de una acera á otra de cada calle. En Cuba aguardan con ansiedad vivísima la resolucion de este asunto; en aquella fructuosa tierra, último florón de la rica corona que á España regaló el génio de Colon, el valor épico de Cortés y la intrepidez de Pizarro, se espera como el día de la paz, el día de las reformas, con un espíritu liberal inspiradas; allí quieren convencerse de que ser hermanos, no es ser Abel y Cain.

De la discusion que en el Congreso hay entablada han de deducir provechosas enseñanzas. Llamadas á declarar en el proceso de las reformas las minorías parlamentarias, anduvieron sobradamente reacias en acudir al llamamiento. Pero compareciendo al fin, ¿qué han venido á decir? Nada concreto, nada que se parezca á un propósito decidido y á un plan de conducta marcado, nada que las determine y diferencie de la política del Gobierno, inspirada en la conducta de aquel deudor incorregible que no daba palabra mala ni tenia obra buena, promesas, vaguedades, deseos, esperanzas, lo precisamente indispensable para cumplir, mucho menos de lo que se necesitaba para cumplir regularmente.

Oirán al centralismo, por boca de su apóstol, el Sr. Alonso Martínez, analizar con toda la lógica del jurisperito que goza merecidamente en las luchas del foro envidiable fama, si está ó no vigente en Cuba la Constitucion de 1876; dirigir severos y amargos reproches á la mayoría que un día aplaude entusiasta el discurso de la corona y las exclamaciones profundamente reformistas del general Martínez Campos, y otro aplaude la política contraria, y la da el concurso de sus votos y obedece sumisa sus mandatos; desear que desaparecan los antagonismos entre Cuba y España, y llegado al punto de las reformas, perderse en el mar de sus propias dudas buscando en vano por encontrar otra fórmula que la de: «reformas, todas las que se puedan, que á nada obliga ni nada dice. Oirán que el Sr. Sagasta, el hábil y elocuente jefe de los constitucionales, incierto como nunca y como nunca estéril, acusa de inútiles las reformas proyectadas por el Gobierno; pide, huyendo de ahondar en la cuestion demasiado, la moralidad administrativa y la rebaja de los presupuestos; reclama, seguro de que su peticion no ha de ser atendida, que la Constitucion de 1876 se modifique por las Cortes para que pueda regir en Cuba, y luego califica de peligroso el discurso del Sr. Labra y prefiere á las suyas, atrevidas pero nobles y patrióticas, las declaraciones del Gobierno.

Y si asombrados de tal confesion desean saber cuál es el criterio del Gobierno en este asunto, cuáles las reformas que el Gobierno acepta, el señor Romero Robledo, con la paciencia que le dá el sospechar que tal vez ahora viven entre nosotros tranquilamente instituciones que en el porvenir serian condenadas como grandes injusticias sociales, dirá que la reforma social está resuelta con la ley de abolicion gradual de la esclavitud, y la política con la presencia de los diputados y oradores cubanos en el Parlamento español, y que las reformas económicas no serán sino aquellas á que todos los años está por la ley de presupuestos sometida la Península. ¡Grandes reformas en verdad! El Gobierno, despues de decir que el convenio del Zanjón significa una fórmula arrojada á una rebelion espirante para cubrir su honra, es tan avaro que se contenta con arrojar á nuestros hermanos de Cuba, algo, lo necesariamente preciso para ahogar sus lamentaciones contra nuestro olvido.

¡Qué error! Ni el hecho incontrovertible invocado por el Sr. Labra, de que las rebeliones de ca-

racter político lograron dominarse fácilmente, lo mismo aquellas, obra de algunas inteligencias enfermas que sueñan con fundir el mundo al molde de sus fanáticos y sombríos delirios, que las que significaban un aspiracion noble y redentora; pero que en América todas las insurrecciones que nacieron ante la imposibilidad de conseguir las reformas económicas reclamadas, concluyeron por conseguir la independencia de los estados teatro de la guerra; ni las severas acusaciones de que el Gobierno es objeto; ni las lastimeras quejas de aquella isla cubana que vé ahogada su riqueza en los brazos de la inmoralidad, bastan, por lo visto, para convencerle de que buscar el remedio á tantos males por largo é interminable camino, es lo mismo que renunciar á él.

Las reformas sociales no pueden limitarse á la aprobada ley abolicionista, que es sólo una máscara de la esclavitud; ni las reformas económicas á las que en el proyecto de presupuestos de Cuba van incluidas; ni las reformas políticas á que la Constitucion de 1876 esté vigente en el territorio cubano, en conciencia del Sr. Cánovas del Castillo. Mañana vendrá otro Gobierno que en su conciencia crea que dicho Código no está vigente, y Cuba se quedará sin Constitucion si por ventura hoy la tuviera, que no la tiene. La promulgacion del Código fundamental del Estado y la de las leyes provincial y municipal que de complemento le sirven; la supresion del derecho diferencial de bandera y el cabotaje con la Península, medidas que favorecen en gran manera la baratura de los artículos de consumo y el progreso del comercio cubano; la moralidad administrativa y la rebaja de los presupuestos, y una modificacion en la ley abolicionista conforme con los principios que en este asunto informa el criterio radical, son las reformas de que Cuba há menester con gran urgencia para engrandecerse. Que los conservadores no se atrevan á realizarlas, no necesitamos decirlo nosotros; los conservadores lo han dicho. ¡Triste es en verdad que constitucionales y centralistas no se manifiesten más liberales ni tampoco más decididos! ¡Tienen miedo! ¡Les asusta oír hablar de autonomismo y no les asusta la guerra!

Podria decirse que la anterior semana ha sido la semana de los incidentes ruidosos. Con hilos de esos incidentes, uno de los cuales y muy principalísimo provocó el natural deseo de saber qué límites tiene la inmunidad del diputado; y con los que despues de los discursos pronunciados á propósito de la cuestion cubana quedaron sueltos, ha se tejido el velo que cubre el banco azul y á través del cual se ve al Gobierno apesadumbrado é inquieto, al ministro de la Guerra condenado á eterna mudez; al señor Romero Robledo ronco y al Sr. Cánovas procurando inútilmente librarse de tantos obstáculos y peligros como se complacen en poner ante su paso amigos exagerados ó indiscretos.

El ministro de la Guerra y un brigadier que es diputado, hablan, y no al acaso, de una cuestion de gran interés para el cuerpo sanitario del ejército. La conversacion se anima; el tono de la palabra sube de tal modo, que pronto esta logra ascender á grito; cambianse frases un tanto duras, y el ministro de la Guerra recuerda al diputado brigadier que es su superior jerárquico y que le son debidos acatamiento y respeto. De este mandato protesta el brigadier ante el Congreso. Y de aquí el conflicto.

El diputado, fundándose en el alcance que la inmunidad del diputado debe tener, si no es una palabra vacía de sentido, y en el Reglamento del Congreso que sólo reconoce en tal sitio la autoridad del presidente, sostiene que no debe obediencia al ministro.

El Gobierno, recordando su conveniencia y la analogía de otros casos, por el reconocimiento del respeto debido al Ministro terminados, defiende la subordinacion absoluta.

El diputado pedia en justicia amparo para su derecho.

El discurso del Sr. Cánovas fué sólo un regateo de retazos de inmunidad.

La *Vision de Fray Martín*, aquel poema que anunció como día de regocijo para las letras, el admirable canto, publicado en el Almanaque de *La Ilustracion Española*, es ya por eutero conocido del público. El Sr. Nuñez de Arce, en su viaje por el hermoso y purísimo cielo de la poética española, ha traspasado ya el cielo de Mercurio, donde Dante encontró las almas ávidas de gloria, y está cerca, muy cerca del empíreo de la fama. La concepcion sobrenatural y fantástica de *La Vision de Fray Martín*; sus admirables descripciones, llenas de colorido y verdad; sus brillantes imágenes y figuras; su forma, que al igual de las clásicas griegas se presenta, hacen de este poema uno de los mejores de su autor, ya que no el mejor, en nuestro juicio.

Si en la *Lamentacion de Byron* el Sr. Nuñez de Arce se ha ensayado en el género épico, mostrándose tan pintoresco como Ariosto, y no menos sentimental que Tasso; si en el *Idilio* nos ha dado rico modelo de esa poesía tierna y sensible, que brota en el hogar como las flores en el campo y llena el alma de dulcísimas emociones, en *La Vision de Fray Martín*, recordando las incertidumbres y temores que debieron conmovier el espíritu del impetuoso Lutero antes de que á declararse en rebelion contra Roma se decidiese, é invocando aquella sentencia de Bossuet «el hombre se agita y Dios

le conduce» canta la duda, la horrible duda que escala las inteligencias y destruye con la fuerza del rayo creencias y errores.

Nada tan fantástico como aquel monje agustino, que en noche tristísima de invierno, sentado en el coro, más que los salmos de David que

son como el viento,  
que apacible y sutil el campo orea,  
grana la mies, y en melodiosas arpas  
los corpulentos árboles convierte,

oye voz regalada y cadenciosa, que le entra en el alma, altera su oracion y su paz, despierta en su corazon nunca sentidos deseos, le domina, y como la encina herida por el rayo, hácele al fin caer en tierra. Nada tan sobrenatural y maravilloso como el viaje que, guiada por la duda, hace el alma de Lutero, no sin mirar, antes de dejarle movido de lástima y amor, el cuerpo á que antes viviese unida, porque

hasta el cautivo  
llega á cobrar cariño á la cadena  
que le sujeta al pié, si al duro peso  
le acostumbran los años; hasta el ave  
que encarcelada y entre hierros vive,  
cuando quebranta su prision, la llora,  
y solo triste, sin amor, sin nido  
lamenta agonizando, en la esperanza  
su inútil libertad.

Nada tan enérgico como aquellos acentos de Lutero al despertar, bien parecidos al despertar de los pueblos, de odiosa tiranía. El Sr. Nuñez de Arce es un heredero del génio poético que vivió en Grecia con Homero y con Virgilio en Roma. Los sublimes acentos dantescos han encontrado en él eco clarísimo. Anda por los grandes asuntos, como Campoamor por los hondos y oscuros laberintos del alma.

El poema está escrito en verso libre.

Por eso se ha dicho de él que es música wagneriana.

No lo negamos. Pero es más que música del porvenir, música eterna.

Cáusame este descubrimiento dolor profundo; pero aunque dolor me cuesta confesarlo, lo diré, porque ni aspiro á privilegio de invencion, ni quiero ser tenido por avaro de secretos útiles: los periódicos ministeriales pueden dar quince y raya á los de oposicion, en lo de recordar obligaciones debidas. Los periódicos ministeriales me han traído, con no difícil trabajo, el recuerdo de una promesa no cumplida, y los de oposicion apenas si consiguen, despues de inútiles reiterados ruegos, que el Gobierno atienda cualquiera de las mil y una lamentaciones que el país eleva á todas horas hasta él. Han hablado estos días del Sr. Alonso Martínez, de su importancia política, de su talento, de sus condiciones de orador, de si era ó no justo con él en su libro *Los oradores de 1869* el señor Cañamaque, y esto me recordó que yo debía haber hablado tiempo hace de este precioso libro. Si Lamartine dijo de la revolucion francesa que nunca tal vez en el mundo, desde la encarnacion de la idea cristiana, se produjo semejante erupcion de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de génios, de catástrofes y de virtudes, bien podemos decir nosotros de las Cortes de 1869 que jamás encontró en parte alguna culto tan fervoroso la oratoria, y que en ellas la elocuencia española, combatiendo como Ajax por la luz, demostró que sólo tiene rivales en la griega y en la romana.

El libro del Sr. Cañamaque es una fotografia de los oradores de aquellas Cortes, pero las fotografías están hechas en un día de sol é iluminadas por el pincel del arte. Es un libro que interesa por el asunto, que cautiva y seduce por la variedad de tonos y estilos, que habla á la razon y al sentimiento, que enseña y deleita, que hace soñar con la fama del tribuno como con la mejor gloria.

Lorenzana ha dicho de este libro, que nadie podría escribir sin él la historia de la revolucion de Setiembre.

Yo creo que nadie debe dejar de leerlo.

Pocos días despues del beneficio del Sr. García Gutierrez, llegó al Teatro Español el indulto de Manrique, que en vano habian esperado las madres de familia veintitantas noches consecutivas; es decir, que ya no le cortarían más la cabeza al señor Calvo. Pero la escena no ha quedado desierta. Por donde Manrique pasó jóven, enamorado, valiente, impetuoso, ha pasado despues Marsilla más pacífico, aunque no menos enamorado mi más dichoso. García Gutierrez dejó su puesto á Hartzensbusch, al autor de *Los Amantes de Teruel*, al prosador correctísimo, al poeta excelente, al comentar del *Quijote*, al hombre laborioso que es maestro de todos. Pero Hartzensbusch no ha ido á recoger los laureles del público. Ni los necesita tampoco. Los que recogió en su juventud, frescos y lozanos, están en la vejez, y frescos y lozanos han de sobrevivirle eternamente.

—¿Por qué esa lucha entre Breton y Vazquez? preguntaba un buen señor que gusta de los conciertos del Príncipe Alfonso y también de los conciertos de Apolo.

—Porque aquí, le respondió un amigo, no es posible, ni en la música, que haya dos que lleven la batuta.

MIGUEL MOYA.

## LA ALBORADA (1).

Todo reposa y calla;—la cumbre, el llano  
la campiña, el arroyo,—la fuente, el río;  
la rústica vivienda—del hortelano,  
la estancia perfumada—del caserío.

Duerme el valle y el bosque,—la noche llora,  
nada turba el silencio—de la montaña,  
y sólo se percibe,—lenta y sonora,  
del céfiro amoroso—la voz extraña...

Mas leves tintas bordan—el horizonte,  
de la aurora despunta—la luz de rosa,  
y á su dulce destello—parece el monte  
de musas y de génius—mansion dichosa.

Envuelven los espacios,—con áureo velo,  
del crepúsculo vago—tonos suaves;  
la tierra se reanima,—despierta el cielo,  
y en sus nidos de pluma—trinan las aves.

Allá, sobre las olas—del mar en calma,  
la góndola lijera—tranquila flota,  
acaricia el marino—sueños del alma,  
y sus alas estiende—la gaviota.

Erguidas en su tallo—muestran las flores  
las diademas de perlas—de sus corolas,  
y la cándida virgen—de mis amores  
reclinada en el lecho,—descansa á solas.

Tal vez entre los sueños—de su alma inquieta  
de imágen misteriosa—la faz divisa,  
y á los vivos impulsos—de ánsia secreta,  
plega su bello rostro—dulce sonrisa;

Quizá los signos tristes—de penas hondas  
en su hermoso semblante—quedan impresos,  
y en su cuello de cisne—velan las blondas  
un lunar revoltoso—que pide besos...

Los matices del iris—finjen mil soles;  
las auras sonoras,—música grata,  
igneas olas, del alba—los arboles;  
las bullentes espumas,—cintas de plata...

¡Oh! alcázar encantado—luz del oriente,  
reflejos misteriosos—de la mañana,  
que no turban los rayos—del sol poniente,  
ni los puros cambiantes—de ópalo y grana.

Estático y absorto,—de gozo lleno,  
yo admiro vuestra hermosa—dulce armonía,  
y de la aurora al vago—fulgor sereno  
se mitigan las ánsias—del alma mía.

En mudo arrobamiento,—fijos los ojos,  
de placer embriagado,—loco os contemplo:  
¡Para amar del crepúsculo—los tintes rojos,  
mi enajenado espíritu—conserva un templo!

Dejad que yo bendiga—vuestra pureza,  
con ciego sentimiento—de idolatría,  
como imágen augusta—de la belleza,  
cual símbolo divino—de la poesía.

Dejad que me embelese,—y anhele ardiente  
gozar por siempre el alma,—que ya os adora,  
la gloria, á tus reflejos,—luz del Oriente,  
la paz, en tu regazo,—fúlgida aurora.

PLÁCIDO LANGLE.

## UNO VIENE Y OTRO VA.

Por un misterio profundo  
que vedado al hombre está,  
en la sucesión del mundo  
uno viene y otro vá.

Los que van, los que vinieron  
sienten la misma aflicción;  
los muertos por lo que fueron,  
los vivos por lo que son.

Y solo en vivir resuelven  
los hombres todo su afán;  
y los que se van no vuelven,  
y los que vienen se van.

Ambos á la vez inspiran  
en ánsias de opuesto bien;  
los vivos por lo que miran,  
los muertos por lo que ven.

Oscuro arcano contiene  
la vida que el mundo dá;  
viene llorando el que viene,  
vá muy triste el que se vá.

Por razón ó por manía  
que no alcanza mi razón,  
causa el que nace alegría,  
causa el que muere aflicción.

Siempre de esta vida amarga  
distintas cuentas se harán,  
para los que vienen larga,  
corta para los que van.

¡Qué tristes esfuerzos hacen!  
¡qué pena deben sentir!  
los que nacen, cuando nacen,  
los que mueren, al morir.

Hondo secreto profundo  
que al hombre vedado está;  
desde el principio del mundo  
uno viene y otro vá.

JOSÉ SELGAS.

## A LA VERDAD.

## INVOCACION.

¿Dónde estás? ¿Porqué escondida  
en ignorada guarida  
ningun mortal pado verte?  
¿Por qué te aleja la vida?  
¿Por qué vienes con la muerte?

Gérmén austero y fecundo  
del bien, tu nombre idolatro;  
pero te niego, y me fundo,  
pues me han dicho más de cuatro  
que no existes en el mundo.

No te conoce el poeta,  
ni el político veleta,  
ministro ni diputado,  
ni el médico, ni el letrado,  
ni el que escribe la *Gaceta*.

Desde la remota edad  
la mentira en tí se mira  
en hipócrita hermandad,  
y es de mala calidad  
la verdad de la mentira.

No eres fruto de la ciencia,  
producto de la experiencia  
ni patrimonio del sábio;  
sólo te pronuncia el lábio  
para engañar la conciencia.

En mentir con desparpajo  
el hombre su gloria estriba;  
todos mienten á destajo,  
todos, desde abajo arriba,  
todos, desde arriba abajo.

De tí no queda ni resto,  
que hasta te niegan un puesto  
proscribiendo tu memoria  
el almanaque, la historia  
y el nacional presupuesto.

Que eras, dijo la malicia,  
amarga, imprudente, boba;  
y con notoria sevicia  
te arrimé más de una soba  
la vara de la justicia.

El justiciero y creyente  
que te rindió culto eterno  
y te predicó á la gente,  
fué por tu amor... al infierno  
que es buena tierra y caliente.

Por conveniencia ó por miedo  
se reniega de tu credo;  
si alzar el dedo se obliga  
á todo el que verdad diga  
¡no hay Dios que levante el dedo!

Que el que te ampara y te oculta  
y te adora y te consulta,  
y te ensalza entusiasmado,  
se encuentra por tal pecado  
á dos dedos de la multa.

Hiciste bien en partir,  
Verdad, tal vez á la luna,  
buscando mejor vivir;  
Dios te dé buena fortuna  
y ¡ojos que te vieron ir!

MARIANO RAMIRO.

## EPÍGRAMAS.

## I

Vénus de Milo, ¡oh tristeza!  
te dió adoración el arte,  
bastando para adorarte  
el arte, por la belleza.  
La humana naturaleza  
te amó tal vez con exceso;  
fuiste sensual embeleso,  
y hoy nos dá otra religion,  
sin cambiar el corazón,  
sus lágrimas por tu beso.

## II

Reposo de un suicidia,  
los que indagaban su nombre  
leyeron junto á la herida:  
«sin memoria fuera al hombre  
ménos amarga la vida.»

ANTONIO ROS DE OLANO.

## A JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Amigo del alma:  
referirte quiero  
mi vida tranquila  
que parece sueño.  
Pasar de la córte  
al grato silencio  
de campos floridos  
y extensos paseos:  
Trocar la algazara  
de aquel vasto infierno  
por calles sin gentes  
y prados desiertos:  
Pasar de la fiebre  
al dulce sosiego,  
es dicha tan grande  
que no tiene precio.  
—Al salir la aurora  
con su luz despierto,  
y á las oraciones

ya me estoy durmiendo.  
Y el día que es largo  
yo breve lo encuentro,  
sumido en la calma  
que busco sediento.  
Del plácido Arlanza  
tranquilo y sereno  
recorro la orilla  
por ambos paseos  
gozando la sombra  
que dan con su techo  
los álamos verdes  
que llegan al cielo.  
Susurran sus hojas  
á impulso del viento  
que en dulce frescura  
respira mi pecho,  
y al pié de la fuente  
que turba el silencio  
con grato sonido  
y armónico y lento,  
la siesta de estío  
les presta en sus ecos  
encanto á la mente  
y al alma recuerdos.  
La extensa arboleda  
se pierde á lo lejos  
en larga techumbre  
de ramas sin cuento  
y el césped menudo  
tupido y extenso  
tapiz de mis plantas,  
me brinda un asiento.  
Del olmo en las ramas  
trinan los jilgueros  
y en torno resuena  
su alegre aleteo.  
Blancas mariposas  
van yendo y viniendo  
bordando al arroyo  
los verdes linderos;  
Y alegran la vista  
su olor esparciendo,  
que en calma dichosa  
respira mi pecho,  
la roja amapola  
y el místico espliego;  
la verde retama  
y el suave romero.  
Con varios colores,  
del sol al reflejo,  
brillan las antenas  
de raros insectos  
que saltan y vuelan  
con roce ligero,  
del césped al agua,  
del agua al repecho,  
libando las flores  
y al aire tendiendo  
sus alas azules  
con rápido vuelo.

.....  
Allá de un soldado  
se vé el tosco cuerpo,  
al pié de unos chopos  
tendido y durmiendo.  
Y entre la enramada  
se pierde á lo lejos,  
de algun señor cura  
los hábitos negros.  
Y las lavanderas  
alegres, batiendo  
con mano afanosa  
las aguas y el lienzo;  
y al par sus cantares  
confían al viento,  
que al pié de los olmos  
yo voy recogiendo.

.....  
Y allá, en lontananza,  
los aires rompiendo,  
columbro las torres  
del gótico templo  
que de sus encajes,  
entre los mil huecos,  
pasar libre dejan  
la luz de los cielos.  
Ya las blancas nubes  
con rápido vuelo  
de Oriente á Poniente  
pasar ráudadas veo;  
y en sus mil festones  
soñador eterno  
extrañas figuras  
parece que observo.  
Y entonces mis pasos  
á casa enderezo,  
siguiendo al rebaño  
que va de regreso,  
oyendo sus pasos  
que marcan de lejos  
las mansas esquilas  
con son soñoliento.  
Vuelve á sus hogares  
el tosco labriego  
que cambia un saludo  
con dulce respeto,  
y en la ancha carreta  
colmada del heno  
que arrastran los bueyes  
pesados y lentos  
coronando alegre  
los hazes repletos  
va la castellana

sentada en el medio,  
cubierta el peinado  
del tosco pañuelo.

.....  
Ya las oraciones  
suenan en los templos  
y brillan las luces  
con vagos reflejos.  
La cena me aguarda,  
que en sóbrio alimento  
de carne sabrosa  
con pan blanco y tierno,  
castellano vino  
y apretado queso,  
van del apetito  
colmando el deseo,  
brindando la calma  
del plácido sueño.  
Y al sonar las nueve  
caigo ya en mi lecho  
sosegada el alma,  
fatigado el cuerpo,  
la ventura cerca  
y el recuerdo lejos:  
Que así como en otros  
egoistas pechos  
son las oraciones  
ayudas del sueño,  
yo mando á mis hijos  
mi postrer recuerdo  
y unidos y alegres  
soñando les veo  
pensando en mi vuelta,  
pues solo por ellos  
dejara esta vida  
que no tiene precio.  
Así Dios les guarde  
la paz que yo tengo  
cuando en paz y en calma  
tranquilo me duermo!

EUSEBIO BLASCO.

## A CALDERON DE LA BARCA.

Un rasgo en cada perfil,  
un poema en cada plan,  
el arranque varonil,  
la pluma como un buril  
y el alma como un volcan.

Luz, color, canto, armonía,  
inteligencia, pasión,  
torrentes de poesía,  
mundos de filosofía...  
¡ahí tienes á Calderon!

¿Dice con tiernos primores  
melancólicos amores?  
Son sus endechas stíaves,  
el arrullo de las aves  
y el perfume de las flores.

¿Dibuja imágenes bellas  
y cuadros de placidez?  
Le dan fulgor las estrellas,  
la luna su palidez  
y el astro rey sus centellas.

¿Qué nérvio, qué majestad  
no hay en él, cuando le inspira  
la trágica humanidad?  
Entónces la tempestad  
zumba y revienta en su lira.

Entónces sobre la escena  
de las musas españolas  
su acento robusto truena,  
como el hervor de las olas  
sobre la frágil arena.

Sus dramas son colosales,  
su pensamiento infinito,  
y sus versos inmortales  
retratos esculturales  
y figuras de granito.

Su númen rico y fecundo  
al mundo entero recrea,  
¡que eternos son en el mundo  
su *Alcalde de Zalamea*  
y el *Príncipe Segismundo!*

¡Oh, bendita la nación  
que cuenta como gigantes  
de su fama y galardón,  
en la novela á CERVANTES,  
y en el drama á CALDERON!

MÁRCOS ZAPATA.

## EPÍGRAMAS.

## I

Murió de avanzada edad  
un fraile sesudo y grave  
en olor de santidad.  
Si era santo, no se sabe;  
pero que oía... ¡es verdad!

## II

Clemente á Gil dijo un día:  
—Te veo y estoy pasmado;  
¿qué médico te ha salvado  
de la última pulmonía?  
—Un canario.

—¡Voto á tall  
¿canario... y cura á la gente?  
Y añadió bajo Clemente:  
—¡Qué inteligente animal!

EUGENIO DE OLAVARRIA.

(1) Poesía laureada en público certámen literario, según el fallo del tribunal calificador, compuesto de los señores D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. José de Castro y Serrano y D. Gaspar Nuñez de Arce.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

Artículos recomendados.  
15 rue de la Paix.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Atenie se y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria para la boca.

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
Paris, 10, Rue St. Georges  
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.<sup>a</sup>**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.  
**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.

**NUEVAS MAQUINAS DE COSER**  
Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros Guanteros, etc., etc.  
La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.  
La "NUEVA SILENCIOSA" verdadera "Expeditiva" completa de 40 guías accesorios. Garantía 10 años.  
MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS MÁQUINAS PARA PLÉGAR, CLAVETEAR, etc., etc.  
**Maison A. RICBOURG (B.s.g.d.g.)**  
Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.  
(Envío franco de precios y Catalogo) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (Envío franco de precios y Catalogo)  
Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

**DIGESTIONES ARTIFICIALES**  
**VINO**  
BI-DIGESTIVO DE  
**CHASSAING**  
PREPARADO CON  
PEPSINA Y DIASTASIS  
Agentes naturales é indispensables para la DIGESTION  
**12 años de éxito**  
contra las DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS MALES DEL ESTOMAGO, DISPEPSIAS, GASTRALGIAS, PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS ENFLAJECIMIENTO, CONSUMCION, CONVALESCENCIAS LENTAS, VÓMITOS...  
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.  
En provincia, en las principales boticas.

**BANCO DE ESPAÑA.**

Nota de las obligaciones del Banco y del Tesoro, série exterior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

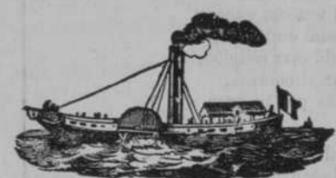
Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.
107	Del 10.601 al 700	2.264	Del 226.301 al 400
145	14.401 500	2.306	230.501 600
146	14.501 600	2.327	232.601 700
208	20.701 800	2.335	233.401 500
245	24.401 500	2.605	260.401 500
256	25.501 600	2.611	261.001 100
319	31.801 900	2.619	261.801 900
348	34.701 800	2.662	266.101 200
400	39.901 40.000	2.691	269.001 100
508	50.701 800	2.710	270.901 271.000
585	58.401 500	2.792	279.101 200
612	61.101 200	2.806	280.501 600
631	63.001 100	2.832	283.101 200
719	71.801 900	2.855	285.401 500
823	82.201 300	3.024	302.301 400
833	83.701 800	3.035	303.401 500
868	86.701 800	3.071	307.001 100
919	91.801 900	3.189	318.801 900
1.000	99.901 100.000	3.327	332.601 700
1.006	100.501 600	3.411	341.001 100
1.045	104.401 500	3.458	345.701 800
1.086	108.501 600	3.524	352.301 400
1.214	121.301 700	3.526	352.501 600
1.280	127.901 128.000	3.598	359.701 800
1.315	131.401 500	3.599	359.801 900
1.353	135.201 300	3.779	377.801 900
1.372	137.101 200	3.805	380.401 500
1.386	138.501 600	3.806	380.501 600
1.415	141.401 500	3.825	382.401 500
1.417	141.601 700	3.850	385.901 386.000
1.423	142.201 300	3.902	390.101 200
1.443	144.201 300	4.100	409.901 410.000
1.460	145.901 146.000	4.161	416.001 100
1.568	156.701 800	4.242	424.101 200
1.668	166.701 800	4.327	432.601 700
1.683	168.201 300	4.339	433.801 900
1.685	168.401 500	4.379	437.801 900
1.698	169.701 800	4.400	439.901 440.000
1.753	175.201 300	4.471	447.001 100
1.821	182.001 100	4.562	455.101 200
1.971	197.001 100	4.590	458.901 459.000
2.002	200.101 200	4.659	465.801 900
2.010	200.901 201.000	4.805	480.401 500
2.016	201.501 600	4.808	480.701 800
2.168	216.701 800	4.875	487.401 500
2.208	220.701 800	4.914	491.301 400

Madrid 1.º de Marzo de 1880.—El Secretario, Manuel Ciudad.  
—V.º B.—El Gobernador, Secades.

LA VERDADERA  
**AGUA DE BOTOT**  
Unico Dentifricio aprobado  
POR  
LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS  
**POLVOS DE BOTOT**  
Dentifricio con quina  
**VINAGRE LE SUBLIME**  
de tocador superior impide la caída del pelo  
DEPOSITO Gral : 229, rue Saint-Honoré, Paris  
Venta al por menor : 18, boulevard des Italiens  
En Francia y en el Extranjero : En Casa de los principales comerciantes

**VIRUTAS DE ALQUITRAN**  
del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.  
Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.  
Deposito general : LIEUTARD & C.º, 88, Boulevard Sébastopol.  
Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

**BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.**  
ADMINISTRACION DE SECUESTROS DE MADRID.  
En esta administracion se admiten hasta el lunes 15 del corriente, y hora de las cuatro de la tarde del mismo, proposiciones por escrito para el arriendo por término de seis años de una fábrica de yesos y escayola sita en esta capital.  
El pliego de condiciones se hallará de manifiesto todos los dias no festivos, de una á cuatro de la tarde, en las oficinas del Banco, Recoletos, 12.  
El Banco se reserva el derecho de rechazar todas las proposiciones si á su juicio no las considerase admisibles.  
Madrid 4 de Marzo de 1880.—El administrador de secuestros de Madrid, Manuel de la Vega.



**VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.**  
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.  
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.  
Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.—Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para  
**SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS.**  
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.—Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel E. Perez y compañía.—Coruña, F. la Guardia.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, número 28.

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupon de las obligaciones del Banco y del Tesoro, séries exterior é interior, del Tesoro sobre el producto de Aduanas y de los Bonos del mismo Tesoro, se previene á los depositantes que quieran retirar los referidos cupones en rama, se sirvan manifestarlo antes del 7 del corriente, para que deje de cortarlos el Banco. Este Establecimiento, sin embarco, cortará y pagará el cupon corriente de los citados valores que depositen con él hasta el 27 del actual.  
Desde el 10 del corriente se admitirán en la Caja de efectos los valores que á continuacion se expresan para el pago de intereses y amortizacion, y por el órden siguiente:

Dias 10, 13 y 17.—Cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, série interior.  
Dias 11, 15 y 18.—Idem é idem, idem del id. id., série exterior y de Aduanas.  
Dias 12, 16 y 19.—Cupones de Bonos y Bonos amortizados.  
Desde el 20 en adelante se admitirá toda clase de valores sin distincion.  
Al respaldo de los efectos amortizados deberá ponerse el siguiente endoso: «Al Banco de España para su amortizacion y pago;» fecha y firma del presentador.  
Comprobados los efectos á que se refiere el párrafo precedente con sus respectivas facturas, se entregará el correspondiente documento al interesado con el señalamiento del dia en que ha de tener lugar el pago por la Caja de efectivo de este Banco.  
El pago de los intereses de los valores antes detallados, depositados en este establecimiento, se verificará desde el 2 de Abril próximo, y desde la misma fecha podrán presentarse en la intervencion los depositantes con los resguardos respectivos á recoger el oportuno libramiento.  
Los valores que habiendo sido amortizados formen parte de un depósito, deberán ser retirados por los interesados á fin de hacer por sí la presentacion de aquellos en la forma que queda establecida.  
Los que deseen domiciliar en provincias el pago de intereses y amortizacion de las obligaciones y bonos, lo manifestarán por escrito al Banco hasta el 15 del corriente, y á las sucursales y comisionados hasta el 22, expresando el número de cada uno de los efectos que hayan de domiciliarse, en el concepto de que pasados aquellos dias sin haberlo solicitado, sólo se pagarán en la Caja de este Establecimiento los intereses y amortizacion.  
Madrid 3 de Marzo de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

**BANCO HISPANO-COLONIAL.**  
En el sorteo de amortizacion de una série de las obligaciones emitidas por esta Sociedad, ha resultado favorecida la letra F. T. En su consecuencia, los tenedores de las obligaciones de la série indicada, que resulta amortizada, pueden presentarse desde el dia 1.º al 12 de Abril á percibir las quinientas pesetas (500) importe del valor nominal de las mismas, á la vez que las siete pesetas cincuenta céntimos (7.50) á que asciende el cupon trimestral que vence en dicho dia; en los términos del anuncio que se publicará oportunamente.  
Barcelona 1.º de Marzo de 1880.—El vice-gerente, G. Aleu Arandes.

**LA PESTE**  
El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, sana y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canalones, zanjias, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Púese la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1.º 20 tomada en Paris.  
**E. FORCADE y C.º, 17, rue Grange-Batelière, Paris.**  
POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

**CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL**  
Proveedor de S. M. la Reina da Inglaterra y de S. M. el Emperador de Rusia.  
1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA  
**REPARATEUR AU QUINQUINA**  
Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.  
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS  
y en casa PINAUD, 37, boulev. de Strasbourg, Paris  
El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.  
**PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA**  
Por Mayor : Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.  
Por Menor : En todas las Perfumerías y Peluqueras.

**PIANOS BLONDEL**  
Paris, r. de l'Echiquier, 53  
Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA  
9 Medallas de Oro y Plata  
FABRICACION ESPECIAL  
Pianos de Estudio y de Lujo  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO  
DE LOS SEÑORES M. P. MONTÓYA Y C.º  
Canoa, 1.